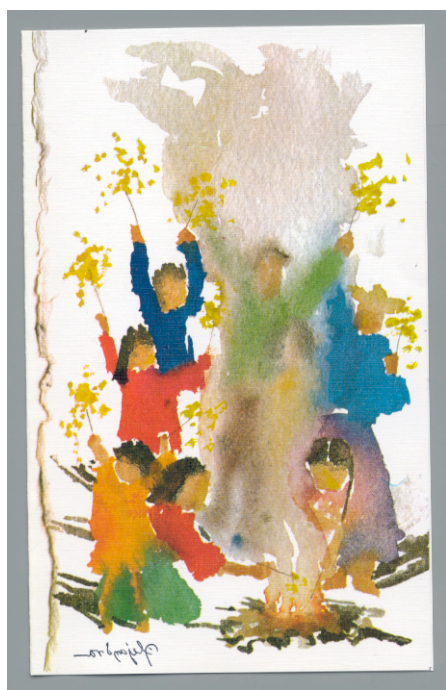


Alejandra María Sosa Elízaga

# La fiesta de Dios

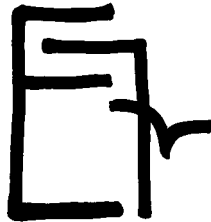


Col. Lámpara para tus pasos  
Ciclo A



EDICIONES 72

*"designó el Señor a otros setenta y dos  
y los envió por delante...  
a todas las ciudades y sitios  
a donde Él había de ir..."  
(Lc 10, 1)*



**EDICIONES 72**

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

# LA FIESTA DE DIOS

Colección 'Lámpara para tus pasos'  
Ciclo A



*La fiesta de Dios*  
*Colección 'Lámpara para tus pasos.'*  
*Ciclo A*

**EDICIONES 72, S.A. DE C. V.**

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,  
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,  
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-8197-04-0

Registro del Derecho de Autor: 03-2011-112510211200-01

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso  
por escrito de la autora y/o del editor

[www.ediciones72.com](http://www.ediciones72.com)

Correo electrónico: [ediciones72@yahoo.com.mx](mailto:ediciones72@yahoo.com.mx)

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga  
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D. F.

Correo electrónico: [alesosa@ediciones72.com](mailto:alesosa@ediciones72.com)

tel: 56 65 12 61

Hecho en México

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
En aquel tiempo	8
Feraces, no feroces	10
La Visitación de Nuestra Señora de Guadalupe	13
De juicios y planes...	16
La escuela de la familia	18
Para todos	21
Calladamente	24
Llamados a más...	26
Pescador	29
Contraposiciones	32
Los cerillos de Dios	35
Plenitud	38
Sonríe, te estamos filmando	41
¿De qué te preocupas?	44
Socios	46
¿De qué nos sirven las tentaciones?	49
Desconsuelo y consuelo	52
Noticia compartida	55
Ver y no ver	57
¡Responde!	61
Su dolor	64
Eso es todo	67
Dolor y misericordia	70
Consuelos	73

¿Cómo reconocer Su voz?	76
Tu lugar	79
¿Amas a Dios?	82
Poder	85
Cambiarlo	88
Trinidad	91
Tribulación y recompensa	94
Yugo que libera	97
Sembrar y repartir	100
Semilla buena	103
Saber pedir	105
Gratis	107
Para no hundirse	110
Rebeldía y misericordia	112
Como no hay otra	115
Criterios	118
¿Ayudar a los malvados?	120
Con o sin lupa	124
Contratados y contratistas	126
No, pero...	127
El reclamo de los frutos	132
La fiesta de Dios	134
A Dios, no adiós	137
Misión	140
El Padre y el padre	143
Por si acaso	145
Bienes duplicados	146
Misericordia y justicia	151
Obras de Alejandra Ma. Sosa E.	154

# PRESENTACIÓN

**E**ste es el primer volumen de la colección de tres libros titulada ‘Lámpara para tus pasos’. Con esa capacidad suya de ofrecer meditaciones breves pero profundas, sólidamente fundamentadas pero de lectura fácil y sabrosa, la autora va invitando al lector a releer textos de las Lecturas que se proclaman el domingo en Misa (en el ciclo litúrgico A, dedicado a san Mateo), para comprenderlos mejor, relacionarlos con su propia existencia y descubrir cómo la Palabra de Dios realmente ilumina su vida.

## En aquel tiempo

¿ Te has fijado que para narrar algo que hizo o dijo Jesús, el Evangelio en Misa comienza siempre -o casi siempre- diciendo: ‘*En aquel tiempo*’? Probablemente pensamos que ello hace referencia a que lo que se está contando sucedió en tiempos de Jesús, hace mucho; lo tomamos como indicación de que ocurrió en un pasado lejano. Sin embargo esta frase cobra nuevo sentido cuando leemos en el Antiguo Testamento que también la usaban los profetas, pero no para referirse a situaciones anteriores a ellos, sino para anunciar lo que habría de venir, para dar a conocer que las promesas de Dios habrían de cumplirse en un futuro al que frecuentemente se referían llamándolo ‘aquel tiempo’.

Se descubre entonces que los Evangelios emplean esa frase sobre todo para significar que en Jesús ha llegado ‘*aquel tiempo*’ anunciado por los antiguos, que Jesús es el Mesías, el Pastor, el Rey, el Redentor, el enviado del Padre, el Salvador prometido, que en Jesús se cumplen todas las promesas de salvación que Dios hizo a los profetas. Ahora bien, cabe comentar que esto no implica que todas sean ya una realidad, ¿por qué? porque algunas todavía aguardan su cumplimiento al final de los tiempos. Y a dichas promesas se refieren no sólo autores del Antiguo sino también del Nuevo Testamento, y desde luego el propio Jesús, que al mencionarlas suele emplear expresiones como: ‘*en aquel día*’, ‘*en aquella hora*’ o, ‘*cuando venga el Hijo del hombre*’, (como leemos en el

Evangelio que se proclama este domingo en Misa -ver Mt 24, 37-44-). Descubrimos entonces que estamos, por así decirlo, entre dos tiempos. Por una parte, recordando *‘aquel tiempo’* que los profetas anunciaron y se cumplió con la venida de Jesús, y por otra parte, esperando ese otro *‘aquel tiempo’* anunciado, que se cumplirá al final de los tiempos.

Es interesante tener esto en cuenta justamente hoy, porque inicia un nuevo ciclo litúrgico en el que durante casi todos los domingos se proclamará el Evangelio según San Mateo (que es el evangelista que más se interesa en demostrar que en Jesús se cumple lo anunciado en el Antiguo Testamento para *‘aquel tiempo’* -y por eso en ese Evangelio con frecuencia explica: esto sucedió *‘según estaba escrito’* o tal cosa pasó *‘para que se cumplieran las Escrituras’*-), y también porque hoy comienza el Adviento, un tiempo litúrgico que nos invita a reflexionar en este doble *‘aquel tiempo’*: el de la venida pasada y el de la venida futura de Jesús y nos propone no sólo recordar la primera sino prepararnos para la segunda.

¿Cómo responder a esa invitación? Sin ir más lejos, podemos, por lo pronto, seguir lo que nos recomienda San Pablo en la Segunda Lectura dominical (ver Rom 13,11-14) y que viene muy al caso no sólo para alistarnos para *‘aquel día’* sino para saber cómo vivir estos días de aquí y de ahora:

*“Comportémonos honestamente...Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujurias ni desenfrenos, nada de pleitos ni envidias.”* (Rom 13, 13).

Y, desde luego, no estaría mal tampoco empezar a buscar la manera para hacer realidad lo que anuncia la Primera Lectura (ver Is 2,1-5) y ver de cómo podemos transformar nuestras espadas en arados y nuestras lanzas en podaderas, es decir, deponer las armas con las que herimos a otros, sea con obras, con palabras o incluso con nuestro hosco silencio y rencor, y sustituirlas por actitudes de misericordia, buena voluntad, comprensión, amistad, solidaridad y perdón.

Que Dios nos conceda vivir y disfrutar este Adviento como un tiempo privilegiado para dejar atrás toda tiniebla y disponernos a esperar la feliz llegada de *‘aquel día’*, de *‘aquel*

*tiempo*’, caminando, como pide Isaías, “*a la luz del Señor*” (Is, 2, 5).

## Feraces, no feroces

**S**i vieras una foto que muestra a un lobo que vive con un cordero, a una pantera descansando junto a un cabrito, a una vaca y a una osa cuyas crías juegan juntas y a un león (¿vegetariano?) comiendo paja con un buey, probablemente considerarías que o la foto está truqueada o todos estos animales pertenecen a un domador de circo que los tiene sorprendentemente bien amaestrados o que son de algún parque zoológico cuyo encargado, al llevarles comida a algunas de estas fieras no sólo les abrió la reja sino el apetito y terminó en calidad de ‘plato fuerte’, luego del cual quedaron tan llenas que no les quedó hueco ni para un bocadito de cordero, cabrito, vaca o buey. Quizá eso pensarías hoy. Pero si pudieras remontarte a los tiempos del profeta Isaías, descubrirías que esta misma escena tiene una interpretación muy diferente.

Como se descubre al leerla en contexto, como Primera Lectura en la Misa de este domingo (ver Is 11, 1-10), es parte de una visión profética que anuncia un tiempo futuro, un tiempo que habría de llegar, y que era muy anhelado, muy deseado, porque vendría Aquél al que todos los profetas anunciaron, Aquél sobre el que se posaría el Espíritu del Señor, Aquel que vendría a hacer justicia y a establecer la verdadera paz. Y fue para ejemplificar esto último que planteó Isaías que aquel día sucedería lo inimaginable, lo

aparentemente imposible: los animales más feroces podrían convivir con los más mansos sin hacerles ningún daño.

Parece una utopía, algo irrealizable, pero no sólo es posible sino que está al alcance de nuestra mano hacerlo realidad. ¿Cómo? Nos lo dice San Pablo en la Segunda Lectura:

*“Que Dios, fuente de toda paciencia y consuelo, les conceda a ustedes vivir en perfecta armonía unos con otros, conforme al espíritu de Cristo, para que, con un solo corazón y una sola voz alaben a Dios...Por lo tanto, acójanse los unos a los otros como Cristo los acogió a ustedes...”* (Rom 15, 5-6).

Reflexionar el texto de Isaías a la luz del de San Pablo nos invita a reconocer que Aquél a quien esperaban ya ha venido, y vino, como estaba anunciado, a traer una paz sólida, duradera, extraordinaria. Y nos concede la gracia de experimentarla y vivir en armonía. Lamentablemente no hemos querido acogerla ni comunicarla. Y no hacen falta las noticias del periódico o la televisión para descubrirlo, basta con voltear a nuestras propias familias para encontrar muchos obstáculos para que pueda establecerse dicha paz. Y paradójicamente peor aún en estos tiempos en que nos estamos preparando para Navidad. Abundan las amenazas de no presentarse a algún festejo navideño si va cierta persona; las insinuaciones -o claras exigencias- para que no se invite a alguien; las advertencias de nos sentar juntas a determinadas gentes porque pueden devorarse o al menos darse dentelladas...

Parece mentira, pero muchas familias se disponen a conmemorar el Nacimiento del Príncipe de la Paz, con ¡una guerra! No puede ser. Necesitamos una buena zarandeada y para ello nada como Juan el Bautista, que, claridoso como era, nos pide, desde el Evangelio dominical (ver Mt 3, 1-12), no sólo: “*conviértanse*”, sino: “*hagan ver con obras su conversión*”, en otras palabras: examinemos nuestra manera de ser, de pensar, de actuar, y si no se amolda a la de Aquel que ha venido a ofrecernos Su paz, hagamos lo posible por cambiar y procuremos que ese cambio se note. ¿En qué se nos puede

notar? Por ejemplo si ejercemos en nuestra familia y comunidad el perdón, la paciencia, la misericordia, la mansedumbre, la bondad, la amabilidad. Y es que sólo si nos esforzamos en lograr el milagro de que en nuestro mundo lobos y corderos, novillos y leones convivamos en armonía, de verdad, podremos celebrar que nació Jesús, que a nosotros llegó la Navidad.

# La Visitación de Nuestra Señora de Guadalupe

**H**ay de visitas a visitas. Hay unas que no dejan nada bueno; si estás malo, te ponen peor contándote el truculento caso de alguno que tenía lo mismo que tú y se murió; o se la pasan hablando mal de conocidos o desconocidos, dejándote las orejas calientes y el corazón frío; o ‘todo lo que digas podrá ser usado en tu contra’ para luego sermonearte o criticarte. Son visitas de las que lo único que agradeces es que terminen, porque traen puro desasosiego.

Hay otras visitas, en cambio, cuyo buen recuerdo sigues saboreando mucho tiempo después porque te dejan el alma esponjadita y el ánimo alegre y renovado. Las visitas de María son así. Su presencia dulce y serena, colmaba -y sigue colmando- de paz y alegría a sus visitados. Lo vemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Lc 1, 39-48), que no es el que hubiera correspondido por ser Tercer Domingo de Adviento (el de Mt 11, 2-11), sino el que siempre se proclama el 12 de diciembre, Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, que nos narra la ‘Visitación’ de María a su parienta Isabel, y que viene de perlas para este día porque

en él podemos hallar cuando menos cinco coincidencias con la que podríamos llamar la ‘Visitación’ de Santa María de Guadalupe a Juan Diego:

1. Zacarías e Isabel representan al antiguo pueblo de Dios, que seguía una religiosidad que ya no daba para más, con sus sacrificios de animales y su excesivo número de mandamientos y prohibiciones que muchos cumplían por cumplir, un pueblo necesitado de una profunda renovación interior y que aguardaba con ansia a Aquel que había de venir a salvarlos.

Juan Diego también representa a un pueblo antiguo que a su modo era muy religioso pero cuya religiosidad tampoco daba para más porque había recibido un golpe durísimo, pues con la llegada de los conquistadores no sólo se vieron de pronto víctimas de toda clase de desgracias: epidemias que los diezmaron y guerras que los convirtieron en vasallos, sino enfrentaron la devastadora certeza de que sus dioses los habían abandonado o habían muerto, lo peor que puede suceder a un pueblo profundamente creyente que todo lo hacía en función de su fe, un pueblo que por ello esperaba, necesitaba desesperadamente alguien que los salvara, que los rescatara de su tristeza de muerte y les devolviera el deseo de vivir.

2. Isabel llamó a María: ‘Madre de su Señor’. María se presentó a Juan Diego como la ‘Madre del Verdadero Dios por quien se vive’. En ambos casos no venía sola: traía en su seno al Salvador anhelado.

3. Isabel se preguntó: “¿*Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a verme?*” (Lc 1,43), también Juan Diego se reconoció indigno de que lo hubiera tomado en cuenta, a él que se consideraba tan sólo ‘un hombrecillo de campo, mecapal, parihuella, cola, ala...’.

4. María, digna Madre de Aquel al que alabó a Dios porque puso Sus ojos en ella, pequeña y humilde, ahora que lo llevaba en sus entrañas, supo poner sus ojos en la pequeñez y

humildad de Juan Diego, y condescender a salir a su encuentro, hablarle en su lengua, con ternura y cariño y transmitirle un mensaje de una forma que él y todos los de su pueblo pudieran comprender y aceptar.

5. Dos ‘tocayos’ cuyo nombre significa ‘favor de Dios’, Juan el Bautista y Juan Diego, fueron elegidos como mensajeros para anunciar a sus respectivos pueblos la Buena Nueva, la llegada del Salvador, de Aquel al que Zacarías se referiría luego diciendo: *“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte”* (Lc 1, 78-79).

Santa María de Guadalupe vino de visita trayendo ese Sol que iluminó a quienes se sentían envueltos en tinieblas, perdidos y solos; vino a encauzar su fe, restaurar sus corazones rotos y darles una nueva y sólida esperanza. Y por eso hoy estamos de fiesta y celebramos, porque además, a diferencia lo que hizo con su parienta a Isabel, aquí no vino de visita y se marchó a los tres meses, aquí pidió una casita porque quiso quedarse, y se quedó, a vivir entre nosotros.

## De juicios y planes

Un joven tranquilo, al que le gusta vivir metódicamente y sin mayores complicaciones, tiene una novia que trabaja en un importante instituto internacional que está desarrollando un proyecto de gran trascendencia mundial para beneficio de la humanidad. Ella le platica que hay una tarea delicadísima, parte fundamental del proyecto, que tiene que ser realizada por una mujer, por lo que los dirigentes de dicho instituto van a elegir de entre todas las ejecutivas, la más capaz para encomendarle dicha tarea. Entonces por una ‘filtración’ de un archivo súper secreto de ese instituto él descubre que la elegida será su novia y la noticia lo estremece. Se pone a pensar que esto es algo que no sólo va a alterar completamente los planes que ambos tenían, sino que, si se casa con ella, va a tener que participar en algo que siente que lo rebasa, algo de lo que honradamente no se cree capaz. Así que con todo el dolor de su corazón decide terminar la relación con ella, porque le da temor ser un lastre que le impida a ella desarrollar plenamente el extraordinario proyecto que le encomendarán.

¿A qué viene esto a colación? A que como es un ejemplo situado en nuestro tiempo podemos entenderlo y quizá nos ayude a tratar de entender lo que, toda proporción guardada, probablemente sintió José, cuando María, con quien se iba a desposar, concibió por obra y gracia del Espíritu Santo y él se dio cuenta y comprendió que había sido elegida para

llevar a cabo el proyecto divino de la salvación, el que anunciaron los profetas por los siglos, el que todo su pueblo aguardaba con ansia, y decidió dejarla porque no se creyó digno de participar en aquello.

Dice el Evangelio que se proclama en Misa este Cuarto Domingo de Adviento y también en las Primeras Vísperas de Navidad (ver Mt 1, 18-24), que cuando José se dio cuenta de que María estaba embarazada: “*no queriendo ponerla en evidencia pensó dejarla en secreto*”(Mt 1, 19). Hay quien interpreta esto como que no quiso ‘echarla de cabeza’ porque pensó que ella había tenido relaciones con otro hombre, suposición que no le hace justicia ni a María ni a José.

Consideremos esto: Ella fue concebida sin pecado y permaneció así toda su vida por lo que sin duda irradiaba pureza, tenía la mirada limpia, una actitud en todo que no daba pie a que nadie pensara mal de ella. Lo de que no quiso ‘ponerla en evidencia’ no se refiere a que no quiso dar a conocer algo supuestamente vergonzoso, sino a que no quería revelar que ella había sido la virgen anunciada por Isaías (ver Is 7,14), la elegida para traer a este mundo al Emmanuel, puesto que Dios mismo lo estaba conservando en secreto.

Y cuando había decidido dejarla, como para no interferir en el plan divino, ¡Dios mismo lo invitó a participar en él, y de qué modo! Le envió un Ángel a que no sólo disipara sus temor por sentirse indigno de ser esposo de la que había concebido por obra del Espíritu Santo, sino le hiciera ver que Dios lo había tomado en cuenta para servir nada menos que como padre adoptivo del que habría de nacer. Y por eso le dijo: “*y tú le pondrás el nombre de Jesús*” (Mt 1,21). Poner el nombre al hijo era derecho y deber de su padre, que con ello expresaba su potestad sobre su hijo. Como quien dice, que Dios le confió Su Hijo amadísimo a José, aceptó que en adelante Jesús fuera conocido como ‘*el hijo del carpintero*’.

Ay, los juicios y los planes humanos suelen ir por un lado distinto al de los juicios y planes divinos y con frecuencia sucede que no coinciden los dos. Es significativo y nos da mucho para reflexionar, que cuando más indigno se creía José, más digno lo halló Dios...

## La escuela de la familia

¿Por qué habrá querido Jesús venir a este mundo dentro de una familia? Hacía muchos siglos que había creado al ser humano, ya había tenido buen tiempo para ver cómo se comportaban las familias y, sobre todo, para oír a todas horas las incesantes quejas de quienes alzaban la vista al cielo para reclamar: ‘Señor, ¿por qué pusiste a éste en mi familia?’, ‘Señor, ¿por que me diste a éstos por hermanos?’, ‘Señor, ¿por qué elegiste para mí a esta mamá?’, ‘Señor, ¿qué no podías haberme escogido unos parientes mejorcitos?, a ver si me los cambias, porque ¡¡ya no los aguanto!!’

Con tanta experiencia, Jesús bien podía haber preferido aparecerse de repente, ya adulto, en este mundo, pero pudiendo elegir libremente, optó por seguir el camino que seguimos todos los seres humanos, y quiso nacer en una familia. ¿Por qué? Desde luego porque era el modo de compartir verdaderamente nuestra condición humana, y cabe pensar incluso que quiso acompañarnos cuando sufrimos por nuestros ‘parientes incómodos’, pero todavía podemos pensar que hay otra razón, y es que a pesar de las quejas que durante siglos había recibido de aquellos a los que les parecía que sus familias dejaban mucho que desear, Él siguió considerando valiosa la familia, y quiso demostrar que no sólo la había creado para que otros pertenecieran a ella sino que Él mismo estaba dispuesto a formar parte de una.

Tenemos así una especie de ‘aval divino’ que da fe de que Dios recomienda la familia, que la considera el mejor medio no sólo para que un ser humano crezca amado, comprendido y protegido, sino para que pueda desarrollarse bien, aprendiendo y practicando valores, virtudes y cualidades esenciales que le servirán para salir adelante en la vida, por ejemplo, entre otros, los mencionados por San Pablo en la Segunda Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Col 3, 12-21):

**Compasión:** En familia podemos aprender a ponernos en el lugar de los otros, comprender lo que los hace sufrir, solidarizarnos con ellos.

**Magnanimidad:** En familia podemos aprender a tener tolerancia con los defectos de los demás y a disculparlos.

**Humildad:** En familia podemos aprender a aceptar las críticas sin ofendernos, a no humillar a los otros, y a no tener inconveniente en hacerles un servicio sin repelar, ni anunciar que ya hemos hecho demasiado y que ahora le toca a otro.

**Afabilidad:** En familia podemos aprender a dominar el malhumor y a tratar a los demás con alegría y caridad.

**Paciencia:** En familia podemos aprender a sobrellevar sin exasperarnos los defectos de los demás, y a no desesperar si no reaccionan como y cuando esperamos.

**Perdón:** En familia podemos aprender a disculpar con prontitud y de corazón al que nos ofende.

**Amor:** En familia podemos aprender a compartir con los demás el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones a manos llenas.

**Paz:** En familia podemos aprender a convivir con quien piensa distinto, con quien solemos tener desacuerdos, con quien nos cae mal.

**Enseñanzas y consejos:** En familia podemos aprender a compartir, delicada y oportunamente, lo que sabemos.

**Gratitud:** En familia podemos aprender a ser agradecidos, en primer lugar con Dios, que nos ha colmado de dones, uno de los cuales es la familia, y también agradecer a quienes nos rodean.

**Respeto.** En familia podemos aprender a no imponernos a los demás, a no atropellar su dignidad, a no invadir su privacidad.  
**Obediencia:** En familia podemos aprender a aceptar que no siempre se haga nuestra voluntad, a cumplir nuestro deber con prontitud y a tener disponibilidad.

Como vemos, la familia puede ser escuela que nos cobije y nos enseñe, nos acoja y nos lance a edificar en el mundo el Reino del amor. ¿Cómo lograrlo? Imitando a la Sagrada Familia, en cuyo seno, en cuyo centro siempre estuvo el Señor.

## Para todos

**P**ara los judíos y para el resto del mundo; los cercanos y los lejanos; los que lo estaban esperando con ansia desde hacía siglos y los que no tenían ni idea de que habría de venir; los que supieron advertir Su llegada y aquéllos a los que les pasó completamente desapercibida; los que vivían en tierra de sombras y los que se sentían iluminados aunque estaban a oscuras.

Para los fervorosos creyentes y para los que no tenían fe; los que abrazaban su religión y los que la atacaban; los que conocían las Escrituras y los que no las conocían; los que, conociéndolas, procuraban cumplirlas y los que aunque las conocían no se dejaban ya mover por ellas.

Para los que se sabían necesitados de Él y para los que pensaban que no les hacía falta; los insatisfechos y los satisfechos; los preocupados y los despreocupados; los interesados y los indiferentes; los desesperanzados y los que mantenían la esperanza.

Para los que conocían el sufrimiento y para los que todavía no habían sufrido; los maltratados y los privilegiados; los atropellados en sus derechos y en su dignidad y los admirados y respetados; los que caminaban ligeros y los que se arrastraban agobiados por la carga; los enfermos y los que tenían salud.

Para los que no poseían nada y para los que creían tenerlo todo; los que se conformaban con poco y los

ambiciosos; los desprendidos de los bienes de este mundo y los avariciosos; los que pasaban hambre y los que comían de más.

Para los felices y para los afligidos; los contentos y los descontentos; los de dulce carácter y los amargados; los que estaban rodeados de seres queridos y los que no tenían a nadie en este mundo.

Para los llenos de amor y para los llenos de odio; los de buena voluntad y los malintencionados; los que sabían perdonar y los rencorosos; los que querían vivir en paz y los que querían hacer la guerra; los pacíficos y los violentos; los mansos y los iracundos.

Para los virtuosos y para los viciosos; los veraces y los mentirosos; los honrados y los corruptos; los caritativos y los envidiosos; los castos y los lujuriosos; los humildes y los orgullosos.

Para los que entendían el sentido de su existencia y para los que no le hallaban razones; para los que apenas comenzaban su vida y para los que estaban ya por terminarla; para los hombres y para las mujeres, de cualquier raza y condición.

Para todos vino el Señor; para todos brilló Su estrella. ¿Quién la supo captar? Nos lo dice el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 2, 1-12): No fueron aquéllos de los que cabía esperar que hubieran sido los primeros en darse cuenta, los que estaban más cerca, pues estaban cegados por sus propios intereses, demasiado ocupados en sus propios asuntos; fueron unos sabios del lejano Oriente, sensibles a las señales del cielo, quienes no sólo contemplaron la estrella sino supieron interpretar su fulgor, comprender que los invitaba a seguirla y aceptar su callada y luminosa invitación. Y entonces ella los fue guiando, conduciendo, hasta el mismísimo lugar donde había nacido el Rey, el Salvador prometido y anhelado, el deseado de las naciones, el Sol que nace de lo alto, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, Aquél a quien San Juan llama “*Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*” (Jn 1,9),

la única capaz de rescatarnos de toda tiniebla, de toda desesperanza.

Y desde entonces esa Luz del Señor sigue brillando para todos, esperando que todos la veamos, que dejemos que nos alumbre el corazón y nos mueva a salir de nosotros mismos, buscarlo a Él, y poder decir, al encontrarlo: “*vimos surgir Su estrella, y hemos venido a adorarlo*” (Mt 2, 2).

## Calladamente

‘**E**l bien no hace ningún ruido y el ruido no hace ningún bien’. Sabio dicho que le oí a mi mamá alguna vez, y que ahora recuerdo porque resume admirablemente lo que plantean las Lecturas que se proclaman este domingo en Misa. Empiezo de atrás para adelante: el Evangelio narra que Juan el Bautista estaba en el río Jordán, bautizando a quienes querían expresar con un bautismo de agua que estaban arrepentidos de sus pecados y deseaban quedar limpios de ellos, cuando en eso llegó Jesús y le pidió que lo bautizara. Él, que nunca cometió pecado y que por lo tanto no tenía de qué arrepentirse, Él, que venía a salvar a todos los pecadores, no quiso hacer alarde de Quién era, no se presentó allí a anunciar la salvación como esos predicadores que encuentra uno en algunos púlpitos televisivos, que creen que a fuerza de gritos convertirán a sus oyentes. No. Él simplemente se colocó allí, en medio de todos, como uno de tantos, asumiendo plenamente Su abajamiento, Su renuncia a los privilegios de Su condición divina (ver Flp 2,6-7).

Y así siguió. Dice San Pedro en la Segunda Lectura, que después de que Jesús fue bautizado “*pasó haciendo el bien*” (Hch 10,38), y lo hizo como lo hacía todo, calladamente.

Tal como lo había anunciado el profeta Isaías siglos antes, en el texto que se proclama como Primera Lectura: “*No gritará, no clamará, no hará oír su voz por las calles.*” (Is 42, 2-3).

Siendo Todopoderoso, el Señor eligió voluntariamente no hacer nada por la fuerza, venir discretamente, humildemente, a hacerse uno de nosotros. Y en Él tienen cumplimiento diversos textos proféticos de la Sagrada Escritura que la gente no solía relacionar entre sí: los que anunciaban que Dios habitaría en medio de Su pueblo y los que anunciaban que Dios enviaría a un Salvador.

Es por eso que la voz del Padre que se escucha cuando Jesús es bautizado, emplea las mismas palabras del profeta Isaías al presentar a Su elegido, a Aquel en quien tiene Sus complacencias, pero marcan una diferencia abismal: no se trata simplemente de un siervo, de un elegido, se trata, nada menos que del ¡Hijo de Dios!. Tras de siglos de estar a la espera de que Dios respondiera al profeta que clamaba: “*¡Ah, si abrieses los cielos y descendieses!*” (Is 63,19), el Señor respondió de manera extraordinaria, abriendo en efecto los cielos y haciéndose presente entre nosotros.

Recién salidos del tiempo navideño, cuando lo tenemos todavía muy presente pequeñito, arropado en pañales, recostado en un pesebre, San Mateo nos muestra a Jesús igualmente humilde, pero ya adulto, recorriendo nuestros caminos, solidario con nuestra humanidad caída, dispuesto a sumergirse silenciosamente en las aguas en las que pretendemos lavar nuestras miserias, pero no para quedarse en ellas sino para ayudarnos a salir y seguirlo.

A Aquél del que dijo Juan: “*entre vosotros hay uno al que no conocéis*” (Jn 1,26), se ha quedado entre nosotros y sigue haciendo el bien, ¿sabemos reconocerlo a nuestro lado?

## Llamados a más...

Una amiga me compartió una anécdota que cambió su vida: había ido con su tío a pedir chamba a la bolsa de trabajo de una parroquia, y cuando la señorita que llenaba el formulario le preguntó a él de qué quería trabajar, y él le respondió: ‘de lo que sea’, ella le explicó que tenía que poner algo específico en la solicitud, pero él insistió en que podía trabajar en lo que fuera porque sabía hacer un poco de todo y mientras no fuera ilegal o pecado no le sacaba la vuelta a nada, no le daba flojera trabajar.

Me contó que la sorprendió mucho la disponibilidad de su tío y se sintió avergonzada de sí misma, pues ella estaba considerando solicitar empleo poniendo muchos ‘peros’ para que no la pusieran a hacer ciertas cosas relacionadas con su chamba que le daban flojera.

Su tío consiguió empleo ese mismo día y tiempo después le comentó que su trabajo le resultaba muy variado porque hacía lo que se ofrecía; ella le preguntó si le pagaban bien y si estaba contento, a lo que respondió que sí, pero que no era por el dinero, aunque le parecía bien lo que ganaba, sino porque le gustaba poder hacer de todo. Y cuando ella cuestionó si no sentía que lo explotaban pidiéndole hacer demasiadas cosas, su respuesta se le quedó grabada: ‘No, qué va. No me explotan, me aprovechan, que es distinto, y eso me hace muy feliz’. Esa afirmación la impactó y la hizo reflexionar y darse cuenta de que no sólo en la chamba sino en

la vida, podía tener dos actitudes: tratar de hacer lo menos posible, con lo cual descansaría pero se sentiría desperdiciada, o hacer lo más que pudiera, con lo cual quizá a veces se cansaría, pero se sentiría, como su tío, aprovechada, satisfecha y feliz.

Lo que me platicó vino a mi mente al leer los textos de la Misa de este domingo, y meditar que tanto las Lecturas como el Evangelio tienen dos elementos en común.

El primer elemento es un llamado de parte de Dios. Él crea a cada ser humano, lo dota de muchas cualidades para que sirva para muchas cosas y lo envía al mundo. Es significativo leer en la Primera Lectura que Su enviado fue elegido “*desde el seno materno*” (Is 49,1); que Pablo reconoce, en la Segunda Lectura, que su vocación es “*voluntad de Dios*”(1Cor 1,1) y que en el Evangelio, Juan el Bautista menciona al que lo “*envió a bautizar*”(Jn 1,33). Tenemos así una vocación, un llamado divino.

El segundo elemento es una especie de ampliación de ese primer llamado, en la que el Señor pide a Sus enviados más de lo que ya les había pedido (y cabe pensar que más de lo que quizá habían pensado que les pediría).

El Señor no sólo llama y envía una vez; suele seguir llamando, seguir encomendando nuevas y diferentes tareas, y con ello nos permite no desperdiciar ni una sola de nuestras habilidades. El que nos creó y nos ama, sabe mejor que nosotros de qué somos capaces, y no quiere que desaprovechemos Su gracia, que es exactamente lo que hacemos cuando nos encerramos en los límites que nosotros solitos nos marcamos al pensar que sólo servimos para una cosa.

En el libro ‘Luz del mundo’ se le planteó al Papa Benedicto XVI que, como es sabido, no aspiraba a ser obispo, ni Prefecto, y mucho menos Papa, si no daba miedo tener que aceptar que sucediera una y otra vez lo que menos esperaba, a lo que respondió, como siempre sabiamente, que en su ordenación le dijo sí al Señor, y ese sí implicaba aceptar todo lo que Él le fuera pidiendo, y confiar en que si se lo pedía sería porque estaría a su lado para ayudarlo a cumplirlo.

Hoy más que nunca el Señor está necesitando trabajadores para su Reino que, como el tío de mi amiga, estén dispuestos a trabajar en todo lo que se ofrezca sin poner ‘peros’, y nos va proponiendo proyectos que sabe podemos realizar. Nos dice, parafraseando Sus Palabra en la Primera Lectura: es poco que hagas sólo esto, tengo para ti pensado ¡mucho más! Es poco que ames sólo a tu familia, que hables de Mí sólo a los tuyos, que ayudes sólo a tus conocidos; puedes abrir tu corazón a muchos otros. Sueño para ti grandes cosas, que pongas todos tus dones al servicio de muchos... Lo de hasta ahora es bueno, pero es poco, porque Yo sé que tú puedes hacer ¡tanto más! La pregunta es: ¿lo harás?...

## Pescador

**S**i alguien trabaja en lo que le gusta y sabe hacer, de seguro no querría cambiar de oficio. Por ejemplo quien disfruta manejar su taxi no querría pasar ocho horas encerrado detrás de un escritorio y viceversa, a quien le gusta emplearse en una oficina no querría pasarse el día yendo de aquí para allá. Lo que probablemente sí aceptarían ambos sería aprender a realizar mejor su chamba, mejorar lo que ya son.

No sorprende que el Señor lo sepa, el que nos creó conoce perfectamente nuestra psicología, pero sí llama la atención cómo lo toma en cuenta. Él, que tendría todo el derecho y la autoridad de pedirle a alguien a quien llama a Su servicio que renuncie a aquello para lo que es bueno, que nunca más vuelva a ocuparse de hacer algo que se le da, para lo que tiene facilidad y vocación, no lo hace. Al contrario. A Aquel que nos dio nuestros dones y capacidades no le gusta que los desperdiciemos sino busca siempre modos de aprovecharlos al máximo.

Lo vemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 4, 12-23). En él se nos narra que

*“Jesús caminaba por la ribera del mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado después Pedro, y Andrés, los cuales estaban echando las redes al mar, porque eran pescadores. Jesús les dijo: ‘Sígueme y los haré pescadores de hombres’...”*

(Mt 4,18-19)

Los invitó así a darle un giro distinto a lo mismo que sabían hacer, hallarle un nuevo objetivo, infinitamente más pleno y satisfactorio: los invitó a poner sus cualidades al servicio del Reino de Dios. Tender sus redes no ya en el mar, esperando sacar muchos pescados, sino en el mundo, con la esperanza de salvar de sus turbulentas aguas muchas almas.

Dice el Evangelio que en respuesta a esta invitación ellos de inmediato lo siguieron. Y vemos que siguieron siendo pescadores, pero con ese sentido que transforma y engrandece cualquier tarea por insignificante que sea: el de trabajar para el Señor.

Y ni siquiera cuando Pedro fue nombrado por Jesús la roca sobre la que edificaría Su Iglesia (ver Mt 16, 18-19) dejó de lado su vocación, al contrario, se afianzó tanto en ella que incluso su barca se volvió símbolo de la Iglesia y heredó su título y su labor de pescador espiritual a todos sus sucesores.

Qué oportuno resulta que se proclame este texto ahora que estamos festejando la noticia de la beatificación de Juan Pablo II, porque en él tenemos una clara muestra de que aceptar la invitación del Señor ni daña ni desvía ni suprime las cualidades de quien es llamado, sino todo lo contrario. Su agudeza e inteligencia, su talento como orador y escritor, su sensibilidad y empatía; su facilidad para comunicarse en alguno de los muchos idiomas que hablaba o incluso con una simple sonrisa y una mirada, su fe inquebrantable, su firme esperanza, su caridad y compasión, bondad y alegría, paciencia y afabilidad, rectitud y valentía, todo se aprovechó cuando aceptó seguir al Señor, primero como sacerdote, luego como obispo y después como cardenal. Y cuando le tocó poner las manos sobre el timón de la barca de Pedro, sus virtudes fueron aún más aprovechadas en su nueva encomienda. Fue un pescador de almas que navegó con su brújula siempre orientada hacia el Señor, nunca dudó en surcar los océanos buscando toda clase de peces, y con el mismo amoroso afán lanzaba una red inmensa que capturaba a millones, que un anzuelito para rescatar de las aguas turbulentas a quien acudía a solicitar su consejo, en un encuentro personal. Y cuando el

clima le era adverso y parecía que su afán sería en vano, no escatimaba esfuerzos, bogó siempre mar adentro.

En este domingo en que la Palabra nos hace presente la invitación del Señor a seguirlo, y las noticias nos muestran el feliz resultado de aceptarla, recordemos la voz de un Pescador que lo primero que hizo cuando subió a la barca fue animarnos a nunca tener miedo de aceptar el llamado del Señor.

## Contraposiciones

¿Qué es mejor, ser sabio o ignorante?, ¿poderoso o débil?, ¿importante y admirado o insignificante y despreciado? Probablemente mucha gente elegiría en cada caso la primera opción sin pensarlo dos veces, pero también sin considerar que quizá estaría en perfecta armonía con los criterios del mundo pero en total contradicción con los de Dios.

Y es que en la Segunda Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver 1Cor 1, 26-31) dice San Pablo que Dios elige a los ignorantes, débiles, insignificantes y despreciados.

Semejante afirmación parecería dar la razón a los no creyentes que juzgan que la religión es para tontos e inseguros que merecen, si no desprecio, cuando menos lástima. Pero no es así. Para comprenderlo es indispensable establecer a qué se refiere cada término, porque cada uno tiene un significado distinto para el mundo y para Dios.

Ser sabio, para el mundo, es tener un gran cúmulo de conocimientos. Pero el saber mucho no asegura la salvación y puede convertirse en un obstáculo: Si no va acompañado de principios éticos, morales, el conocimiento puede encaminar al ser humano hacia su destrucción. No sólo porque se sabe cómo hacer algo es correcto hacerlo (por ejemplo una bomba, un aborto, una clonación).

También puede suceder que el sabio de este mundo pretenda aproximarse a Dios como quien analiza algo bajo el

microscopio, y si no obtiene todas las respuestas -y es evidente que no las obtendrá pues Dios está muy por encima de la estrecha capacidad humana- se niegue a creer en lo que está más allá de lo que conoce y puede ver, tocar, en suma, abarcar.

Y por último, también puede ocurrir que quien cree saber mucho pierda la capacidad de asombro y se vuelva como esos escribas y fariseos de tiempos de Jesús que conocían a fondo las Escrituras pero ya no se dejaban conmover y mucho menos mover por ellas.

A los sabios del mundo Dios contrapone los ignorantes del mundo. ¿Qué se entiende por este término? No tiene nada que ver con la educación, la ciencia o la cultura a nivel humano. A diferencia de lo que puede pensarse, Dios no limita nuestro conocimiento sino todo lo contrario, le quita todo límite, porque lo abre a la verdadera sabiduría que es la que proviene de Él.

El ignorante de este mundo es aquel que no cree saberlo todo y por eso le pregunta todo a Dios; que no cree que puede entenderlo todo y por eso calla y reflexiona; que no cree captarlo todo y por eso pone su mirada y su confianza no en sí mismo sino en su Creador.

El ignorante de este mundo es el verdaderamente sabio, a diferencia del sabio de este mundo que ignora lo único que vale la pena conocer.

Ser poderoso para el mundo es tener la capacidad para mandar a otros, someterlos, humillarlos, arrasarlos, destruirlos. Pero por más poderoso que se crea o sea un ser humano, su poder está restringido porque depende de sí mismo y de algo tan frágil como su salud o tan perecedero como su dinero o sus armas.

A los poderosos de este mundo Dios contrapone a los débiles, y cuidado con entender este término como sinónimo de blandengues, porque no lo es.

Los débiles de este mundo son los que no confían en sus propias fuerzas y por eso se ponen en las manos del Todopoderoso, y así, en la debilidad humana del que se abre a la gracia de Dios se manifiesta en todo Su poder la fuerza de

Dios, y por ello los débiles del mundo son infinitamente más poderosos que los poderosos del mundo.

A los importantes y admirados en este mundo Dios contrapone a los insignificantes y despreciados, es decir, a los que no son tomados en cuenta porque no viven volcados hacia afuera, pendientes del qué dirán, sino que calladamente, anónimamente se esfuerzan en imitar a Aquel que no vino a ser servido sino a servir y por amor a nosotros se humilló hasta morir en la cruz.

Queda claro pues que Dios no se guía por apariencias, por lo que no vale la pena querer ser sabios o poderosos o importantes a los ojos del mundo, sino a los ojos de Dios, y para conseguirlo, no requerimos escalar posiciones ni cosechar aplausos, sino esforzarnos por vivir conforme a lo que plantea Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa: (ver Mt 5, 1-12): desapegados de los bienes materiales, con un corazón compasivo, misericordioso y limpio y trabajando cada día por edificar en el propio corazón, en la familia y en el mundo, la justicia y la paz.

## Los cerillos de Dios

Cuando era adolescente, a mis amigos y a mí nos gustaba jugar un juego que quién sabe si ya pertenezca a la prehistoria o alguien lo juegue todavía, llamado ‘si fuera’.

Consistía en esto: alguno salía un momento para que los demás eligieran secretamente a alguien del grupo. Cuando aquél regresaba trataba de adivinar a quién habían elegido, y para ello sólo podía hacer preguntas metafóricas, que plantearan comparaciones que pudieran ser reveladoras del carácter de esa persona. Por ejemplo: ‘si fuera música, ¿qué música sería?’; ‘si fuera un paisaje, ¿qué clase de paisaje sería?’; ‘si fuera un animal, ¿qué animal sería?’, etc. Lo interesante era que el juego no sólo permitía a los participantes descubrir cómo eran percibidos por los demás, sino también autoanalizarse, pues en la ronda de preguntas, al elegido que estaba siendo descrito le tocaba también responder.

Recordaba esto al leer que en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa, Jesús nos dice: “*Ustedes son la luz del mundo*” (Mt, 5, 14), y pensaba que si hoy jugáramos aquel juego y a alguien le tocara responder sobre sí mismo: ‘si fuera luz, ¿qué clase de luz sería?’ probablemente nadie, a menos que fuera un ególatra desmedido, respondería describiéndose como una gran luz, más bien todo lo contrario.

Paradójicamente, solemos tener ‘muy claras’ nuestras tinieblas, sabemos bien lo lejos que estamos de ser

‘luminosos’. Y sin embargo Jesús afirma que somos “*luz del mundo*”. ¿Cómo tomar esto?, ¿como un inmerecido cumplido?, ¿como una propuesta bonita pero inalcanzable? No. Las palabras de Jesús no están fuera de la realidad. Pueden cumplirse en nosotros. Y la prueba de ello nos la ofrece San Pablo. Lo consideramos un ‘super-apóstol’, y si tuviéramos que compararlo con alguna luz, seguramente lo describiríamos como una estrella, pero en la Segunda Lectura que se proclama en Misa este domingo, él confesó sentirse débil y estar temblando de miedo (ver 1Cor 2, 3), es decir que estaba muy lejos de creerse una ‘luminaria’, y sin embargo ¡lo era! ¿Cómo logró algo tan aparentemente imposible? Porque puso su nada en manos de Dios; porque sentirse débil no lo desanimó, no lo hizo quedarse cruzado de brazos, sino lo movió a confiarse enteramente en el poder y la fuerza de Dios, y así, aunque carecía de brillo propio, pudo ser reflejo de Aquel que es verdaderamente Luz del mundo.

Del ejemplo de San Pablo aprendemos que la conciencia de nuestra falta de luminosidad no es pretexto para conformarnos con las tinieblas que nos rodean. Si el Señor dice que somos luz del mundo (y en ningún lado se leen letras chiquitas que digan: ‘aplican restricciones’), ello significa que todos hemos sido llamados a romper la oscuridad. ¿Cuál? La del miedo, la de la ignorancia, la de la falta de fe, la del rencor, la de la injusticia, la de la violencia, la del mal, la que envuelve tu mundo, nuestro mundo.

Pero, ¿cómo podemos hacerlo si nos sentimos insignificantes? Poniéndonos, como San Pablo, en las manos de Dios para que Él nos haga brillar. Y si no podemos servirle como antorchas, al menos podemos servirle ¡como cerillos! Sí. Considera esto: un cerillo no iluminará como una vela, pero cuando llega un apagón, alumbra lo suficiente para permitir encontrar y encender la vela; un cerillo no será una fogata que congrega gente alrededor de su hermoso fuego, pero gracias a él se puede encender esa fogata. Su llamita podrá ser débil y breve, pero si es oportuna puede lograr ¡grandes cosas!

Eso sí, hay que estar conscientes de que para poder dar la llama que se espera de nosotros, tendremos que dejarnos

tallar, desgastar, y no ser de esos cerillos que encienden su llamita sólo si los frotan en su cajita sino de éstos que prenden en cualquier lado, raspándolos contra la pared, la suela del zapato, el suelo...Y estar también dispuestos a pasar desapercibidos (todo mundo admira la luz de las velas del pastel o del candelero; la de la chimenea o la fogata, nunca al cerillo que la encendió...).

Así pues, que nuestra pequeñez no sea pretexto para permanecer a oscuras. Espera nuestra ayuda Aquel que afirmó haber venido a traer fuego a la tierra y anhelar que ya estuviera ardiendo (ver Lc 12,49).

No olvidemos que un solo cerillo basta para iniciar un incendio...

## Plenitud

**S**i una mamá decidiera que como a su niño no le gustan mucho las verduras mejor le va a de comer sólo lo que le agrada: papas fritas y pastelillos; o si quien dirige una secundaria decidiera que como a algunos alumnos, por ir a un ‘antro’ entre semana y desvelarse, les cuesta llegar temprano a clases, les va a permitir entrar a las doce del día; o si un policía de tránsito al ver que algunos automovilistas se pasan los altos, decidiera apagar todos los semáforos, ¿estarían haciéndole un favor a ese niño, a esos adolescentes, a esos conductores? Quizá pensarían que sí, pero sería todo lo contrario, lejos de favorecerlos los perjudicarían.

Exigirle al niño que se alimente sanamente, al joven que se discipline y a los que manejan un coche, que respeten el reglamento, es para beneficio suyo y de todos, aunque tal vez de momento no lo vean así. Cumplir las reglas, cuando son para bien, podrá ser latoso pero vale la pena.

Lamentablemente los seres humanos tendemos a buscar lo facilito: ganar dinero sin haber trabajado, enflacar sin haber hecho dieta o ejercicio, tener un título sin haber estudiado. Y cuando sentimos que alguna regla nos exige algo que nos resulta trabajoso o nos da flojera cumplir, buscamos la manera de sacarle la vuelta o hacerlo por encimita, al ahí se va, el mínimo nomás para cubrir el expediente...

Sucede ahora y sucedía antes. En tiempos de Jesús mucha gente se había acostumbrado a obedecer la ley de

manera superficial o interpretándola a su propia conveniencia. El problema es que se trataba nada menos que de la ley que Dios había dado para bien de Su pueblo. Como leemos en la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Eclo 15, 16-21), Dios dio, junto con Sus mandamientos, la libertad de guardarlos o no. Quien los guarda tiene vida, quien no, opta por la muerte, y no porque Dios se desquite y lo mate por desobediente, sino porque quien le da la espalda a lo que lo beneficia, solo se perjudica.

En ese sentido, resulta significativo lo que se proclama en el Evangelio este domingo (ver Mt 5, 17-37), que Jesús afirmó que no vino a abolir la ley sino a darle plenitud. Con ello no sólo respondió implícitamente a quienes lo criticaban porque según ellos no cumplía la ley (por curar en sábado; comer en casa de pecadores; etc.), y a Sus discípulos, que quizá también se preguntaban si Su Maestro impondría una ley por completo nueva, distinta a la ley de Moisés que hasta ahora los había regido, sino que dejó claro que no bastaba con cumplir la ley sólo por cumplir, a medias o aparentemente, sino que ésta debía normar no sólo la conducta sino el corazón.

¿Por qué planteaba esto Jesús? ¿Qué sentido tenía pedirles que cumplieran más profundamente los mandamientos?, ¿no era agobiarlos con cargas extra, lo mismo que les criticaba a los fariseos (ver Mt 23,4)? Desde luego que no, era ¡todo lo contrario! Lo que Jesús proponía, lejos de aplastarlos los levantaba, en lugar de hundirlos los rescataba. ¿Por qué, si aparentemente les exigía más? No sólo porque el darle por su lado a la gente no es lo que la beneficia y porque el ser humano crece cuando se le exige, sino ante todo porque quería invitarlos a ser conscientes de su valor como seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios, animarlos a no admitir pensamientos, palabras o actitudes que los rebajaran en su dignidad de hijos del Padre.

Se entiende así que los invite a no sólo conformarse con no matar, sino ir más allá y no permitir que oscureciera la luz de su corazón el odio o el resentimiento; a no limitarse a no cometer adulterio, sino ni siquiera desearlo, es decir, no permitirse usar a otra persona como objeto ni con el

pensamiento; a no sólo no mentir al jurar, sino ser tan veraces que fuera innecesario hacer un juramento para tener credibilidad.

En suma, Jesús los invitó -y nos invita hoy a nosotros- a vivir en plenitud y no seguir los caminos mediocres de un mundo que prefiere la ley del menor esfuerzo. Ser herederos del Reino, conciudadanos de los santos, miembros de la familia de Dios, es todo un compromiso, no sólo un privilegio...

## Sonríe, te estamos filmando...

**U**n rechinido de llantas, unos giros vertiginosos, un estruendo, todo se pone oscuro y cuando logras abrir los ojos descubres que estás sentado en una butaca de un cine y no tienes idea de cómo llegaste allí. Miras alrededor y te das cuenta de que eres el único espectador y la función todavía no comienza. Te quieres poner de pie pero no lo consigues, estás extrañamente atrapado en tu asiento. Ya comienzas a preocuparte cuando en eso aparece, quién sabe de dónde, un ser angelical que te informa lo que está pasando. Tuviste un accidente que te tiene entre la vida y la muerte, y mientras el ‘alto mando’ decide si te deja todavía continuar en este mundo o si ya te llegó la hora de pasar al otro y entregarle cuentas, se te va a permitir ver proyectada en pantalla gigante, con calidad digital, tercera dimensión y desde luego a todo color, la película de tu vida. Dicho esto desaparece y comienza a oscurecerse la sala. Todavía no te repones de la impresión pero como no puedes hacer nada más que ver la proyección, te dispones a disfrutarla -después de todo siempre soñaste con aparecer en la pantalla grande- y hasta te preguntas si habrá palomitas.

Comienzan a pasar escenas de tu niñez de las que ya ni te acordabas. Algunas te conmueven, otras te hacen reír. Luego siguen las que corresponden a años posteriores, y así,

vas viendo transcurrir tu existencia hasta llegar a los años más recientes.

Y entonces te das cuenta de algo en lo que hasta ese momento no te habías fijado. Tal parece que el camarógrafo se empeñó en captarte a ti y a nadie más, sólo apareces tú y sólo se oye tu voz.

Esto lejos de alimentar tu ego comienza a preocuparte, porque en las escenas que están pasando ante tus ojos, a veces se te ve lanzar insultos, hacer muecas de desprecio, hablar pestes de alguien, desquitarte....Están captadas todas y cada una de las veces en que dijiste o hiciste algo injusto, impaciente, iracundo, vengativo, rencoroso. Recuerdas perfectamente lo sucedido en cada una, pero piensas que si la cámara no te hubiera captado sólo a ti se entendería muy bien ante quién y por qué estás reaccionando así, se vería lo que te estaban diciendo o haciendo, se justificaría tu agresiva actitud.

Te preocupa que eso de que sólo salgas tú te esté haciendo quedar muy mal, te reste puntos, contribuya a que se tome una decisión que no te favorezca. Te desesperas. Protestas a gritos, llamas al 'cácaro', exiges que muestren también la parte de los otros, armas tal escándalo que se detiene la función, se encienden las luces y el ser angelical reaparece de nuevo, esta vez trayendo una Biblia en la que te muestra la página del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 5, 38-48) y te dice: 'aquí está la explicación del por qué la película está filmada así. No hace falta tomar a los otros porque el Señor no te ha invitado a tratar a los demás como ellos te tratan a ti; no te ha pedido que apliques aquello de 'ojo por ojo y diente por diente': no me saludan, yo tampoco; me maltratan, los maltrato; me calumnian, los calumnio'. Por el contrario, el Señor te ha llamado a amar aunque no te amen, a bendecir aunque te maldigan, a rogar por otros aunque te persigan o digan cosas falsas de ti. Así, en la película de tu vida no hace falta ver a los que te rodean porque por malo que sea lo que hayan dicho o hecho contra ti, nada justifica que tus palabras o acciones no hayan sido lo que se esperaba de ti como discípulo de Aquel que te dejó un solo

mandamiento: que ames a los otros como Él te amó, hasta dar la vida por ti’.

En un instante comprendes que has vivido en un grandísimo error y quieres de todo corazón tener ocasión de remediarlo. En eso en un parpadeo de pronto te ves en una cama de hospital, oyes que se reactivan los aparatos, a los doctores comentar sorprendidos que por unos segundos te dieron por muerto pero estás reaccionando, y comprendes agradecido que se te ha concedido otra oportunidad, y esta vez te propones actuar de una manera muy distinta en esa película sobre tu vida que todavía falta por filmar...

## ¿De qué te preocupas?

¿Cuántas veces necesitas que te repitan algo para que por fin se te grabe?, ¿dos?, ¿tres?, ¿cuatro?, ¿cinco? Pues por repeticiones no paramos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa. ¡Cinco veces! nos plantea Jesús que no debemos preocuparnos (ver Mt 6, 24-34), cinco veces en diez versículos, se nota que es un tema que al Señor le interesa enfatizar, se ve que no quiere que nos preocupemos. ¿Por qué? Cabe dar cuando menos dos respuestas: Una tiene que ver con las razones y la otra con las consecuencias de toda preocupación.

En la primera cabe preguntar: ¿Existe alguna razón que justifique que nos preocupemos? La respuesta es no. ¿Por qué? Nos lo dice Jesús: porque somos lo más valioso a los ojos del Padre, porque Él está pendiente de nosotros, porque sabe bien lo que nos hace falta y nos dará lo que necesitemos cuando lo necesitemos (que, cabe aclarar, no es lo mismo que lo que creemos que necesitamos cuando creemos que lo necesitamos). Podemos pues vivir tranquilos, confiados en que, como decía San Francisco de Sales: Dios no permitirá que nos ocurra ningún mal o nos dará fortaleza y luz para superarlo.

La segunda tiene que ver con lo que obtenemos al preocuparnos. Pregunta Jesús: “¿Quién a fuerza de preocuparse, puede prolongar su vida siquiera un momento?” (Mt 6,27), como quien dice: ¿qué ganamos con preocuparnos?

¡nada! Por más noches de insomnio que pasemos dándole vueltas a un asunto, por más que nos retorzamos las manos o nos comamos las uñas, angustiándonos no conseguiremos el bien que esperamos. Y cabe añadir que, por el contrario, podemos provocarnos un gran daño, y no sólo a nivel físico (como tensión nerviosa, úlcera, desvelos, agotamiento, malhumor, depresión), sino a nivel espiritual: Afirmaba San Francisco de Sales que con excepción del pecado el peor mal para el alma es la inquietud. Y es que cuando alguien está inquieto, preocupado, no hace más que pensar en aquello que lo angustia; no tiene paz para orar, se centra en sí mismo olvidando a los demás, se siente desolado, abatido, comienza a deprimirse y desesperarse, Decía el santo que entonces el alma queda debilitada, frágil, muy vulnerable a los embates del maligno que aprovecha para inducirla a desconfiar del amor de Dios, a caer en la desesperanza y eventualmente a perder la fe.

Así pues, si no hay razón que justifique nuestra preocupación y las consecuencias de preocuparnos son tan negativas, ¿por qué lo seguimos haciendo? Me decía una señora: ‘ya sé que Dios me ama y sé que no debo preocuparme, pero si me toca vivir algo muy doloroso o difícil no puedo evitar pensar que Él se ha olvidado de mí, que como a esos funcionarios públicos a los que en las giras la gente les entrega cartas y papelitos con peticiones urgentes, y éstos se los dan a algún subalterno y no se vuelven a ocupar de ellos, a Dios se le ‘traspapeló’ mi caso y está tan ocupado con las cosas importantes que suceden en el mundo que no se acuerda de lo que a mí me pasa’.

Si acaso compartes esta equivocada idea, mira lo que dice la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Is 49, 14-15). A Dios no te le olvidas nunca. Y si buscas en tu Biblia ese pasaje y continúas leyendo un poco más descubrirás cuánto te ama y qué lejos está de ser un Dios ajeno o lejano. ¿Has oído que para recordar algo que tienen pendiente algunas personas acostumbran amarrarse un hilito en un dedo? Pues bien, Dios ha ido mucho más lejos para recordarte siempre. Ha tatuado tu nombre en la palma de Su mano...

## Socios

**C**ontaba un señor que tiene un pequeño club, que lo sorprende la cantidad de gente que pretende colarse sin ser socia, alegando que son sus cuates e incluso mostrando una falsa tarjeta de presentación suya. Y suele pasar que lo han hecho ir a la puerta a encontrar a un supuesto gran amigo sólo para confirmar que no tiene ni idea de quién es esa persona y por supuesto a dar órdenes de que no la dejen pasar.

Recordaba esto al leer en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 7, 21-27), que habrá quienes crean poder entrar en el Reino de los Cielos con sólo mencionar el nombre de Jesús o dárselas de amigos suyos, pero eso no bastará. Y es que así como los socios que frecuentan un club son conocidos y reconocidos por el dueño, que los saluda por su nombre e incluso puede ser que un día los deje pasar aunque hayan olvidado la credencial, y quienes no pertenecen a éste no pueden pasar aunque aleguen ser cuates de aquél, algunos que pretendan entrar al Reino sólo porque digan conocer a Jesús se van a llevar un chasco cuando Él les afirme: “*Nunca los he conocido*”(Mt 7,23).

Pero, puede preguntar alguno, ¿cómo puede decir que no los conoce si sí sabe quiénes son? Porque el verbo ‘conocer’ tiene en la Biblia un significado más profundo que el de simplemente saber de alguien, implica una relación íntima, cercana.

Se comprende entonces que Aquel que dijo que cuanto hagamos aún al más insignificante de Sus hermanos se lo hacemos a Él, pueda decir que no nos conoce si nunca ha experimentado, en la persona de los demás, nuestra caridad, nuestro servicio, nuestra solidaridad.

Así pues, tenemos que existe un riesgo real de quedar fuera del Reino, y no porque el Señor nos cierre la puerta en las narices, sino porque no cumplamos con lo que se nos pide para poder entrar.

Y es que así como quien quiere ser socio de un club debe aceptar ciertas reglas y cumplir ciertos requisitos, del mismo modo, para entrar al Reino hay que estar dispuestos a conformar la propia existencia a los valores que ahí rigen, ¿cuáles? el amor, la justicia, la paz, la verdad, la misericordia, el perdón. Quien haga esto entrará en el Reino, y cabe aclarar que eso de 'entrar' no se refiere a que luego de que haya cumplido todo recibirá una especie de credencial que le abrirá las puertas, sino a que al estarlo viviendo descubrirá que ha entrado ya al Reino, que vivir todos esos valores es ya disfrutar de la alegría que experimentan todos los que pertenecen al Reino.

Como se ve, dependerá de cada quien elegir entrar o quedar fuera del Reino. Como lo plantea la Primera Lectura de la Misa este domingo (en Dt 11, 26-28): cada uno tiene frente a sí dos opciones, cumplir o no los mandamientos del Señor. Si los cumple será bendecido, si no, será maldito. Y no porque el Señor lo maldiga, sino porque su propia elección terminará por arruinarlo.

Y cabe aclarar que, como siempre, la razón por la que el Señor nos invita a cumplir Su voluntad no es porque quiera dominarnos sino beneficiarnos. Esto se comprende más claramente en el ejemplo que menciona Jesús en el Evangelio: Quien cumple la voluntad del Señor es como alguien que edifica una casa sobre roca, tan sólida que resiste torrentes y vendavales. Es decir, quien tiene su vida cimentada en Dios, encuentra en Él la fortaleza, la serenidad, el consuelo, la esperanza que le permiten sobrevivir cualquier dificultad, por grande que sea. En cambio quien no la cumple se parece a

quien edifica sobre arena. No tiene de dónde agarrarse a la hora en que sufre algún problema y fácilmente puede derrumbarse.

En este domingo previo a iniciar el camino de conversión de la Cuaresma, estamos a buena hora para disponernos a pertenecer al Reino, y no porque mostremos un charolazo ‘pirata’ sino porque nos esforcemos por cumplir lo que se requiera para conseguir la membresía oficial. Es gratuita, puede ser vitalicia y, lo mejor de todo, nos permitirá de verdad conocer y ser conocidos por el Dueño, que nos dejará entrar a estar con Él y disfrutar una dicha que no tendrá final.

# ¿De qué nos sirven las tentaciones?

**A**lguien preguntaba el otro día: ‘¿Por qué permite Dios que vivamos tentaciones? Si quisiera podría librarnos de ellas, es más, podría haber determinado que éstas ni siquiera hubieran existido, y así se hubiera asegurado de que el ser humano nunca hubiera caído en ellas ni hubiera cometido pecados, entonces, ¿por qué deja que las experimentemos?, ¿de qué nos sirven las tentaciones?’

Cabría dar cinco respuestas a esta interrogante:

## **1. Nos permiten ejercer nuestra libertad**

Si Dios nos hubiera creado como ‘títeres del bien’ para que nunca pudiéramos hacer otra cosa que Su voluntad, sin libre albedrío para elegir cumplirla o no, no tendríamos libertad, un bien muy preciado del que Dios ha querido dotarnos y del cual no quiere privarnos, porque es lo que nos permite mostrarle nuestro amor y adhesión eligiendo libremente entre dos caminos, el que conduce hacia Él.

## **2. Nos muestran cómo somos**

Nos ubican en nuestra realidad caída y pecadora. Si nunca sufriéramos tentaciones en las cuales caemos, quizá nos sentiríamos los ‘muy muy’, nos creeríamos superiores a los demás, casi casi (o sin el casi), dioses. El caer en una tentación

nos hace darnos cuenta de cuán frágiles somos. Nos hace humildes.

Comentaba un señor que recién salido de confesarse de que, entre otras cosas, echaba maldiciones cuando estaba atorado en el tráfico, le tocó cinco claxonazos a otro automovilista, y cuando éste lo volteó a ver le hizo una señal grosera. Y en ese instante se dio cuenta de que ¡¡acababa de confesarse de eso, acababa de salir de la iglesia muy contento, sintiéndose perdonado por Dios, y ¡no había tardado nada en volver a caer en lo mismo!

Las tentaciones nos permiten darnos cuenta de lo débiles que somos. Y eso ¿de qué nos sirve? Desde luego no para azotarnos contra las paredes, ni para sentir que no tenemos remedio y mucho menos para abandonar la lucha por alcanzar la santidad pensando que es algo imposible, sino para algo muy diferente y que constituye en sí mismo un punto aparte:

### **3. Nos ayudan a detectar qué nos hace caer, específicamente, a nosotros**

Ello nos permite proponernos corregirlo (como esos hombres de los que nos hablaba el Evangelio en Misa el domingo pasado, que construyeron sus casas, uno sobre roca y otro sobre arena. La casa del primero resistió los torrentes que la embistieron, la del segundo se derrumbó. Ello permitió a su constructor no sólo darse cuenta de que la edificó mal, sino proponerse reconstruirla sobre sólidos cimientos. Esto a su vez conduce necesariamente al siguiente punto:

### **4. Nos permiten fortalecernos**

Cuando superamos una tentación crecemos en fortaleza para superar otras. Y viceversa: caer en una nos debilita para caer en otras. ¿Cómo podemos aprovecharlas para fortalecernos? Porque facilitan algo fundamental en nuestra vida:

### **5. Nos mueven a reconocer que necesitamos y ¡mucho! la ayuda de Dios**

Confesaba San Pablo que no comprendía su proceder pues no hacía lo que quería sino lo que aborrecía (ver Rom 7, 15), deducía que ello se debía a que en él habitaba el pecado y se lamentaba: “*¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?*” y ahí mismo respondía que Jesús, por Quien daba gracias a Dios (ver Rom 7, 24). Y es que nosotros caemos cuando enfrentamos tentaciones, pero Jesús no cayó. Como lo muestra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 4, 1-11), sufrió pruebas (y no sólo en el desierto, pues durante toda Su vida se le presentó la tentación, la posibilidad de cumplir o no los designios de Su Padre, y siempre optó por amoldar Su voluntad a la de Aquel).

Así, el vivir tentaciones puede ser positivo si para superarlas nos tomamos más firmemente de la mano de Jesús, nos encomendamos más a Su ayuda, nos volvemos como esos niños pequeños que aprietan la mano de su mamá cuando están en medio de una multitud en la que podrían perderse, o como esas personas mayores que cuando caminan por una acera dispareja, se apoyan en el brazo de su acompañante. Así también nosotros, no tenemos que conformarnos con padecer o sufrir la tentación, sino podemos aprovecharla para aprender la lección que nos muestra acerca de nosotros mismos y nuestras miserables fuerzas; fortalecer aquello que necesitamos fortalecer en nuestra vida espiritual, y adquirir mayor intimidad y confianza con Dios para poder decir, como el salmista: “*Cuando me parece que voy a tropezar, Tu misericordia, Señor, me sostiene*” (Sal 94, 18).

## Desconsuelo y consuelo

**N**o te preocupes, no lo pueden matar. Semejante afirmación se refería al héroe de un programa de televisión, de una serie viejita en blanco y negro, de la que mi mamá tiene varios episodios que le encanta ver porque, a sus noventa y dos años todavía aprecia que el protagonista ‘está muy chulito’.

La dijo un día en que al ver que al galán le dieron tremenda zoquetiza exclamé: ‘¡uy, lo van a matar!’.

Ella sabía que eso no sucedería. Y, en efecto, terminados los trancazos el hombre se levantó ágilmente del suelo, sólo con el copete ligeramente despeinado, se ajustó la corbata y siguió como si nada. Y me pregunto qué hubiera sucedido si en lugar de eso, se hubiera quedado tendido, muerto. Seguramente mi mamá no lo hubiera podido creer, hubiera pensado que se estaba haciendo el muertito o que era un error, una broma, un sueño, incluso que estaba viendo un DVD ‘pirata’, todo, menos que fuera posible que a Simón Templar, el ‘santo’ (así le dicen al protagonista, no tengo idea por qué), se lo escabecharan. Y es que ya se sabe que a los héroes de las series de acción que salen en la tele, les puede pasar de todo menos que los maten (claro, si los matan se acaba la serie). Así que los televidentes contemplan tranquilos cuanto le pase al protagonista pues saben que el final será feliz y no le ocurrirá nada irremediable o fatal.

Pues bien, si así sienten algunas personas con relación a héroes que al fin y al cabo no existen, podemos comprender cuánto más sentirían los judíos con relación al héroe real que estaban esperando, al Mesías, al enviado de Dios que vendría a traerles la salvación. Sin duda consideraban que sería alguien que gozaría de una especialísima protección divina, alguien al que nada malo podría ocurrirle. Por eso cuando Jesús, de quien Sus discípulos estaban convencidos que era el Mesías, les anunció que los dirigentes de Su pueblo lo rechazarían, lo escupirían, azotarían y condenarían a morir en una cruz, se quedaron pasmados. No podían concebir que ello fuera posible. Era el peor balde frío que les había caído jamás. Contrario a todo lo que hasta ahora habían creído con relación al Mesías. Jesús lo sabía. Y, como siempre, sensible y atento a lo que sucedía en el corazón de Sus discípulos, buscó la manera de disipar sus dudas y afianzarlos en su fe y en su esperanza.

Narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 17, 1-9), que Jesús llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, subió con ellos a un monte (en el Antiguo Testamento los montes son lugares privilegiados para las manifestaciones divinas) y se transfiguró ante ellos. Les dejó ver el resplandor de Su gloria. Y no conforme con eso, quiso probarles que el plan que les había anunciado no estaba en contradicción con lo anunciado en las Sagradas Escrituras, y así como cuando se afirma algo se busca un aval que dé fe de que aquello es verdad, Jesús les dejó ver que a Su lado estaban nada menos que Moisés y Elías. Cabe aquí comentar que los judíos solían referirse a la Sagrada Escritura usando un término genérico: ‘La ley y los profetas’. Moisés, representaba la Ley, pues la recibió de manos de Dios. Y Elías representaba a los profetas. ¡Delicadeza del amor del Señor!, sabiendo que Sus discípulos se sentían desconcertados y tristes, y previendo que lo estarían todavía más cuando se les viniera encima lo que todavía faltaba por suceder, quiso consolarlos anticipadamente, fortalecerlos, dejarles ver que lo que les había dicho no era un error o un disparate sino que entraba dentro del plan de salvación que Dios previó desde

antiguo. Y hasta el propio Padre intervino en esto, dejando oír Su voz, expresando Su amor por Jesús y pidiendo que lo escucharan.

En este Segundo Domingo de Cuaresma la Palabra nos presenta esta escena que nos invita a comprender que Dios tiene un plan de salvación para nosotros, y que aunque si nos preguntaran no querríamos experimentar el sufrimiento o la muerte, éstos forman parte inevitable pero pasajera de un camino que habrá de llevarnos a contemplar la gloria del Señor, como los discípulos, pero no sólo un ratito sino por toda la eternidad.

## Noticia compartida

¿No te ha pasado que tienes una noticia que te alegra tanto que sientes necesidad de compartirla y se la dices a la primera persona con la que te topas? Y así, a la menor provocación, le haces plática al dependiente de la tienda, al chofer del taxi, a quien se te sentó junto en el camión, a quien sea, y le sueltas que te vas a casar, que nació tu primer hijo o nieto, que por fin conseguiste chamba, que te dieron de alta o cualquier otra cosa buena que acaba de sucederte. Y quizá tu interlocutor se te queda viendo con cara de ‘y a mí ¿qué?’, pero estás tan feliz que no te importa. Claro que lo mejor es compartir la noticia con alguien que sabes que está deseando oírla y que alegrará tanto como tú. Ejemplo de esto es lo que nos narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 4, 5-42).

Jesús llegó a un poblado, y mientras Sus discípulos se iban a comprar comida, se sentó en el borde de un pozo. Por lo que sucedió se puede deducir que Él estaba ya dispuesto a revelar Su identidad, a dar a conocer que era el Mesías enviado a salvar a Su pueblo. Es pues significativo que se sentara allí, como esperando comunicar Su noticia a alguien que tuviera sed, pero no sólo de agua, sino de salvación, alguien que necesitara oírla, alguien que verdaderamente se alegrara al conocerla. Dice San Juan que era mediodía. Eso significa, por una parte la hora del máximo calor, donde se experimenta la mayor sed, la mayor necesidad de beber del manantial de agua

viva que Jesús viene a ofrecer. Y también la hora en que ilumina con toda su fuerza el sol y no hay sombras. Vienen a la mente las palabras de Zacarías: “*Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte*” (Lc 1,78-79).

Llega entonces al pozo una mujer que vive así , en sombras. Si se hubiera realizado una encuesta preguntando quién se hubiera considerado digno de ser el primero al que Jesús revelara que era el Mesías, ella no hubiera encabezado la lista de preferencias. Era samaritana, es decir, de un pueblo que estaba enemistado con los judíos; era mujer, en un tiempo en que no contaban los testimonios femeninos, y era pecadora y probablemente la comidilla del lugar, pues había tenido muchos maridos y actualmente tenía un amante con el que estaba viviendo. Sin embargo Jesús la considera la candidata ideal. ¿Por qué? Porque conoce que ella está muy sedienta, pero no sólo de agua, sino de algo que sacie ese anhelo interior, esa ansia de felicidad que la ha llevado a buscarla inútilmente y en su búsqueda equivocarse rotundamente el camino (decía San Agustín: ‘busca lo que buscas, pero no donde lo buscas’). Y así, cuando ella se dispone a sacar agua, Él se dirige a ella con una petición inesperada: “*Dame de beber*” (Jn 4,7). Conmueve que el Señor se aproxima siempre a nosotros sin exigir, sin avasallar, vulnerable, necesitado de lo que podamos darle. Él es el manantial de agua viva y la mujer lleva tan sólo un cántaro, y cabe pensar que no muy grande, para poder cargarlo lleno, y de ese cántaro pide Jesús beber.

El Señor se pone siempre a nuestro nivel, acepta nuestra pequeñez, lo poco que podemos ofrecerle. Él que es el Amor, se conforma con recibir el amor que brota de nuestro pequeño corazón; Él que es la Bondad, se alegra cuando hacemos aunque sea una insignificante obra buena; Él que nos lo da todo, se pone feliz cuando le damos algo.

La petición que el Señor hace inicia un diálogo que Él aprovecha para revelar que es el Mesías. La noticia debe haberla estremecido, no sólo por conocer al esperado Enviado de Dios, sino porque Él se dignó dirigirle la palabra, la trató

con respeto, la miró con misericordia. Ahora ¡es ella la que tiene un notición que no puede guardarse!, y corre al pueblo a compartirlo, y es tal su testimonio que los mueve a ir a comprobar por sí mismos lo que dice.

En este Tercer Domingo de Cuaresma, llega oportuna la Palabra a despertar nuestra sed, a revelarnos Quién es el Único que puede saciarla, a invitarnos a acudir a Él y a llamar a otros a acompañarnos, para presentarle nuestros cántaros vacíos, con la certeza de que sólo Su manantial de agua viva puede llenarlos.

## Ver y no ver

**H**abía un antiguo cuento oriental que narraba que un rey había encerrado a sus tres hijos en un castillo sin ventanas, en donde habían crecido en total oscuridad. El hermano mayor era el único que recordaba cómo era la luz, y los otros le pedían constantemente que se los explicara y que les contara historias de su infancia, cuando vivía afuera, y se maravillaban de oírlo y él disfrutaba mucho la atención que recibía. Entonces inesperadamente una mañana se abrió la puerta y entró a raudales el sol. Todos cerraron los ojos, lastimados por su resplandor, pero pasado un tiempo se acostumbraron a la claridad y poco a poco fueron abriéndolos. El hermano menor gritó emocionado: ‘¡es la luz!’ y quería salir, pero el mayor se lo impidió, cerró de golpe la puerta y dijo que eso que habían visto no era realmente la luz, sino producto de su imaginación, porque él les había explicado tan bien cómo era que habían creído verla. Logró convencerlos. Y desde entonces siguieron como antes, en total oscuridad, con ellos preguntando y él disfrutando platicarles cómo era la luz.

‘No hay peor ciego que el que no quiere ver’, dice el dicho, para referirse a quien neciamente cierra los ojos para no reconocer una realidad que tiene, como se dice popularmente ‘frente a sus narices’. Recordaba todo esto al leer lo que narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 9, 1-41).

Empieza diciendo que Jesús vio a un ciego de nacimiento. De entrada resulta conmovedor comprobar que aun cuando una persona sea incapaz de voltear la mirada hacia Dios y darse cuenta de Su presencia en su vida, Él, en cambio, sí tiene Su mirada puesta en ella, y no es una mirada indiferente, sino compasiva.

Jesús le dijo entonces a Sus discípulos: “*Yo soy la luz del mundo*” (Jn 9,5), hizo lodo, lo puso en los ojos al ciego, le pidió que fuera a lavarse, éste obedeció y recobró la vista. Experimentó en carne propia lo que había anunciado Zacarías, lo visitó el sol que nace de lo alto y lo iluminó a él, que antes vivía en sombras de muerte (ver Lc 1, 78-79).

Tan radical cambio en aquel hombre no pasó desapercibido, y sus vecinos y conocidos se preguntaban: ‘¿es él o se parece?’ Así sucede con quien ha tenido un encuentro con Dios y se ha dejado iluminar el corazón. Ya no es el mismo de antes, tiene ahora una nueva luz interior que se le nota, y hay un cambio también en su actitud, si antes su dios era el dinero, ahora es el Señor, si antes buscaba el poder para que otros lo sirvieran, ahora lo que busca es poder servir a otros, y así en todo. Claro que semejante cambio va a provocar en los que lo conocen muy diversas reacciones. Habrá quien se alegrará genuinamente por su conversión, pero habrá otros a los que su cambio los incomodará grandemente porque sin querer les echará en cara que ellos no han cambiado y no quieren cambiar. Es lo que sucedió a los fariseos de los que nos habla el Evangelio. No querían creer que ése, al que conocían de toda la vida, había sido curado, y lo cuestionaban, discutían entre ellos, lo volvían a interrogar, incluso buscaron a los papás de él para ver qué decían, y cuando le volvieron a hacer preguntas y él muy sensatamente les hizo ver que semejante curación no podía venir sino de Dios, en lugar de abrirse a esa posibilidad lo insultaron. Si hubiera dicho lo que querían oír, le habrían hecho caso, pero como dijo lo que no querían oír, lo tildaron de pecador y lo echaron fuera. Y justamente fuera fue que se encontró de nuevo con Jesús, ante el cual se postró para adorarlo. Los que lo corrieron le hicieron un favor, le permitieron encontrarse de nuevo con Aquel que

es la Luz, ellos en cambio permanecieron en tinieblas. Como el hermano mayor de aquel cuento, se las daban de conocedores de la luz, pero al tenerla enfrente se negaron a aceptarla. De ellos dijo Jesús: *“Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, continúan en su pecado”* (Jn 9, 41).

En este Cuarto Domingo de Cuaresma quedamos invitados a preguntarnos cómo están nuestros ojos, no los del cuerpo, que no importa si andan medio ‘fallos’, sino los del alma. Si vemos realmente o sólo creemos ver. Y cómo se nos aplica lo que afirmó Jesús: *“Yo he venido...para que los ciegos vean y los que ven se queden ciegos”* (Jn 9, 39).

## ¡Responde!

6. Deja lo que sea que estés haciendo y hazme caso! Así decía una señora que hablaba por su celular con alguien de quien por lo visto requería que le pusiera su total atención. Caminaba delante de mí pero se detuvo y yo me seguí, así que ya no me enteré de más, pero luego recordé sus palabras, y pensé que así le dice mucha gente a Dios. ‘¡Señor, ¡deja lo que sea que estés haciendo y atiéndeme, que mi enfermito se empeora, que mi matrimonio se derrumba, que necesito hallar empleo, que no puedo más! ¡Deja lo que sea que estés haciendo y respóndeme, que esta situación tan angustiada duró demasiado!

También en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 11, 1-45) nos enteramos de una súplica parecida. Cuando enfermó Lázaro, hermano de Martha y de María, ellas enviaron a Jesús este recado: “*Señor, el amigo a quien tanto quieres está enfermo*” (Jn 11,3), como quien dice, ‘deja lo que estés haciendo y ven’. Y le hacen notar que el que lo necesita es un amigo muy querido, como diciendo, ‘no te lo pide cualquiera sino alguien cercano a Ti que realmente merece que lo atiendas’. Como decirle ahora: te lo pido yo, que voy a Misa todos los domingos; que te sirvo fielmente en este ministerio; que vivo procurando cumplir Tu voluntad y por eso merezco que me hagas más caso que a los que ni se acuerdan de Ti. ¿Cómo reaccionó Jesús al recibir el recado?, ¿fue de inmediato? No. Se tomó su tiempito. Se

quedó dos días más en donde estaba. Y si el recadero regresó a informar esto a las hermanas se habrán quedado muy desconcertadas. ¿Cómo que el Señor no dejó todo y vino corriendo a ayudarlas?, ¡si sabía que lo necesitaban!

Quizá mil cosas pasaron por sus mentes, como por las de quienes piden algo a Dios y no ven resultados inmediatos. Tal vez pensaron que no le importaban tanto como creían, que tenía mejores cosas que hacer, que las había olvidado. Se sintieron defraudadas. Y peor tantito porque sucedió lo que temían y Lázaro falleció. Y fue hasta que éste ya llevaba cuatro días de sepultado cuando por fin llegó Jesús.

Nos dice el Evangelio que María no salió a verlo, cabe pensar que estaba ‘sentida’ con Él. Pero Martha sí salió, y lo primero que hizo fue reprocharle: “*Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano*” (Jn 9,21). Y más tarde, cuando Jesús llamó a María, ésta le hizo un reproche semejante. El mismo que muchos le hacen a Dios cuando no les responde como quieren y con la prontitud con que quieren. Señor, si me hubieras atendido, si no te hubieras desentendido de mí, si me amaras, no hubieras dejado que esto me pasara. ¡Ah, cuántos injustos reproches recibe continuamente el Señor! No es verdad que se desentienda ni que no nos ame. Vemos cómo al llegar ante el sepulcro de Su amigo, se conmovió y lloró.

El Señor no es indiferente a lo que nos sucede. Si no acudió presuroso a curarlo no fue porque no le importara sino porque tenía un plan mejor. No librarlo de la enfermedad, sino ¡de la muerte! Si Aquél que dijo: “*Yo soy la Resurrección y la Vida*” (Jn 9, 25), no nos responde como deseamos es porque pedimos lo que de momento creemos nos conviene, pero Él concede lo que de veras nos convendrá en términos de eternidad, de salvación, lo que fortalecerá nuestra fe, afianzará nuestra esperanza, animará nuestra caridad.

Las hermanas creyeron en Él; su dolor no las hizo alejarse, como sucede desgraciadamente con algunos creyentes que por no recibir la respuesta que esperan dejan de orar. Y cuando Jesús pidió lo impensable: que se abriera la losa que cerraba el sepulcro donde estaba el cadáver que, luego de

cuatro días y en ese clima caliente, estaba ya en franca descomposición, Martha se limitó a hacerle notar que olía mal, preocupada de exponer a la terrible pestilencia a quienes habían venido a darles el pésame, pero accedió. Entonces Jesús mandó a Lázaro salir de allí y éste ¡salió! ¡Vivo! Jesús realizó un milagro espectacular que no dejó lugar a dudas acerca de quién era Él y permitió a quienes lo amaban, soportar lo que se vendría: verlo padecer y morir en la cruz. Hizo más de lo que habían pedido o imaginado, les concedió recuperar vivo a su hermano, pero a nosotros nos concede algo todavía mayor, porque al cabo de los años Lázaro volvió a morir, pero a nosotros nos ha concedido el regalo de la vida eterna, la certeza de saber que por grandes que sean nuestros problemas, por doloroso que sea perder seres queridos, por difíciles que se pongan las cosas, Aquel que todo lo puede nos ama y está pendiente de nosotros, y por eso nuestro sufrimiento tiene un límite y nuestra muerte no es un final.

## Su dolor

**S**i alguien hace algo malo contra ti, te traiciona, te lastima, te daña de alguna manera, ¿qué es lo que te duele? Casi todo mundo respondería que le dolería sentirse traicionado, lastimado, dañado. Y es que cuando sufrimos algo que percibimos como agresión, solemos reaccionar poniendo la atención en lo que nos pasó a nosotros y en cómo nos sentimos. Por ejemplo, quien sufre un robo suele dolerse por saberse injustamente despojado de lo que le pertenecía y por haberlo perdido. Probablemente no se duele por el ladrón, no le preocupa que dedicarse al hurto lo fracture como ser humano, afecte su alma, ponga en riesgo su salvación, más bien es probable que piense: ‘ojalá se muera y se vaya al infierno’.

Lo común es que ante las agresiones que sufrimos volvamos la mirada hacia nosotros mismos, pongamos la atención en nuestra condición de víctimas, nos concentremos en cómo el atropello que padecemos nos afecta. ¿Por qué? En el fondo, porque no amamos al agresor, no lo consideramos ése prójimo al que debemos amar como a nosotros mismos, o más aún, al que debemos amar como nos pidió Jesús: con un amor hasta el extremo, como el Suyo; no nos importa lo que le pase y seguramente no estaríamos dispuestos a dar nuestra vida por él.

Así solemos reaccionar nosotros, pero, como siempre, Jesús reacciona de manera completamente diferente a la

nuestra. Lo descubrimos en los relatos del Evangelio sobre Su Pasión y Su Muerte que se proclaman este Domingo de Ramos (ver Mt 26, 14-27.66) y el Viernes Santo (ver Jn 18, 1-19.42).

Lo que a Jesús le preocupa no es lo que hacen contra Él, sino lo que esas malas acciones implican para quienes las realizan. Y es que Jesús no vive centrado en Sí mismo; Aquel que por nosotros fue capaz de ir voluntariamente a padecer todo lo que padeció (traición, abandono, incomprensión, injurias, escupitajos, azotes, burlas, corona de espinas, golpes, el camino al Calvario y la crucifixión), Aquel que, como hace notar San Pablo, dio Su vida por nosotros a pesar de que no lo merecemos porque somos pecadores (ver Rom 5,8), realmente nos ama, realmente se interesa por nosotros, por el estado de nuestra alma, por nuestra salvación. Y ese amor Suyo se revela, una y otra vez, de muchas maneras, a lo largo de Su Pasión.

Por ejemplo en la Cena, al anunciar que alguien lo va a traicionar, da la oportunidad a Judas de que reconsidere; cuando advierte a Pedro que lo va a negar, lo invita a orar para fortalecerse interiormente y no ceder a esa tentación; lo que responde y lo que calla cuando lo interrogan primero el Sanedrín y luego Pilato, busca hacerlos reflexionar, despertar sus conciencias.

Consideremos también, por ejemplo, las preguntas que plantea. Cuando llegan a aprehenderlo: “*¿Han salido ustedes a apresarme como a un bandido, con espadas y palos?*” (Mt 26,55). Cuando Judas lo saluda con un beso: “*Amigo, ¿es esto a lo que has venido?*” (Mt 26,50). Cuando el siervo del sumo sacerdote lo abofetea porque no le pareció cómo respondió Jesús: “*Si he faltado al hablar, demuestra en qué he faltado, pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?*” (Jn 18,23). Son todas preguntas que buscan que aquellos a quienes se las plantea se cuestionen, se den cuenta de que están haciendo mal, tengan oportunidad de conversión.

Sólo un amor como el Suyo fue capaz de padecer lo que Él padeció sin llenarse de ira, de odio, de deseos de venganza, porque no estaba centrado en Sí mismo, no puso el acento en cómo lo afectaba a Él todo lo que padeció, sino en

cómo afectaba a quienes se lo hicieron padecer. El dolor de Cristo no fue por Sí mismo sino por los otros; por nosotros.

Como nos ama hasta el extremo sufre en carne propia nuestras miserias, nuestras caídas, nuestras faltas de amor. Si no hubiera sido así, a medio Calvario hubiera podido arrepentirse, detener todo, abandonarnos a nuestra suerte, permitir nuestra merecida condenación. Pero quiso seguir hasta el final, motivado por una sola intención: sanarnos con Su amor de nuestras faltas de amor, librarnos con Su muerte de nuestras tendencias de muerte y rescatarnos de nuestros abismos de pecado, porque lo que más le duele es el daño que pecar nos hace a nosotros mismos.

## ¡Eso es todo!

**L**as mujeres tenemos fama de curiosas y comunicativas (por no decir metiches y chismosas, que se oye muy feo), características que quizá haya quien considere defectos, pero que para el Señor son cualidades que nos calificaron para ser las testigos privilegiadas de Su Resurrección. Así, leemos en el Evangelio que se proclama en la Vigilia Pascual -y que también puede proclamarse en la Misa del día- (ver Mt 28, 1-10), que fueron las mujeres las primeras en recibir la noticia de que Jesús había resucitado.

Y es muy curioso constatar cómo el Ángel que les dio dicha noticia, conocedor del alma femenina, hizo exactamente lo que se necesitaba para que ellas pudieran cumplir con el encargo que les haría.

Primero las tranquilizó, claro; su repentina aparición en medio de un terremoto y de una luz como de relámpago fue tan impactante que los guardias al verle quedaron como muertos, así que aunque estaba visto que ellas no eran de esas damiselas que a la primera se desmayan, sin duda se espantaron, por lo que consideró necesario hacerles ver que no había nada que temer.

Luego les demostró su carácter sobrenatural, revelándoles que sabía a qué iban, que estaban buscando a Jesús el Crucificado.

En seguida les dio el anuncio más sensacional de toda la historia: *“Ha resucitado como lo había dicho”*(Mt 28,6).

Después, sabedor de que, como buenas mujeres, no se iban a ir muy convencidas si no comprobaban con sus propios ojos que ahí no estaba su Señor, las invitó: “*Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto*”(Mt 28,6).

Entonces les encomendó lo que pidió Jesús: que anunciaran a Sus hermanos que resucitó, que iría delante de ellos y que los vería en Galilea.

Y por último añadió: “*Eso es todo*” (Mt 10,7).

Tal vez esta última frase le suene a algunos como cuando el vocero de un político que acaba de hacer una declaración, anuncia a la prensa: ‘no habrá preguntas’ y apaga el micrófono. Podría dar la impresión de que el Ángel, sabiendo que las mujeres solemos ser demasiado inquisitivas, dijo lo de ‘eso es todo’ como para desanimarlas a querer quedarse a interrogarlo para averiguar lo que pudieran, pues lo que quería era que se fueran de inmediato a cumplir lo que se les encargó, pero no se ve que ellas hubieran tenido intención de quedarse, dice el Evangelio que “*se alejaron a toda prisa del sepulcro llenas de temor y de alegría*” (Mt 28,8), se nota que lo que les urgía era ¡salir de allí!, por lo que podemos pensar que la frase encierra un significado más profundo, y para tratar de descubrirlo ayuda recordar que la pronunció luego de anunciar tres cosas: que Jesús había resucitado, que iría por delante y que podrían verlo. Como quien dice, en ese ‘todo’ está comprendida nuestra razón de ser como creyentes.

¿Qué sostiene nuestra fe? Que Jesús resucitó como lo había prometido, que todo cuanto dijo es verdad, que es Dios.

¿Qué sostiene nuestra esperanza? Que confiamos en Su promesa, que sabemos que ha ido por delante a prepararnos un lugar, que así como Él resucitó, resucitaremos nosotros.

¿Qué sostiene nuestra caridad? Saber que nos sale al encuentro y que vive, no sólo en Su Palabra y en los Sacramentos, sino también en quienes nos rodean, y podemos amarlo y servirlo en ellos.

En ese ‘todo’ está el fundamento que da fuerzas para salir adelante al que sufre, al que vive una situación de dolor, pues sabe que Jesús ha vencido a la muerte, sabe que está

presente a su lado, sabe que al final de esta vida se reunirá con Él.

En ese 'todo' está también implicada la invitación a no complicarnos pretendiendo averiguar lo que nuestra limitada mente no alcanza a comprender, está un llamado a darle un voto de confianza a Aquel que no defrauda, y a no quedarnos cuestionando o contemplando Su sepulcro vacío, sino lanzarnos presurosos a anunciar a todo el mundo que Cristo, el Crucificado, muerto por nosotros, no se quedó en la cruz, no se quedó en el sepulcro. ¡Ha resucitado!

## Dolor y misericordia

‘**C**omo nunca te pagué la mercancía que me fiaste, fíame más’. ‘Como choqué tu coche, permíteme volver a manejarlo’; ‘como manché la ropa que me prestaste, préstame otras prendas tuyas’. Son frases que probablemente jamás vas a decir ni a escuchar. ¿Por qué? Porque parece absurdo solicitar un favor recordándole a alguien lo malo que sucedió la primera vez que te lo concedió. Te arriesgas a que te contesten: ¿cómo te atreves a pedirme que te siga fiando si no me has pagado?, ¿que te deje manejar mi coche si lo chocaste?, ¿que te preste más ropa si dejaste inservible la que te dejé usar? Y si esa persona te muestra el pagaré que firmaste, el coche que abollaste o la ropa que le arruinaste, seguro lo haría para echarte en cara las pruebas que te inculpan.

Es por eso que sorprende lo que narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 20, 19-31), que cuando Jesús se apareció a Sus discípulos después de haber resucitado y les mostró las heridas que tenía en las manos y el costado, huellas de la crucifixión, no lo hizo para reclamarles lo que por ellos padeció ni para hacerles saber que los hombres no merecían ya Su misericordia, sino ¡todo lo contrario! luego de mostrárselas les deseó la paz y les concedió un don extraordinario: el poder perdonar, en Su nombre, los pecados (no en balde éste es el texto evangélico que se proclama

siempre en este Segundo Domingo de Pascua, Fiesta de la Divina Misericordia).

¿Por qué fue capaz Jesús de reaccionar así? Porque a diferencia de los ejemplos mencionados al principio, (en los que a alguien que ni lo esperaba ni lo quería, le quedan a deber, le abollan el coche o le manchan la ropa), lo que Jesús padeció fue algo que Él no sólo conocía y esperaba, sino que aceptó voluntariamente por una sola razón: por amor a nosotros. Ésa es una gran diferencia. Y por eso, cuando Jesús les mostró las heridas de Sus manos y costado no lo hizo en plan de reclamo sino para mostrarles las pruebas palpables de Su amor, un amor que lo hizo capaz de dar Su vida para rescatarlos -rescatarnos- del mal, del pecado y de la muerte.

Se explica así que muchas oraciones de la Iglesia, y en especial la que Jesús dictó a Santa Faustina, la Coronilla de la Divina Misericordia (que por cierto se rezó en el Vaticano antes de la Misa de Beatificación de Juan Pablo II), mencionen lo que padeció Jesús como medio de obtener el favor del Padre Eterno ('Por Su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero').

Cualquiera hubiera podido pensar que sería absurdo recordarle al Padre la dolorosa Pasión de Cristo para pedirle un favor, que resultaría contraproducente pedirle misericordia para la humanidad recordándole aquel episodio en el que la humanidad no tuvo misericordia con Su Hijo, que sería arriesgarse a despertar Su ira el recordarle lo que por nuestra culpa padeció Jesús, pero resulta que es ¡todo lo contrario! Mencionar la dolorosa Pasión de Jesús es apelar al amor infinito que nos tiene, un amor que lo llevó al extremo de aceptar la muerte de Su Hijo con tal de rescatarnos a todos, de abrimos a todos el camino de la salvación.

El sufrimiento de Cristo, asumido libremente y ofrecido por amor, tuvo un sentido redentor. Y también nuestro sufrimiento puede adquirir ese sentido, si lo unimos al de Cristo.

Eso lo sabía muy bien el Papa Juan Pablo II. Él consideraba que si quien sufre une sus sufrimientos a los de Cristo, los convierte en un medio poderoso para interceder por

muchos y presta a la Iglesia una ayuda invaluable en el combate cósmico contra el mal; he ahí la razón por la que aunque tuvo muchos sufrimientos, no se quejó de ellos, sino supo aprovecharlos hasta el final. No fue casualidad que cuando ya se estaban celebrando las primeras vísperas de la Fiesta de la Divina Misericordia, haya sido llamado a la casa del Padre aquel que vivió uniendo sus dolores a la dolorosa Pasión de Cristo para solicitar la misericordia divina para toda la humanidad.

## Consuelos

¿Te ha pasado alguna vez que todas las esperanzas que tenías puestas en alguien se hicieron pedazos y ello te rompió el corazón? Algo así deben haber experimentado los discípulos de los que nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Lc 24, 13-35).

Habían dejado todo por seguir a Jesús, convencidos de que era el Salvador prometido por Dios y anunciado por los profetas. Pero entonces sucedió lo impensable: lo vieron ser aprehendido, ultrajado, escupido, flagelado, matado en una cruz y sepultado en un sepulcro. La realidad no podía ser más negra, más desoladora. Sentían que habían perdido todo: el tiempo, la ilusión, la esperanza. Y ahora volvían a su pueblo, a tratar de reemprender su vida donde la dejaron antes de haber conocido a Jesús. Habían salido de allí felices, animosos, volvían ahora dolidos, cabizbajos, mascullando su dolor.

Seguramente se sentían muy solos, pero no lo estaban. Jesús caminaba a su lado. Dice el Evangelio que no lo reconocieron. ¿Por qué? Suele pasar que por estar esperando que Dios se manifieste de cierta forma (por ejemplo sanando a una persona enferma), no reconocemos que está manifestándose de otra forma (por ejemplo dándonos la fortaleza y el amor para atenderla). Ellos esperaban al mismo Jesús de antes, pero ahora Él era distinto, había resucitado; tenía Su mismo cuerpo, pero glorificado. Les preguntó: “¿De qué vienen hablando tan llenos de tristeza?”(Lc 24,17). Su

pregunta nos impacta porque también está dirigida a nosotros.

Cuando venimos de regreso de un hospital, de una funeraria, de otra fallida entrevista de trabajo, de cualquier situación que nos ha devastado, el Señor que ha venido acompañándonos, pregunta: “¿de qué vienen hablando tan llenos de tristeza?” No es que no lo sepa, sino que quiere que se lo contemos, que platiquemos con Él. Es que suele suceder que cuando vivimos algo muy doloroso nos encerramos en nosotros mismos o nos limitamos a contárselo a alguien muy cercano, pero se nos olvida compartirlo con Aquel que ha estado siempre a nuestro lado, con Aquel que es el Único verdaderamente capaz de darnos los tres consuelos que dio a Sus discípulos. ¿Cuáles? El primero: escucharlos. No hay mejor interlocutor que Dios que nos conoce, nos comprende, nos ama como nadie y en todo interviene para bien. ¡Qué tontos somos cuando desperdiciamos la oportunidad de desahogarnos con Él! El segundo consuelo: Su Palabra. Dice el Evangelio que fue repasando con ellos las Escrituras, lo cual les permitió entender que en Jesús se cumplió todo lo anunciado, recuperar su fe en Él, comprender que en verdad era el Mesías esperado, captar que lo que padeció estaba considerado dentro del proyecto divino de la salvación humana y comprender el valor redentor del dolor y el sufrimiento. Queda claro no basta tener un monólogo con Dios: es necesario permitir que nos hable y nos conforte a través de Su Palabra, que siempre nos dice lo que en verdad necesitamos oír. En este punto cuenta el Evangelio que cuando llegaron a donde se dirigían, Jesús hizo como que iba más lejos. Es que Él nunca impone Su presencia. Puedes conformarte con hablar con Él, incluso con escucharlo y hasta allí. ¡Ah!, pero si lo invitas a entrar, a quedarse contigo, hace lo más consolador que existe: ¡te permite entrar en comunión íntima con Él! Se te da en alimento para penetrar tu corazón, apuntalarlo e impedir que se te siga rompiendo o se te vuelva a romper... Es el tercer y máximo consuelo. Los discípulos tuvieron esta experiencia extraordinaria y fue tan sanadora que aunque hacía un rato venían todos deprimidos por el camino, queriendo llegar pronto porque ya oscurecía, salieron corriendo, alborzados, a

desandar el camino sin importarles que fuera de noche, pues en sus corazones había amanecido la esperanza, se había hecho la luz, y no podían esperar para compartir con los demás la Buena Nueva, los infinitos consuelos con que los colmó Jesús.

## ¿Cómo reconocer Su voz?

**E**ran varias hermanas y tenían la voz tan parecida, que la que tenía novio acordó con él una clave para que cuando llamara por teléfono supiera que era ella y no la confundiera con las otras, pues les divertía engañarlo haciéndose pasar por ella. Buena idea para evitar que una voz se confundiera con otras.

Recordaba esto al leer que en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 10, 1-10), Jesús dice que Sus ovejas conocen y reconocen su voz. Y cabe preguntar: ¿cómo le hacen?, y sobre todo, ¿cómo podemos hacerle nosotros?, ¿cómo podemos reconocer la voz del Señor cuando hay tantas otras voces hablando a nuestro alrededor?, ¿cómo distinguir lo que nos dice Él de lo que nos dicen en la radio, en la televisión, en el cine? ¿de lo que quieren hacernos creer los publicistas, los políticos, los que buscan obtener algo de nosotros? ¿Cómo poder estar seguros de que es la voz del Señor la que escuchamos y no la de nuestra imaginación o conveniencia? ¿puede haber algún tipo de ‘clave’ que permita distinguirlo? La respuesta es sí. Hay varias claves, y por lo pronto, cabe destacar dos, con base en las palabras de San Pedro que se proclaman en la Primera y Segunda Lectura de este domingo.

La primera clave o pauta para distinguir la voz de Dios de todas las otras es la verdad. Jesús es Veraz (ver 1Pe 2, 22). Eso significa que a diferencia de otras voces que te rodean, Él

jamás te miente, nunca te dice ‘medias verdades’, nunca te trata de inducir al error, jamás te presenta como bueno lo malo o viceversa, nunca pretende convencerte de que hagas algo que te traerá malas consecuencias, no se conforma con darte por tu lado con tal de no incomodarte, sino te dice las cosas tal como son, aunque de momento te incomoden o te duelan, te dice no lo que quieres oír, sino lo que necesitas oír. Cuando Él te habla te ilumina, y Su luz penetra tus rincones más oscuros, lo cual puede resultar penoso y molesto porque te hace ver con toda claridad tus miserias y pecados, pero a la vez es sanador, porque te permite descubrir lo que necesitas arreglar...

Ahí tenemos como ejemplo a Pedro que ante la multitud que lo rodeaba se atrevió a anunciar y denunciar: *“Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús, a quienes ustedes han crucificado”*(Hch 2,36). No parecía muy aconsejable decir semejante cosa a tal muchedumbre, podía enfurecerla y arriesgarse a ser apaleado. Si lo hubiera aconsejado un director de relaciones públicas quizá le hubiera sugerido otro discurso, pero como Pedro estaba hablando de parte de Dios les dijo las cosas como eran, les echó en cara, con toda valentía el mal que habían hecho. Pero ojo, y esto es importante, no se trata de hacer que la gente se sienta mal diciéndole ‘sus verdades’, sino de animarla a cambiar. Luego de que sus primeras palabras *“llegaron al corazón”* de quienes le escuchaban y le preguntaron qué hacer, Pedro hubiera podido decirles: ‘pues ya no pueden hacer nada, ya cometieron el crimen, ahora aténganse a las consecuencias’, pero no, porque estaba hablando de parte del Dios del amor y la misericordia, y por eso les hizo ver que todavía estaban a tiempo de enmendar el rumbo.

Tenemos así otra clave para distinguir lo que viene de parte de Dios: invita siempre a la conversión y deja siempre abierta una esperanza. Las voces que no son de Dios pueden tratar de deprimirte, desanimarte, desviarte del buen camino (el demonio es experto en sembrar desesperanza, meter a la gente en callejones sin salida). En cambio lo que viene de Dios puede inquietarte en un principio, cuando te revela tus miserias, pero te muestra siempre, y cabe enfatizar el

‘siempre’, una salida que no es falsa, una luz al final del túnel (que no es un tren en sentido contrario), un camino hacia la salvación.

## Tu lugar

Una amiga platicaba que tuvo que viajar a una ciudad en la que vive un hermano suyo con su esposa e hijos, y le ofrecieron que se hospedara en casa de ellos. Le daba pena molestar pero fue tanta la insistencia que aceptó. Y contaba que la emocionó que cuando luego de merendar se retiró a la habitación que le habían preparado, vio que cada miembro de la familia le había dejado ahí algo que pensaba que haría su estancia más agradable: su previsor hermano le dejó en el buró junto a la cama una linternita de pilas por si se iba la luz; su sobrino, su reproductor de discos compactos, con una variedad de CD de rock; su sobrina, su revista favorita; su cuñada, conocedora de sus gustos, le dejó un chocolatito sobre la almohada con una notita deseándole felices sueños; y su sobrino el más chico, dejó bien arrebujado en las cobijas el muñequito de peluche con el que él solía dormir abrazado y del cual estaba heroicamente dispuesto a desprenderse para que la acompañara a ella. Decía que se sintió muy conmovida de que hubieran tenido tales detalles con ella y que aunque no pudo aprovechar todas las cosas que le dejaron, todas le sirvieron para hacerla sentir bienvenida y querida. Y pensaba en que hubiera sido muy distinto quedarse en un cuarto de hotel, impersonal y frío, pues nadie lo hubiera preparado con cariño especialmente para ella.

Recordaba esto al leer que en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 14, 1-12)

Jesús dice: “*En la casa de Mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, Yo se lo habría dicho a ustedes, porque ahora voy a prepararles un lugar. Cuando me haya ido y les haya preparado un lugar volveré y los llevaré conmigo, para que donde Yo esté, estén también ustedes.*” (Jn 14, 2-3).

¿Te imaginas al Señor preparándote un lugar para que puedas pasar la eternidad feliz con Él? ¿Cómo crees que sería?, ¿qué consideras que Él se aseguraría de que hubiera ahí? Toma en cuenta que, a diferencia de lo que le sucedió a mi amiga, no habría nada que tú no pudieras aprovechar o disfrutar; el Señor no prepararía para ti algo que no fuera absolutamente perfecto, maravilloso, pues Él te conoce como nadie, sabe tu historia, tus gustos, tus anhelos, tus sueños, tus esperanzas, lo que te haría más feliz, y no sólo por una noche o una estancia de pocos días, sino para siempre.

Y cabe destacar que aunque dijo: “*voy a prepararles un lugar*” no se refería a lo que a veces imaginamos: un cielo azul en el que flotaremos aburridamente en medio de millones de almas tocando el arpa con el coro de los ángeles. Quién sabe de dónde sacamos semejante idea. Dice San Pablo que ni el ojo vio ni el oído oyó ni puede la mente humana imaginar lo que Dios tiene preparado para nosotros (ver 1Cor 2,9). No podemos visualizar cómo será, sólo podemos hacer pequeñas conjeturas, con base en lo que dicen las Sagradas Escrituras, y en este caso al leer en el Evangelio que Jesús habla de “*muchas habitaciones*”, podemos suponer que ello significa que en la vida eterna habrá algo especial para todos y para cada persona en particular; pues no seremos una ‘masa’ informe, ni nos fundiremos en el cosmos, como sostienen algunos seguidores de la ‘nueva era’, sino seguiremos siendo individuos, y cada uno experimentará aquello que lo colmará plenamente de dicha.

Podemos tener la seguridad de que la vida eterna con Dios no será aburrida, y no habrá en ella nada inútil o fuera de lugar, nada que nos inquiete, disguste, lastime, preocupe o entristezca. ¿Por qué? Porque se ha encargado de

preparárnosla Aquel que nos ama desde siempre y para siempre.

Si mi amiga pensaba que hubiera sido una pena no haber aceptado la hospitalidad de su familia, luego de ver con cuánto cuidado prepararon todo para ella, cuánto más nosotros podemos pensar que sería una verdadera pena que luego de todo el trabajo que el Señor se ha tomado para ir a prepararnos un lugar privilegiado junto a Él en la vida eterna, desperdiciáramos Su invitación, faltáramos a la cita, dejáramos desaprovechado el espectacular hospedaje celestial que nos tiene reservado...

## ¿Amas a Dios?

**S**i a quienes afirman creer en Dios se les preguntara si lo aman, seguramente responderían que sí. Pero entonces cabría cuestionar: ¿en qué consiste amar a Dios?, ¿en tenerle cariño?, ¿en sentir bonito cuando se piensa en Él?, ¿en regocijarse de saber que existe? Desde luego algo debe haber de todo eso, pero no puede limitarse a un sentimiento.

Si tomamos como referencia nuestro amor hacia los demás, podemos hacer una comparación y deducir que así como el amar a una persona no solamente consiste en sentir bonito al tenerla presente, sino en tratar de procurar su felicidad, cabría pensar que amar a Dios consiste también en procurar que esté verdaderamente feliz. Y ¿qué hace feliz a Dios? Nuestra felicidad. Sí, a diferencia de nosotros que con frecuencia buscamos egoístamente la felicidad sin preocuparnos por los demás o incluso los utilizamos para que nos hagan felices, la felicidad de Dios no está centrada en Sí mismo. Lo que a Él lo hace feliz es que nosotros seamos felices. Pero ojo, no hay que confundir este término. La felicidad a los ojos de Dios no consiste en que experimentemos ciertas alegrías o placeres efímeros que nos hacen, o creemos que nos hacen felices. No. La felicidad que Dios quiere para nosotros es la auténtica, una que no depende de las cosas de este mundo y que por lo tanto nadie nos puede arrebatar. ¿En qué consiste esa felicidad? En vivir conforme a

la voluntad de Dios, porque sólo Él sabe lo que nos conviene, lo que nos hace bien.

Tenemos entonces que amar a Dios consiste en buscar hacerlo feliz; lo que lo hace feliz es nuestra felicidad; lo que nos da felicidad es vivir como Dios quiere que vivamos, y vivir como Dios quiere que vivamos es vivir cumpliendo Sus mandamientos.

En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 14, 15-21), dice Jesús: *“El que acepta Mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a Mí, lo amará Mi Padre y Yo también lo amaré...”*.

Cabría preguntar, ¿cuáles son esos mandamientos que debemos cumplir? Sin descartar los diez mandamientos, que como dijo el Papa Benedicto XVI en su libro ‘Jesús de Nazaret’, siguen vigentes para todos los cristianos, podemos referirnos principalmente a uno solo que los resume todos. Dijo Jesús: *“Éste es el mandamiento Mío: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado”* (Jn 15, 12).

Así pues, regresando a la pregunta inicial y relacionándola con esto último, podemos concluir que amar a Dios no solamente consiste en sentir bonitos sentimientos hacia Él, sino que se tiene que notar, ¿en qué? en que cumplimos lo que nos pide, especialmente en lo que se refiere al amor. ¿De qué sirve llevar una cruz sobre el pecho, si ese pecho alberga rencores y odios contra alguien?, ¿colgar un Rosario del retrovisor del coche si el conductor nunca se acuerda de su Madre del cielo sino más bien recuerda a claxonazos la mamá de los demás?, ¿acudir a Misa sólo por cumplir, sin ganas de recibir todos los dones que en ella Dios regala, y a la salida dedicarse a criticar?, ¿encomendarse a Dios, a la Virgen y a los santos, para salir a hacer el mal?

No se ama a Dios si no se ama a los demás. Dice San Juan: *“Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.”* (1Jn 4,20).

Cabe aclarar que cuando Jesús dice que el que lo ama cumple Sus mandamientos, y a éste Él y Su Padre lo aman, no está implicando que no amen a quien no los cumple,

recordemos que a través del profeta nos ha dicho: “*Los amaré aunque no lo merezcan*” (Os 14, 5), sino nos está revelando la razón por la que vale la pena cumplir los mandamientos, por la que vale la pena amar: porque Él y Su Padre harán en nosotros Su morada (ver Jn 14, 23). Nuestro amor nos viene del Amor y nos atrae al Amor. Quien vive amando, vive albergando nada menos que a Dios en su corazón.

## Poder

**E**s curioso que la palabra ‘poder’ puede ser interpretada de maneras muy distintas. Hay quien entiende por ‘poder’ simplemente un término que expresa que es posible realizar algo, que se tiene la capacidad, oportunidad, tiempo, o lo que sea que se requiere para lograrlo (decimos: puedo; voy a poder; podré, ¡sí se puede!). Pero hay también quien entiende el poder como la capacidad de dominar a otros, de estar por encima de ellos, de darles órdenes y que tengan que obedecerlas. Es el caso de muchos políticos, jefes y personas que tienen un puesto de mando o una posición privilegiada. Lamentablemente concebido así el poder puede ser terriblemente dañino, tanto para el que lo ejerce, que puede ir adquiriendo la falsa sensación de que es superior a los demás y, lleno de soberbia, cometer abusos y atropellos, como para el que lo padece, que se puede ver sometido a los caprichos e injusticias de un ‘poderoso’ del que depende.

Se dice que el poder emborracha, que a los listos los vuelve tontos y a los tontos los vuelve locos, y tal pareciera que esto es algo inevitable, una especie de enfermedad de la que automáticamente se contagian todos los poderosos y contra la que no cabe más que resignarse. Pero no es así. Ahí tenemos el ejemplo de don Juan de Palafox y Mendoza, cuya beatificación celebramos este domingo, y que ejerció los cargos de visitador, auditor, juez, virrey, obispo y arzobispo de México en 1642. De él nos dice el historiador Dr. Juan Pablo

Salazar Andreu, que “no ha habido en toda la historia de todos los dominios españoles un hombre que acumule tanto poder, pues como Virrey era gobernador de los Reinos; fue Capitán General (jefe de los ejércitos), presidente de la Real Audiencia (equivaldría a ser Jefe de Gabinete, presidente de la Suprema Corte de Justicia y presidente de la Cámara de diputados y de la Cámara de senadores), Vicepatrono de la Iglesia (la autoridad más grande de la Iglesia local), Juez de Residencia de tres virreyes (Cerralvo, Cadereyta y Escalona), Arzobispo de México y Obispo de Puebla.”. He ahí un hombre ¡en verdad poderosísimo!, y sin embargo no sólo nunca abusó del poder, sino logró irse al otro extremo y vivir la humildad ¡en grado heroico! ¿Cómo le hizo? Nos lo dicen sus biógrafos: Supo mantenerse siempre en íntima amistad con Dios. Dedicaba largas horas diariamente a dialogar con Él y a leer la Biblia. Cabe suponer que la oración y la lectura de la Palabra de Dios iluminaron su manera de concebir el poder y de ejercerlo. Es significativo que en este domingo en que es beatificado, todas las Lecturas que se proclaman en Misa hacen referencia al poder, dándonos la oportuna posibilidad de relacionarlas con el caso de este notable beato y comprender de dónde le vino su concepto del poder y de dónde debe venirle a todo aquel que lo ejerza. En la Primera Lectura San Lucas narra que Jesús prometió a Sus apóstoles que recibirían la fuerza (el poder) del Espíritu Santo (ver Hch 1,8). En la Segunda Lectura, San Pablo ora para pedir a Dios que ilumine nuestra mente para comprender, entre otras cosas, “*la extraordinaria grandeza del poder de Dios para con nosotros, los que confiamos en Él y en la eficacia de Su fuerza poderosa*” (Ef 1,19). Y en el Evangelio vemos que Jesús, luego de afirmar que le “*ha sido dado todo poder en el cielo y la tierra*” (Mt 28,18), envía a Sus apóstoles a predicar y a bautizar a todas las naciones. (Mt 28,19).

Queda claro que el verdadero poder proviene de Dios, que lo comunica mediante Su Espíritu Santo para que quien lo reciba tenga la fuerza para realizar una misión, sea Su testigo, vaya de Su parte a anunciar la Buena Nueva, a establecer en el

mundo Su Reino de amor, paz, justicia, verdad, fraternidad, perdón...

Pidamos al nuevo beato Juan de Palafox y Mendoza que ore por nosotros y por nuestro país, para que cuantos tienen poder o aspiran a tenerlo, sepan ejercerlo como él, no como permiso para abusar, sino como vocación para servir.

## Cambiazó

**S**i hubieras sido el jefe de personal encargado de revisar sus referencias para ver si calificaban para el puesto al que aspiraban, los hubieras rechazado a las primeras de cambio. Se solicitaban personas valerosas y ellos eran rete miedosos (se supo que en un momento crítico habían dejado solo a su jefe para que se las arreglara como pudiera, que por temor uno de ellos incluso negó que lo conocía, y que en las últimas semanas se la pasaban encerrados a piedra y lodo, temerosos de salir); se requería gente que conociera las Sagradas Escrituras y no tenían trazas de haberlas leído, es más quién sabe si sabían leer; se pedía que tuvieran facilidad de palabra, pero ninguno tenía experiencia como orador, y por último, era indispensable que captaran con facilidad y rapidez lo que se les enseñara, pero francamente parecía que tenían tupido el entendimiento y eran unos ‘cabeza dura’.

Seguramente no los hubieras recomendado para el puesto, todo lo contrario. Pero si luego te hubieras enterado de que los habían contratado, y hubieras ido a ver cómo se estaban desempeñando, ¿cómo te hubieras quedado si hubieras visto que su desempeño no era malo, como hubiera cabido imaginar, ni siquiera ‘pasable’, sino extraordinariamente bueno, genial incluso?

Tal vez hubieras pensado que habían tomado algún curso de capacitación ultra-rápida, pero no hay ninguno que pueda lograr tan espectaculares resultados de la noche a la

mañana. Quizá hubieras considerado que los habías juzgado mal, pero una cuidadosa revisión a sus expedientes te hubiera confirmado que estabas en lo cierto al pensar que definitivamente no calificaban para la tarea. Entonces, ¿cómo entender semejante cambio?, ¿cómo explicarse que así como así hubieran pasado de cobardes a valientes, de ignorantes de la Sagrada Escritura a conocedores que eran capaces de citarla oportunamente con absoluta precisión y soltura, de trabados a elocuentes, de tardos para entender a dueños de una lucidez de verdad apantalladora?

Sólo existe una explicación, y la hallamos en las Lecturas que se proclaman este domingo en Misa (ver Hch 2, 1-11; 1Cor 12, 3-7; 12-13; Jn 20, 19-23), porque estamos hablando de los apóstoles de Jesús, y su transformación se debió a que Él les envió, como había prometido, Su Espíritu Santo, Aquel que sería su abogado, su defensor, su compañero en el camino, el que los guiaría a la verdad, les recordaría Sus palabras, les diría qué debían decir, los consolaría, fortalecería y colmaría de los carismas que necesitaran para cumplir la vocación a la que los había llamado. Fue el Espíritu el que vino y los dotó de todo aquello de lo que antes carecían y necesitaban para salir a la misión.

Como siempre que celebramos la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la Iglesia nos presenta textos bíblicos que nos hablan de lo que el Espíritu Santo es capaz. ¿Por qué? Porque en estos tiempos, como en los de Jesús, sigue haciendo falta que haya quien se anime a ir, como pidió el Señor en el Evangelio del domingo pasado, a anunciar a todos la Buena Nueva, y hoy, como entonces, los que somos llamados ni nos sentimos ni estamos capacitados para esa tarea, así que la Iglesia quiere que recordemos que eso no es problema porque contamos con la ayuda extraordinaria del Espíritu Santo, que así como infundió en los apóstoles los dones que necesitaban para salir de su encierro a predicar en lenguas que todos podían comprender, así también infunde hoy en nosotros los carismas que necesitamos para poder dar un testimonio que todos puedan entender porque emplea el lenguaje universal del amor, el perdón, la justicia, la fraternidad, la paz.

Así que cada vez que sentimos que no estamos suficientemente preparados para ser testigos de Jesús, para anunciar Su Palabra o intentar edificar Su Reino en la casa, la comunidad, el trabajo, la escuela, y tengamos la tentación de darnos por vencidos y ni siquiera intentar presentar nuestra solicitud para que Dios nos asigne alguna chamba en Su viña, recordemos lo que sucedió a los apóstoles y pensemos que si ellos pudieron dar el ‘cambiazó’ para dar ‘el ancho’, también nosotros podemos, porque aquí no se trata tanto de contar con nuestras solas míseras fuerzas y capacidades, sino de ser dóciles a la intervención oportuna, poderosa y eficaz del Espíritu Santo.

# Trinidad

**D**ice el dicho: ‘nadie sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido’. Y es verdad. Solemos dar por sentado mucho bien del que gozamos y tal vez ya no lo apreciamos. Lo bueno es que no hay que esperar a perderlo para valorarlo, basta con imaginar cómo viviríamos sin aquello para darnos cuenta de cuánto lo necesitamos.

Por ejemplo, podremos preguntarnos, si no hubiera Santísima Trinidad, si Dios no fuera Tres Divinas Personas en un solo Dios, ¿en qué nos afectaría?, ¿cambiaría en algo nuestra vida de fe? ¡Desde luego que sí! Veamos por qué.

Si sólo existiera Aquél al que llamamos Dios Padre, quizá lo llamaríamos así por habernos dado la existencia, pero no nos atreveríamos a llamarlo “*Abbá*”, papi, papito, como nos enseñó Jesús en el Padrenuestro (ver Mt 6,9); no sentiríamos hacia Él la confianza y cercanía que le tenemos, y más bien nos sucedería como a Su pueblo en el Antiguo Testamento, que aunque lo llamaba Padre le temía porque no veía en Él al papá amoroso sino a un Dios Todopoderoso, castigador y justiciero que podía aniquilarlo con el soplo de su aliento, Alguien a quien no se podía ver sin morir y del que no se podía pronunciar Su nombre.

En la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa, Dios se describe a Sí mismo como “*compasivo*” (Ex 34,6), pero si nunca se hubiera encarnado, no hubiéramos experimentado Su compasión, podríamos creer que nos

contempla compasivo desde el cielo, como quien ve llover y no se moja, pero no hubiéramos comprobado que de verdad padeció con y por nosotros. Su encarnación nos da la certeza de que Dios sabe lo que se siente someterse al tiempo, al espacio, pasar frío, hambre, sed, tener sueño, cansancio, llorar, ser traicionado, abandonado.

Por otra parte, si no hubiera existido el Hijo, jamás hubiéramos descubierto lo que dice el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 3, 16-18), que *“tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida”* (Jn 3, 16), jamás hubiéramos sabido que Dios nos ama a tal grado que fue capaz de enviar a Jesús a rescatarnos del pecado y de la muerte. La existencia de Dios Hijo nos ha permitido experimentar la grandeza del amor divino y conseguir algo que por nosotros mismos jamás hubiéramos alcanzado: la salvación, saldar con Dios la deuda de nuestros pecados.

Resulta evidente por qué necesitamos no sólo a Dios Padre sino a Dios Hijo, pero cabe preguntarnos si sólo existieran dos Divinas Personas, ¿nos bastaría? No, porque nos hubiéramos sentido un poco al margen contemplando Su mutuo amor, un amor del que no hubiéramos creído que podíamos participar plenamente. Y cuando luego de Su breve paso por este mundo, Jesús volvió al cielo, nos hubiéramos sentido desamparados. Si no fue así fue gracias al Espíritu Santo, que nos comunica el amor divino. Por Él podemos integrarnos a la gran familia del Padre por nuestro Bautismo; por Él podemos entrar en comunión con el Hijo al que hace presente en la Sagrada Eucaristía. El Espíritu Santo que nos da vida, nos ilumina, nos guía, nos acompaña e intercede por nosotros, nos permite entrar en la dinámica del amor divino, para recibirlo y a la vez comunicarlo, lo cual nos hace plenos.

Cada año, después de haber celebrado la Pascua y la Ascensión del Señor y Pentecostés, llega la Solemnidad de la Santísima Trinidad, que, como el ‘gran finale’ de una obra magistral que mueve a los espectadores a ponerse de pie para reconocer con el mayor aplauso la excelencia de los actores principales, nos mueve a ponernos de pie para reconocer,

agradecer y alabar la existencia de las Tres Divinas Personas y Su intervención en nuestra vida. Gran oportunidad que nos da la Iglesia para revalorar el bien incomparable de poder contar siempre y tanto, como lo dice San Pablo en la Segunda Lectura dominical, con *“la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo”* (2Cor 13, 13).

## Tribulación y recompensa

**P**or lo que se ve les fue re mal. A varios los apedrearon o los desbarrancaron o les cortaron la cabeza, y en general a casi todos los persiguieron hasta darles muerte. Prácticamente no se escapó ninguno, y los pocos que se escaparon de morir violentamente a manos de sus contemporáneos, no se escaparon de recibir feroces críticas, burlas, amenazas y el desprecio de muchos. Me refiero a los profetas. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento encontramos relatos que nos narran los horrores que enfrentaron estos hombres que se dejaron enviar por Dios en calidad de testigos y voceros Suyos, por lo que a más de uno le puede extrañar leer en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 10, 37-42) que Jesús diga: *“El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta”* (Mt 10,41). Alguien podría decir, ‘pues si mi recompensa va a ser que me vaya como les fue a ellos, no gracias, puedo pasarme sin ella’, a lo que cabría responder que, como decía al inicio, lo que se ve es que les fue mal, pero lo que no se ve es lo más importante, lo que sucedía en su corazón: que gozaron de la amistad de Dios, y a pesar de que podría parecer que Él los abandonó porque permitió que enfrentaran terribles dificultades, nunca los soltó de Su mano, sino que los colmó constantemente de Su fortaleza, de Su paz, de Su amor. Recordemos que en una de sus cartas San Pablo dice: *“¡Cuántas tribulaciones hube de pasar, y de todas me*

*libró el Señor!*” (2Tim 3,10-17), y si uno pudiera preguntarle: ¿cómo que te libró?, ¿si fuiste apedreado, dado por muerto y arrastrado fuera de la ciudad; flagelado; encarcelado; naufragaste; te mordió una culebra, en fin, te sucedió de todo! (ver 2Cor 11,24-29), ¿cómo que te libró?, quizá nos respondería: ‘me libró porque nunca permitió que me derrumbara, que sucumbiera al miedo o a la desesperanza (ver 2Cor 1, 1-10), e incluso en una ocasión se me apareció para darme ánimos (ver Hch 18,9). Su gracia me sostuvo incesantemente en mi debilidad. Y al final de mi carrera, recibí la corona prometida...

Queda claro que sí hay recompensa para los profetas, es decir para los que se dejan enviar por Dios a dar testimonio de Él, una que supera con creces cualquier tribulación por la que tengan que pasar. La recompensa de contar con el favor de Dios, con Su mirada benevolente, con Su gracia y con Su amor, ahora y para siempre.

Lo que quizá no queda muy claro es si cuando Jesús dice que “*el que recibe un profeta por ser profeta*” se refiere a que es profeta el recibido o el que lo recibe, pero ¡qué bueno que no quede claro!, porque así a todos nos queda el saco, pues desde nuestro Bautismo todos recibimos la dignidad de ser profetas, y por lo tanto a todos nos toca recibir o ser recibidos por ser profetas.

Cabe añadir que no siempre seremos bien recibidos, pero al igual que los profetas de los que nos habla la Biblia, contamos con la gracia del Señor, que nos sostiene. El asunto es que no le pongamos obstáculos sino realmente nos abramos a recibirla. Y en este sentido, no es casualidad que al inicio de este Evangelio dominical, Jesús advierta que el que no lo ama más que a su propio padre o madre, hijo o hija, no es digno de Él (oportuno llamado a quienes se ven tentados a anteponer a su familia a su fe y dicen, por ejemplo: ‘como mi marido no quiere que vaya a Misa, no voy’, ‘como mis hijos se burlan porque rezo el Rosario, ya no lo rezo’); que Jesús afirme que el que no toma su cruz y lo sigue, no es digno de Él (oportuna invitación a asumir lo que sea que nos sobrevenga por atrevernos a vivir cristianamente en un mundo cuyos valores

se oponen a los de Cristo), y que añada: “*El que salve su vida la perderá y el que la pierda por Mí, la salvará*” (Mt 10,39). ¿Por qué lo hace? Porque sólo si nos abrimos enteramente al Señor, sólo si lo amamos por encima de todo, sólo si nos atrevemos a asumir nuestra cruz y seguirlo, sólo si estamos dispuestos a perder nuestra vida por Él, ganaremos algo que no se compara con nada: la recompensa eterna que nos tiene destinada.

## Yugo que libera

**H**ay cansancios que no se quitan con echarte una siesta, pasar una buena noche de sueño o tomarte unos días de vacaciones. Hay cansancios que fatigan el alma, cansancios como el que siente alguien que está luchando por mantener a flote un matrimonio cuando el cónyuge más bien parece querer hundirlo; el que siente un joven que se cansa de luchar todos los días por portarse bien en un medio que quiere empujarlo al alcohol, la droga, la pornografía; el que padece una muchacha que se ha vuelto a quedar sin novio porque ha vuelto a mantenerse firme en decir no a prácticas que ‘todos hacen’.

Es la fatiga de ir a contracorriente, de empeñarse en vivir los valores del Evangelio en un mundo que se rige por criterios muy distintos. Y todos los días empeñarse en decir la verdad, en no caer en la corrupción, en no responder con violencia a la violencia, en no abandonar la propia fe y vivirla con coherencia. Llega un momento en que el alma se siente cansada, tentada a dejar de luchar.

También hay cargas que agobian, no por su peso en sí, sino porque quien las lleva siente que nadie más comprende lo que se siente cargarlas ni puede ayudarle a llevarlas. El enfermo siente que carga solo con su enfermedad, con su temor al tratamiento, su temor a no curarse y a morir; los padres de familia sienten que cargan solos con la angustiada

responsabilidad de tratar de sacar adelante a sus hijos sin tener suficientes recursos.

Toda persona que va arrastrando por la vida una carga que lo abrume, suele pensar que no hay nadie que pueda ayudarle a sobrellevarla, que tal vez haya quien la mire con compasión o simpatía e incluso le ayude de vez en cuando, pero la que tiene que llevar la carga de su angustia, de su trabajo, de su familia desintegrada, de su ancianidad, de su falta de salud, de su soledad, de su depresión, es ella sola.

¿Qué hacer cuando nuestros cansancios y cargas son tan grandes que amenazan con derribarnos, dejarnos derrotados y caídos? Prestar oído a lo que nos dice Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 11, 25-30): “*Vengan a Mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga y Yo les daré alivio.*”

Estas palabras son un bálsamo para el alma fatigada, porque le hacen saber que no está sola, que tiene a Quién acudir, que hay Alguien capaz y dispuesto a ayudarle a aliviar lo que le abrume. Si quienes se sienten doblados bajo el peso de una fatiga imposible, escucharan estas palabras, levantarían la mirada, alzarían la cabeza, agarrarían fuerzas para enderezarse y pedir: ‘¡Señor, dame ese alivio!, ya no puedo más con todo esto que traigo encima, con todo lo que vengo cargando, ¡libérame!’. Y pueden estar seguros de que el Señor les respondería, pero cabe aclarar que quizá no como lo imaginarían, no los sacaría del mundo ni los libraría como por arte de magia de todo problema, sino les propondría: “*Tomen Mi yugo sobre ustedes y aprendan de Mí que soy humilde de corazón, y encontrarán descanso.*” Y si alguien se preguntara: ‘¿pero cómo me voy a liberar de todo lo que me agobia echándome un yugo encima?, así llevaría mi propia carga y ese yugo, ¡sería doble peso!’ Según la lógica humana tendría razón, parecería un contrasentido intentar liberarse de un peso echándose más peso encima, pero es que no se trata de aumentar la carga sino de sustituirla, y sustituirla, además, por algo que ¡no pesa nada! Asegura Jesús: “*Mi yugo es suave y Mi carga ligera*”, lo cual significa que si alguien se anima a poner Su carga en manos de Jesús y aceptar a cambio el yugo

y la carga que Él le ofrece, se descubrirá de pronto yendo ligero por la vida, desagobiado, con un gozo y una paz que jamás creyó poder experimentar. ¿Cómo es eso posible? Porque el yugo de Jesús consiste en caminar por la vida unido a Él, y Su carga consiste en hacerlo todo con y por amor, y con semejante compañía nadie puede sentirse solo o incomprendido, y con semejante propósito todo se vive con un nuevo sentido, y aunque uno siga en la misma situación de antes sentirá que ya no pesa igual. Es que se adquiere nueva fuerza para cargar con el peso que sea, cuando se le ve no como razón para sufrir sino como pretexto para amar.

## Sembrar y repartir

**U**n joven iba repartiendo unos volantes en las casas. Y no se daba cuenta de lo que sucedía luego con éstos, pero yo sí, porque iba caminando varios metros detrás de él.

Miré que echó uno a través de una reja, pero éste cayó en un charco, deslizó otro bajo una puerta detrás de la cual ladraba un perro, que seguramente se puso a husmearlo y mordisquearlo; tiró varios en la entrada de una casa, pero el viento los voló a la banqueta, donde acabaron, en calidad de basura, remolinándose con otros papeles callejeros. Intentó dejar algunos en los casilleros de un condominio, pero estaban ya tan retacados de propaganda que no les cabía nada. Por último, lo vi meter uno en mi buzón.

Y debo confesar que en cuanto entré a mi casa, lo primero que hice fue sacar el volante. No necesité leerlo para enterarme de lo que decía, pues había recibido sopetecientos iguales y ya sabía que ese papelito verde ofrecía devolverle la salud a mi refrigerador, así que lo estrujé para hacerlo bolita (el volante, no el refrigerador) y sin pensarlo dos veces lo tiré a la basura.

Pero entonces sucedió lo inesperado. Horas más tarde mi refrigerador comenzó a producir horrisonos ruidos (como si de veras lo hubiera estrujado); hagan de cuenta barriga de ballena con retortijón; quise pensar que quizá se debían a alguna pasajera alteración en el voltaje, pero cuando los ruidos no sólo no aminoraron sino se pusieron peor, me vi en la

imperiosa necesidad de considerar seriamente buscar a alguien que pudiera ir a ver qué le pasaba al refri, pero ¿a quién, en fin de semana y en la tarde? Entonces recordé el volantito que tan displicentemente había tirado al mediodía, y tuve que ir avergonzada a rescatarlo del bote de basura, desarrugarlo lo mejor que pude y llamar a quien apenas unas horas antes casi hubiera jurado que nunca tendría necesidad de llamar. Y comprendí el por qué aquella empresa no se había cansado de enviarme volantitos, porque sabían que tarde o temprano surtirían efecto, que lo que aparentemente era una labor inútil e incluso enfadosa, tanto para el que reparte los volantes como para el que se cansa de recibirlos, puede, inesperadamente, convertirse en una gran ayuda, llegar en el momento preciso y servir de algo, de mucho.

¿A qué viene al caso esta anécdota doméstica? A que en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 13, 1-23), vemos a un sembrador que salió a sembrar, y de los granos que arrojó, unos cayeron en un camino y se los comieron los pájaros; otros cayeron entre piedras, germinaron pero se secaron; otros crecieron entre espinas que los sofocaron y otros cayeron en tierra buena y dieron fruto.

Y la actitud del sembrador me recordó la del joven de los volantes. Los dos salieron a repartir a diestra y siniestra, uno semillas, otro hojitas de papel, ambos con el mismo afán de abarcar el mayor territorio posible y ambos igualmente despreocupados de lo que sucedería después con aquéllas. Lo suyo era entregarlas y ya. Y por eso ninguno se detuvo a considerar: ‘ay no, aquí no echo la semilla (o aquí no dejo volante) porque tal vez sea en vano, quizá resulte inútil’. No. Se concentraron, uno en sembrar, otro en repartir, sin preocuparse por el resultado. Seguramente cada uno confiaba en que lo que estaba dejando aquí y allá era algo bueno que tarde o temprano produciría fruto. Y su suposición fue correcta.

Es interesante aprender de su ejemplo para ser más osados cuando se trata de sembrar en nuestro campo, compartir en nuestro mundo las cosas del Dios. Aprender a afanarnos en hacerlo sin que nos preocupe si obtendremos o no

resultados. Lo nuestro debe ser sembrar, repartir, ¿qué? lo que el Señor nos ha enviado a sembrar y repartir: la Buena Nueva del Reino, a través de nuestro testimonio cristiano, de nuestras palabras de amor, de consuelo, de consejo, de bondad; de nuestros gestos de amistad, de comprensión, de solidaridad, de perdón; palabras y actitudes que tal vez en primera instancia serán desechadas, recibirán críticas, parecerá que cayeron en tierra dura, que se las llevó el viento o fueron arrojadas sin miramientos a la basura, pero que no permanecerán allí porque contienen algo mucho más valioso que la oferta de reparar un electrodoméstico, son capaces de reparar un corazón, y así, si quien las entrega persevera en su siembra, en su reparto, un día, cuando menos se piense, serán recordadas, revaloradas, rescatadas y aprovechadas, y darán fruto, a veces de treinta, a veces de sesenta, a veces de ciento por uno...

## Semilla buena

**S**ucede cada vez con mayor frecuencia, porque las noticias nos presentan un panorama cada vez más desalentador, que hay quienes se desaniman pensando que el mal está ganando la batalla, y quizá incluso se incomodan con Dios porque siendo Todopoderoso no parece hacer nada al respecto. Pero entonces, como suele suceder, la Palabra de Dios ilumina el asunto y la Primera Lectura (ver Sab 12, 13.16-19) y el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 13, 24-43), nos ayudan a poner las cosas en perspectiva.

El autor del libro de la Sabiduría empieza estableciendo que el Señor tiene todo el poder, que no tiene que rendirle cuentas a nadie y que no hay otro Dios más que Él. Y le dice: *“Siendo Tú el dueño de la fuerza, juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza, porque tienes el poder y lo usas cuando quieres”* (Sab 12,18).

Nos sorprende esta afirmación porque nos deja ver que, a diferencia de los seres humanos que, cuando tenemos tantito poder lo aprovechamos para imponernos a otros por la fuerza, atropellarlos en sus derechos o quitarlos de nuestro camino, Dios, que tiene todo el poder, lo usa de manera muy diferente, no con prepotencia sino con delicadeza. Pero ojo, no hay que confundir delicadeza con debilidad o con falta de fuerza o de firmeza, no. Dios nos trata con delicadeza para no avasallarnos con Su poder, pero eso no significa que no ejerza al máximo

ese poder, lo hace, pero no como tal vez hubiéramos imaginado, para aniquilar a Sus enemigos, para imponer el bien a como dé lugar, no. Dios emplea todo Su poder de una manera discreta pero que se nota si se presta atención; silenciosa pero que se hace oír si se sabe escuchar; aparentemente inefectiva, pero increíblemente eficaz: Dios emplea todo Su poder no para arrasarlo sino para sembrar.

La semana pasada en el Evangelio Jesús se identificaba a Sí mismo con un sembrador que sale a sembrar la semilla buena del Reino de Dios, una semilla que, como vemos en las parábolas del Evangelio de este domingo, es siempre fértil, siempre fecunda, y va creciendo, creciendo, en lo oculto, sin que se note, sin que se sepa cómo, pero crece sin detenerse, y brota y se desarrolla hasta alcanzar dimensiones que nadie hubiera podido imaginar, como sucede con una semilla de mostaza (mira por favor el recuadrado adjunto, ese puntito en el centro es una semilla de mostaza escaneada para que te des cuenta de su minúsculo tamaño), que pasa de ser una insignificancia a transformarse en un arbusto en el que las aves del cielo pueden anidar.

Podemos pues anteponer a las malas noticias de las que diario nos enteramos, la Buena Noticia del Reino de Dios, un Reino cuyas semillas siempre fértiles se siguen sembrando y siguen germinando en muchos corazones, moviéndolos, transformándolos, suscitando poderosos cambios, verdaderas conversiones. Y no dejar que nos deprima la realidad del mal que nos rodea, porque podemos tener la plena certeza de que por cada ciudadano del mundo que promueve la guerra, hay millones de ciudadanos del Reino que edifican la paz; por cada uno que se dedica a destruir, hay millones que se dedican a edificar; por cada uno que miente, hay millones que se atreven a decir y a afrontar la verdad; por cada uno que odia y se desquita, hay millones capaces de perdonar y amar.

Podemos tener la certeza de que el Todopoderoso está actuando para establecer entre nosotros Su Reino con toda Su fuerza, con todo Su poder, y pese a que las apariencias nos hacen temer un desastroso final, el mal no tendrá la última palabra, el Bien, así con mayúscula, logrará vencer.

## Saber pedir

**Q**ue me gane la lotería o los pronósticos deportivos o el melate, o mejor aún, de una vez ¡todos!; que gane mi equipo favorito, que mi suegra se vaya a vivir a Timbuctú, que con un chasquido de mis dedos pueda aparecer todo lo que se me antoje...

Esta lista de peticiones fantásticas podría seguir y seguir, y probablemente coincidiría en algo, tal vez en mucho, con la que tú harías si Dios te ofreciera lo que leemos en la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver 1Re 3, 5-13) que le ofreció al rey Salomón: *“Pídeme lo que quieras y Yo te lo daré”*.

¿Te imaginas? ¿Que el Todopoderoso, Aquel para quien nada es imposible, te hiciera semejante oferta? ¡¡Uy!!, ¡¡lo que podrías pedirle!! No te alcanzaría la imaginación, la lengua, las horas para pedir y pedir y pedir. Te sentirías como en esos maratones que organizan algunas tiendas en donde le dicen a la clientela que todo lo que alcance a meter en su carrito en un minuto es gratis y ahí va la gente desesperada, corre y corre, arrojando como loca todo lo que encuentra a su paso (que, por supuesto, no son artículos buenos ni caros, éstos han tenido buen cuidado de ponerlos fuera de su alcance).

¿Qué pedirías tú si Dios prometiera darte gusto, fuera lo que fuera que le pidieras?, ¿qué encabezaría tu lista? Seguramente no lo que se le ocurrió a Salomón. ¿Qué crees

que pidió? Ni te lo imaginas. Pidió: “*sabiduría de corazón*”(1Re 3,9).

¡¡Que ¿¿quééééé?!!), ¿sabiduría?, ¿estaba bromeando?, ¿lo mal aconsejó algún enemigo suyo?, ¿qué pasó aquí?, ¿cómo fue que pudiendo pedir cualquier cosa, y cabe enfatizar: cualquier cosa, se le ocurrió pedir aquello?, ¿qué no supo qué contestar o dijo lo primero que le vino a la mente? Nada de eso. Si leemos el razonamiento que viene antes de su respuesta nos damos cuenta de que pensó muy bien qué debía pedir y pidió realmente lo mejor. De su discurso se desprende que lo que más quería era servir bien a Dios, y como Él le había confiado una difícil tarea para la que Salomón no se sentía capacitado, le pidió lo que más falta le hacía: sabiduría, que le permitiría aprender a conocer Su voluntad, caminar con rectitud, elegir siempre el camino mejor.

No fue una tontería de su parte, no desperdió una buena oportunidad, todo lo contrario, la aprovechó perfectamente, pidió lo máximo que podía pedir, ¿por qué?, no sólo porque era lo que le permitiría gobernar bien al pueblo que le había sido encomendado, sino porque con ello agradó a Dios, que viendo que Salomón no se dejó llevar por la ambición ni la avaricia, le concedió lo que le pidió, un corazón sabio y prudente, y le concedió también lo que no pidió: incomparable gloria y riqueza.

Alguno podría pensar que la historia acabó bien porque al fin y al cabo le fueron concedidas a Salomón grandes riquezas, pero no fue así. El final feliz no se debió a que Salomón se volvió rico, sino a que se volvió sabio, porque su sabiduría le permitió comprender lo que plantea la parábola que se nos presenta en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 13, 44-52), que el Reino de Dios es como un tesoro escondido, tan extraordinario que no hay con qué compararlo, pero hay que saber desapegarse de todo con alegría para poder disfrutarlo.

## Gratis

**-M**ira lo que compré.  
-¿Y para qué rayos compraste esto?  
-Porque había una promoción: en la compra de uno me regalaban otro.  
-Pero si no necesitas ¡ninguno de los dos!  
-Pues sí, pero es que no quise desaprovechar la oferta, uno era ¡gratis!

¡Ay, la seducción de lo gratuito! Los anuncios en canales de venta por TV suelen incluir un ¡¡gra-gra-gra-gra-gratis!! con la promesa de que si uno ‘llama ahora’ a las operadoras que ‘lo están esperando’, le van a regalar el doble de lo que compre (claro, pueden darse ese lujo pues de por sí lo que ofrecen cuesta muchísimo menos de lo que piden).

En un mundo en que no solemos recibir algo por nada pues todo es ‘¿qué me das si te doy?’, nos encanta que nos regalen algo, pero normalmente lo que en el comercio se ofrece sin costo no es la gran cosa o, para recibirlo, tarde o temprano hay que dar algo a cambio.

¡Qué diferencia con lo que Dios ofrece gratuitamente! Eso sí que es verdaderamente regalado, se nos da sin que hayamos hecho algo para obtenerlo o merecerlo, y ¡cómo vale la pena! Considera, por ejemplo, que nada se nos cobró para recibir la vida y nacer en este mundo (con pase automático para la eternidad); nada pagamos para tener ojos, nariz, oídos, boca, un organismo tan extraordinario que no hay computadora que se le pueda comparar; para tener la

capacidad de pensar, comunicarnos, imaginar, crear grandes obras de arte o de ingeniería o realizar descubrimientos; para poder contemplar el brillo del sol en las hojas de los árboles al amanecer; la sonrisa de nuestros seres queridos; el disco rojizo del sol ocultándose tras las montañas; las estrellas y la luna. Y cuando por tontos, ingratos, débiles y malos perdimos la amistad del Señor, no pagamos nada para recuperarla. Jesús pagó por nosotros. Y tampoco nos cobró. Vino porque quiso, a dar Su vida, a rescatarnos del pecado y de la muerte.

Todo lo que el Señor nos da es un regalo, un don Suyo, fruto de Su bondad y de Su amor por nosotros. Como dice el salmista, el Señor abre la mano y sacia de bienes a todos los vivientes (ver Sal 145,16). Como enfatiza el profeta Isaías en la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Is 55,1-3), el Señor nos lo ofrece todo sin cobrarnos nada. Como lo comprobamos en el Evangelio dominical (ver Mt 14, 13-21): Jesús alimentó a más de cinco mil personas, y no les pidió que organizaran una ‘cooperacha’ para pagarle los panes y los peces. Simplemente se los dio, como todo lo que nos da, como se nos entrega en la Eucaristía, como nos colma de Su gracia, como nos rescata continuamente de dificultades y peligros de los que ni nos damos cuenta, como hace todo por nosotros: porque Su amor, Su compasión, Su generosidad no tienen límites. ¡Qué maravilloso sabernos amados así, tan gratuita e incondicionalmente!

Ahora bien, cabe pensar que si a nosotros nos gusta que Él nos ame así, también a Él le habría de gustar que lo amemos de ese modo y así, por ejemplo, que aparte del momento en que acudimos a Él para pedirle lo que necesitamos, lo busquemos también por el simple placer de pasar un ratito disfrutando Su compañía; que procuremos darle gusto, tal vez haciendo algo bueno por los demás, sin alardear ni esperar que ellos o Él nos lo tomen en cuenta; que mantengamos nuestra amistad con Él aunque no siempre nos conceda lo que le pedimos, aunque no entendamos o nos duela lo que permite en nuestra vida, en suma, que lo amemos de tal manera que podamos afirmar, como san Pablo en la Segunda Lectura (ver Rom 8, 35-37.39), que ni tribulaciones ni angustias, ni hambre

ni sed, ni la persecución o el peligro, ni la muerte ni la vida ni el presente ni el futuro ni los poderes de este mundo o creatura alguna podrán apartarnos del amor con que nos ama Cristo, amor gratuito al cual sepamos corresponder gratuitamente.

## Para no hundirse

**C**ontaba una señora que a su marido le diagnosticaron cáncer, y lo primero que hizo al recibir el diagnóstico fue irse a un centro comercial (el marido, ¿eh?, no la señora). ¿A qué fue? Dijo que a caminar para darse tiempo de digerir la noticia, de asimilar la impresión. Y decía ella que cuando supo que él fue allí le pareció muy bien porque era preferible eso a que hubiera ido a ahogar sus penas a un bar. Bueno, planteado así parece en efecto mejor opción, pero, ¿a quién se le ocurre irse a meditar acerca de la posibilidad de morirse antes de lo que pensaba, a un sitio tan lleno de luces, mercancías, música y desconocidos? ¿A qué conclusiones podía llegar allí?, ‘¡uy, todo lo que tengo que comprar antes de que sea tarde!’ o ‘¿ay, todo lo que ya no alcanzaré a comprar!’...? Me pareció triste que en un momento tan trascendental de su vida no se le hubiera ocurrido ir a una iglesia, a ponerse delante de Aquél con el que tal vez pronto tendría que encontrarse cara a cara; acudir a llorarle o a preguntarle o a suplicarle o a lo que fuera, pero haber ido a verlo, a encomendarle su salud, su vida, a sus seres queridos, en suma, haber ido a ponerse en Sus manos.

Recordaba esto al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 14, 22-33). En él se narra que luego de la multiplicación de los panes y los peces Jesús despidió a la gente y obligó (así traduce la Biblia) a Sus discípulos a subir a la barca para ir a la otra orilla. Probablemente no se querían

ir porque la estaban pasando muy bien, tal vez la gente estaba entusiasmada, incluso eufórica, felicitándolos por tener semejante Maestro, y quizá ellos ya se estaban creyendo la gran cosa, después de todo, habían proporcionado los cinco panes y los dos peces. Pero tuvieron que subir a la barca, y entonces, cuando ya estaban a medio lago las olas comenzaron a sacudirla porque el viento era contrario. Tal como le pasó a ese señor, cuando más contento estaba y menos lo esperaba, zas, llegó la mala noticia, la crisis, el problemón. Pero Jesús, que se había quedado en tierra, no los abandonó; desde el monte al que subió a disfrutar de un momento de silencioso diálogo con Su Padre, seguramente los contemplaba, intercedía por ellos y decidió ir a su encuentro caminando sobre el agua. Dice el Evangelio que cuando ellos lo vieron venir creyeron que era un fantasma y dieron gritos de terror, pero el Señor los calmó enseguida diciéndoles: “Tranquilícense y no teman. Soy Yo” Lo mismo que dice a todo el que sabe escucharlo, lo mismo que hubiera dicho a aquel señor si en lugar de haberse ido a una tienda hubiera ido a una capilla. ‘Tranquilízate, estoy aquí, no tienes nada que temer. Soy Yo a tu lado, el que todo lo puede, el que te fortalece, el que está a cargo de tu vida’. Entonces Pedro le pidió: “Si eres Tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua”, a lo cual respondió Jesús: “Ven”. ¡Ah, cómo nos identificamos con Pedro, buscando pruebas, señales de que de veras el Señor está presente cuando nos zarandean las olas! Y lo que le contestó Jesús nos lo dice hoy a nosotros: ‘Ven. Ven a verme un momento en el Sagrario; ven a recibirme en la Eucaristía; ven a dedicar unos minutos a leer y reflexionar Mi Palabra; ven y comprueba que soy Yo, ven y siénteme a tu lado y tranquilízate’. Pedro se bajó de la barca, tal vez creyendo que el mar se calmaría y el viento cesaría, pero no fue así y le entró miedo y comenzó a hundirse. Y qué bueno, digo no me alegro de que se hundiera, sino de que gracias a su miedo hizo una oración fabulosa, por breve y sustanciosa. Gritó: “Señor, ¡sálvame!”, y al instante Jesús le tendió la mano y lo sostuvo. ¡Cuánto aprendemos no de los ejemplos de valentía sino de los ejemplos de cobardía de los apóstoles!, ¡qué bueno que los evangelistas los registraron!

Nos han dejado una muestra de lo que podemos decir cuando sentimos que nos hundimos en las dificultades: ¡Señor (es decir, Dueño mío, Creador mío, Aquél al que reconozco todo poder en el cielo y en la tierra), ¡Sálvame!, ¡no dejes que me hunda!, ¡sálvame de hundirme en la falta de fe, en la angustia, en la desesperanza!

Y cabe hacer notar dos cosas: La primera, que Jesús le respondió a Pedro al instante. El Señor siempre atiende nuestra oración. Y la segunda, que no lo sacó del agua ni lo libró del viento, lo libró de hundirse. De ello aprendemos algo fundamental: El Señor suele actuar así en nuestra vida, no siempre hace que desaparezca aquello que nos resulta preocupante, pero siempre nos sostiene y nos da Su fuerza, Su gracia, Su paz para salir adelante.

## Rebeldía y misericordia

Quienes tienen a su cargo a alguien de quien esperan Obediencia, sea un hijo, un subalterno, un empleado, suelen tener por grave falta la rebeldía. Me decía un amigo maestro que puede pasar por alto que un alumno llegue un poco tarde o no traiga muy bien hecha la tarea, pero no que sea rebelde, que le desafíe, que no obedezca y haga lo que se le pegue la gana. No hay autoridad que apruebe la rebeldía, y a los rebeldes se les suele someter por la fuerza. Es por eso que resulta muy sorprendente lo que da a entender San Pablo en la Segunda Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Rom 11, 13-15. 29-32): que la rebeldía de los judíos que no creyeron en Jesús, no movió a Dios a someterlos por la fuerza, sino que les tuvo paciencia y mientras tanto buscó la manera de regalar los dones que aquéllos no quisieron recibir, a otros que supieron aprovecharlos. Esto recuerda aquella parábola que contó Jesús de un hombre que dio una gran cena y al ver que aquellos a quienes había originalmente invitado no quisieron acudir, mandó invitar a unos que jamás hubieran imaginado poder participar de semejante fiesta (ver Lc 14, 16-21).

Afirma San Pablo que: *“Dios ha permitido que todos cayéramos en la rebeldía, para manifestarnos a todos Su misericordia”* (Rom 11, 32). Él se refería principalmente a la rebeldía del pueblo elegido que rechazó a Jesús, pero sus palabras se aplican también a todo aquel que en algún

momento se rebela contra los mandamientos del Señor y se aleja de Él.

¡Qué consolador resulta saber que el Señor reacciona ante las rebeldías del ser humano no como reacciona el mundo, forzando o rechazando a los rebeldes, sino con infinita paciencia y misericordia! Ello tendría que movernos a considerar, por una parte, que nunca debemos temer que por habernos alejado o haber caído en pecado, Él nos rechace cuando queramos volver a Él, pues nos está esperando siempre con los brazos abiertos. Y, por otra parte, que es una tontería rebelarse y alejarse de Aquel que es tan misericordioso, y peor aún si esa rebeldía es calculada, si alguien dice: ‘bueno, pues puedo ser rebelde y hacer lo que me pegue la gana, al fin que cuando quiera regresar el Señor tendrá misericordia de mí’.

Consideremos esto: Si alguien estuviera dentro de una cabañita en la mitad de un paisaje nevado, disfrutando del fuego acogedor de la chimenea y de un humeante tazón de chocolate (digo chocolate porque soy chocolatera, pero cada quien piense en la bebida calentita de su preferencia), en compañía de sus seres más queridos, seguramente no querría salir y aventurarse a alejarse de allí, no sólo para no arriesgarse a extraviarse y morir congelado, sino para no perderse ni un instante de todo lo que está gozando ahí dentro. Así también el conocer la infinita misericordia del Señor, debe movernos no sólo a no temer jamás que nos rechace enojado cuando abandonemos nuestras rebeldías y volvamos a Él, sino sobre todo y primero que nada, a no querer caer en el pecado, a no alejarnos ni un instante del Señor, porque no hay sitio mejor que junto a Él, no hay lugar más acogedor que a Su lado.

## Como no hay otra

**S**i fuera un partido político cabría esperar que, como muchos de éstos acostumbran, dejara de lado sus principios y estableciera alianzas con otros con los que no estuviera de acuerdo, con tal de conseguir más votantes y ganar poder. Si fuera un régimen político, cabría esperar que su criterio para establecer funcionarios o leyes lo dictara la opinión pública, y obedeciera a lo que una mayoría (inevitablemente influenciada por sus propios intereses, los medios de comunicación o la moda del momento), decidiera, dizque ‘libre y soberanamente’. Si fuera una empresa, cabría esperar que su lema fuera: ‘al cliente lo que pida’ y no tuviera empacho en hacer lo que fuera para darle gusto a su clientela y aumentarla cada vez más. Pero gracias a Dios no es un partido, ni un régimen político ni una empresa. Es la Iglesia Católica. Una institución como no ha habido, hay ni habrá otra en el mundo entero, y por eso ni ella se puede regir ni uno la puede juzgar como se rigen o se juzgan las organizaciones humanas.

¿Qué la hace tan distinta y especial? Lo averiguamos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 16, 13-20): la fundó Jesús. Es decir, que su existencia no se debió a una ocurrencia de los apóstoles ni de algún líder religioso ni de un político ni de algún personaje rico o influyente, sino que Dios mismo la instituyó.

Ello tiene importantes implicaciones, entre las que cabe destacar dos:

La primera es que las motivaciones de la Iglesia son distintas a las que suelen tener otras instituciones, y así, por ejemplo, si pide dinero no es para hacerse rica sino para brindar ayuda (no en balde es la institución mundial que más ayuda humanitaria, gratuita y sin distinciones, brinda en todo el planeta). Y las misiones que realiza no tienen como fin expandirse para adquirir poder, sino obedecer el mandato del Señor de ir a anunciar la Buena Nueva hasta los últimos rincones de la tierra (ver Mc 16,15), acercar al mayor número posible de personas a la salvación.

Y, la segunda implicación es que la Iglesia no se rige por lo ‘políticamente correcto’, lo que está de moda, lo que se ‘usa’, sino por los criterios de Dios, y ya sabemos que Él suele ir a contracorriente del mundo. Y así, por ejemplo, no considera que un bebé recién concebido sea una molestia de la que haya que deshacerse, sino un alma para la eternidad y un ser humano destinado a hacer mucho bien en este mundo, por lo que acabar con él no sólo cancela una vida sino impide todo el bien que ésta hubiera podido realizar; tampoco ve a un anciano o a un enfermo terminal como alguien que merece ser eliminado porque no tiene ‘dignidad’ pues no produce nada en términos económicos o ha perdido algunas facultades, sino como alguien que mantiene intacta su dignidad de hijo de Dios y puede, hasta su último aliento, hacer mucho bien, no sólo intercediendo por otros sino permitiéndoles vencer su egoísmo y ejercer la caridad.

En un mundo en el que la vida humana es considerada desechable, alguien tiene que defender su valor desde su concepción hasta su fin natural; en un mundo en que las parejas se usan mutuamente como objetos de placer, alguien tiene que luchar por rescatar a la persona de la cosificación; en una sociedad que facilita el ‘divorcio express’ de los esposos, alguien tiene que otorgarles la gracia para poder cumplir ese hondo anhelo de todo ser humano de amar y ser amado en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y la riqueza...La Iglesia es ese ‘alguien’. Dios la fundó para ayudar al ser humano a navegar seguro aun en mares encrespados o con vientos contrarios, sin perder la brújula, sin

olvidar el sentido de su existencia y su meta; y por ello la dotó de autoridad para decidir cuestiones, interpretar Su Palabra; otorgar Su perdón, hacerlo realmente presente en la Eucaristía, atar o desatar, bendecir, consolar, guiar, en suma hablar y actuar en Su nombre. Y por ello al elegir al discípulo que nombraría la roca sobre la cual fundaría Su Iglesia, al que le confiaría el timón de Su barca, Jesús no buscó al más guapo, simpático, carismático, sabio o político, sino al que atinó a dar la respuesta inspirada, al que supo dejarse iluminar por Dios (ver Mt 16, 17-18).

Se equivocan quienes esperan que la Iglesia se comporte como partido político, gobierno, empresa, club o cualquier otra institución humana. Nunca lo hará. Dios fundó la Iglesia no para darnos por nuestro lado, sino para conducirnos a Su lado...

## Criterios

Que todos lo hacen. Que es lo que sale en la tele. Que así sucede en las películas. Que se considera ‘políticamente correcto’. Que es lo que se acostumbra. Que a tus amigos les parece bien. Que es lo que opina la mayoría. Que lo oíste en la radio. Que es lo que apoyan los intelectuales. Que está ‘bien visto’. Que es lo que se usa. Que está muy de moda. Que salió publicado en el periódico. Que lo afirmaron en una revista. Que lo leíste en un libro. Que eso dicen en internet. Que parece lógico. Que suena bien.

¿Alguna de estas frases expresa aquello que norma tu criterio?, ¿alguna muestra la razón que suele haber detrás de lo que piensas, crees, eliges, apoyas, haces o dejas de hacer?

Si nos detuviéramos a examinar seria y detenidamente el origen de muchas de las ideas que consideramos propias, nos daríamos cuenta de que no las incorporamos a nuestra manera de pensar tras una madura reflexión, sino que nos llegaron de fuera y simplemente las aceptamos sin cuestionarlas, como quien dice, nos las tragamos sin masticar, ¿por qué?, por la sola razón de que vinieron de personas o medios que tienen el poder de influenciarnos.

Una encuesta internacional realizada a fines del año pasado, mostró que los mayores ‘normadores de criterio’ en nuestro tiempo (y no sólo para las impresionables mentes infantiles o jóvenes, sino para las de los adultos también) son los medios de comunicación, incluido el internet.

Ello significa que lo que leemos, escuchamos o vemos en la tele, en la radio, en la computadora, nos influye tremendamente. Resulta entonces urgente y vital que nos preguntemos: ¿qué mensaje nos transmiten dichos medios?, ¿qué ideas pretenden sembrar en nosotros?, ¿a qué intereses sirven?, ¿cuál es su propósito, su motivación?

Lamentablemente basta echar un vistazo a los contenidos que suelen difundirse en la mayoría de los medios para comprobar que no sólo no se rigen por valores cristianos sino que tal parece que se han propuesto, a veces sutilmente y a veces abiertamente, atacar y/o ridiculizar a la Iglesia Católica y a sus miembros. ¿Qué hacer al respecto? ¿Cómo contrarrestar esa influencia negativa?

Procurar contrastarlo todo con lo que sabemos que nos pide Dios, por ejemplo en Sus mandamientos, preguntarnos: ¿qué diría Dios de esto que estoy escuchando, o leyendo o mirando?, ¿estaría de acuerdo con lo que se plantea? Y, si se trata de críticas a principios o documentos eclesiales, acudir a las fuentes, informarse directamente. Aprender a tomar lo que venga de fuera, especialmente de los medios, con ‘pinzas’, no dejarse moldear por ello, sino cuestionar si es conforme a lo que uno cree y si no lo es, desecharlo. Que el criterio para aceptar algo no sea que se ‘usa’ sino que es coherente con la propia fe.

Contaba el Papa que cuando era chico llegó el circo a su pueblo y él y sus hermanos pidieron a su papá los dejara ir. Les dijo: ‘denme una buena razón para darles permiso’. Contestaron: ‘que todos los niños van a ir’. Les respondió: ‘ésa no es buena razón’. Y no les dio permiso. Al otro día volvieron a pedirle los dejara ir, y les hizo la misma pregunta. Cada uno dio sus razones: que si para ver al elefante, a los payasos, a los malabaristas. Entonces les dio permiso y les hizo notar que hacer algo sólo porque otros lo hacen, nunca es una buena razón.

Es una lección para aplicarla con relación a las propuestas que nos llegan del mundo, especialmente de los medios. Por ejemplo, no porque los protagonistas de un programa o de una película hagan algo significa que sea

aceptable o digno de imitación. No porque un famoso comentarista afirme algo sobre la Iglesia significa que tenga razón o esté bien informado (de hecho sorprende el desconocimiento sobre temas de fe que suelen tener).

Hay que recordar siempre lo que nos pide San Pablo en la Segunda Lectura este domingo: *“No se dejen transformar por los criterios de este mundo; sino dejen que una nueva manera de pensar los transforme internamente, para que sepan distinguir cuál es la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto.”* (Rom 12, 2).

En otras palabras, estemos atentos para no asumir como propios los criterios estériles, frívolos, pasajeros de un mundo que con frecuencia sólo busca engañarnos, y amoldémonos a los de Aquel que nos creó, nos conoce, nos ama y sólo quiere salvarnos.



semejante ‘malvado’, y aun si lo consiguiéramos, probablemente ¡no nos haría el menor caso!

Para tratar de responder estas interrogantes conviene, antes que nada, que nos quitemos la idea equivocada de que los ‘malvados’ son los otros. Somos también nosotros. Todo aquel que en un momento dado se desvía de la voluntad de Dios, que es siempre buena, y sigue caminos de pecado, hace mal. Y todos podemos caer en ello.

Ahora bien, hay de pecados a pecados. Los graves rompen la amistad con Dios, y quien los comete se hace acreedor a una sentencia de muerte, pero no referida a este mundo, no en el sentido de que Dios le quitará la vida como para desquitarse, enviándole fuego del cielo a que lo achicharre (Dios no es castigador y nunca hace eso), sino con relación a lo que San Juan llama ‘*la muerte definitiva*’, es decir, la condenación eterna. No en balde esos pecados son llamados ‘mortales’. No es fácil cometerlos, pero es posible. Se requiere pleno conocimiento, pleno consentimiento y que el asunto en sí sea grave, es decir, realizar algo que vaya gravemente en contra de la voluntad de Dios. Como se ve, quien los comete, se busca solito su propia condena. Así pues, cuando Dios dice que dicta sentencia de muerte contra un malvado, se está refiriendo al peligro de condenación eterna en el que se encuentra aquel que está en pecado mortal. Dios no lo condena, le anuncia que puede ser condenado.

En este punto resulta muy conmovedor que ante quien en un momento dado rompe consciente y voluntariamente su relación con Dios y elige darle la espalda, Dios no se encoleriza, no lo borra del mapa, no se da por ofendido, no se desentiende, no reacciona como tal vez reaccionaríamos nosotros, sino busca darle otra oportunidad al pecador, una posibilidad de salvarse, y nos pide a nosotros, a ti, ayudarle. ¿De qué manera? Amonestándole. ¿De qué manera? Desde luego, cuando sea posible, hablar con él, con prudencia, claridad y firmeza. Y también amonestarle con la propia conducta. Quien da o acepta ‘mordidas’ se siente amonestado por quien se niega a realizar actos corruptos; quien platica chismes se siente amonestado por quien niega a hablar mal de

los demás. Las acciones pueden amonestar más que las palabras.

Y por último, aparte de hablar y actuar, no hay que desaprovechar lo que leemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 18, 15-20), que Jesús ofreció que si dos o más se ponen de acuerdo para pedir algo en Su nombre, el Padre lo concederá, así que estás llamado a unirte a otros para pedir la conversión de quienes hacen el mal. ¿Y yo por qué?, tal vez preguntes. Porque como todos estamos en el mismo barco, sujetos a las mismas tentaciones, igualmente débiles y susceptibles de caer, el llamado que nos hace el Señor para que tratemos de ayudar a que otros corrijan su camino, es el mismo que les hace a otros para que nos traten de ayudar si nos desviamos. Ya lo dice el refrán popular: ‘hoy por ti, mañana por mí’.

## Con o sin lupa

Como un tipo de capa y gorra, ambas de tela de cuadritos, con una gran lupa en la mano para examinarlo todo. Así aparecía dibujado en las historietas el famoso Sherlock Holmes, investigador inglés que acompañado de Watson, su fiel amigo, analizaba escenas de crimen y hallaba siempre al culpable gracias a su agudísimo poder de observación. Era muy popular entre los niños de aquel tiempo, y así como ahora se venden capas de superman o de batman, entonces se vendía el conjunto de capa, gorra y lupa, para que los chamaquitos jugaran a ser Sherlock Holmes.

Recordaba esto y consideraba que podía ser una buena diversión infantil imitar a este detective, pero en la vida espiritual es un desastre. ¿A qué me refiero? A que hay personas que tienen lo que podría llamarse ‘complejo de Sherlock Holmes’, y van por la vida con una especie de lupa invisible, a través de la cual miran a los demás para examinarlos y detectar hasta la más pequeña imperfección y, lo peor de todo, para ver agrandadísima cualquier actitud que encuentran desagradable u ofensiva. Y añaden a todo esto una memoria prodigiosa que va registrando hasta el último detalle para no olvidarlo jamás. Se sienten muy listas porque ¡no se les va una!, pero no se dan cuenta de dos cosas, a cual más de graves: la primera, que ese afán de captar tan minuciosamente lo malo que los otros supuestamente hacen y les hacen, les daña sobre todo a ellas mismas, llenándolas de un rencor que

las amarga, y la segunda, que cuando menos esperen les llegará la hora de presentarse ante Dios a entregarle cuentas y como llegarán aferradas a su lupa, como el lente de ésta sirve por ambas caras, Dios las verá desde el otro lado, y verá todos sus defectos y pecados agrandados. Y entonces a Él, que de por sí no se le escapa nada pero que misericordiosamente suele hacerse de la ‘vista gorda’ para disculparnos compasivamente, no le dejarán más remedio que ‘examinarlas, con lupa’.

Y si una persona piensa: ‘pues a mí no me da miedo que me examine así, no tengo pecados’, habría que recordarle que pecar no es sólo cometer algo ‘gordo’ como matar, robar o fornicar, sino todo aquello que atente contra el único mandamiento que nos dejó Jesús: que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado (ver Jn 15,12). Y basta que analice lo que pensó, dijo, hizo o dejó de hacer un solo día, para darse cuenta de que no todo (quizá casi nada) fue motivado por amor, sino por impaciencia, ira, envidia, pereza, resentimiento, afán de venganza y demás motivaciones contrarias a la voluntad divina. Entonces se dará cuenta de que ha cometido más faltas de las que pensaba y que en realidad no resistiría que Dios la examinara con lente de aumento, como ella examina a los demás.

En la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa dice: *“El que no tiene compasión de un semejante, ¿cómo pide perdón de sus pecados?”* (Eclo 28,3). En otras palabras, si no le pasas ni la más mínima falta a los demás y más bien las buscas y las haces más grandes de lo que son, te arriesgas a que Dios haga lo mismo con las tuyas. El Evangelio dominical (ver Mt 18, 21-35) plantea el asunto muy claramente: quien no ofrezca compasión, no recibirá compasión.

Conviene, pues, dejar que resuene en el corazón la última frase que nos dice este domingo el autor del Eclesiástico: *“pasa por alto las ofensas”* (Eclo 28, 7), como quien dice, no sólo no las contemples como con lente de aumento, ni siquiera las mires. De esa manera no sólo vivirás en paz, sino asegurarás lo más importante: que cuando llegues

ante Dios nada le impida mirarte como le gusta mirar,  
misericordiosamente.

## Contratados y contratistas

¿ Por qué crees que a esas horas todavía nadie los había contratado?

Me refiero a esos trabajadores a los que el dueño de una viña encontró en una plaza ya al caer la tarde y a los que invitó a laborar para él, según cuenta el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 20, 1-16). Son mencionados en una parábola que narró Jesús, acerca de un propietario que a lo largo de toda una jornada estuvo contratando trabajadores para su viña. Salió al amanecer, a media mañana, a medio día, a media tarde y por último al caer la tarde, y en cada ocasión encontró a muchos dispuestos a trabajar. Y a los últimos les hizo esta pregunta: “¿Por qué han estado aquí todo el día sin trabajar?’ Le respondieron: ‘Porque nadie nos ha contratado’. Les dijo: ‘Vayan también ustedes a mi viña’...” (Mt 20, 6c-7).

Como se sabe que ese propietario representa a Dios y los trabajadores a nosotros, cuando se reflexiona sobre esta parábola, generalmente el tema se centra en que para Dios nadie llega demasiado tarde, acoge lo mismo al que nació en familia creyente y fue bautizado desde chiquito, que al que se convierte al final de su vida. Es algo muy esperanzador. Pero ahora quisiera retomar la pregunta planteada al inicio para reflexionar en otro asunto:

¿Por qué sería que nadie había contratado a esas personas? Se me ocurren dos posibles razones.

La primera, que quizá no estaban buscando chamba. No imaginemos que estaban en la plaza con un letrado que decía: ‘se trabajan viñas’. Quizá ni les había pasado por la cabeza que podían laborar en una. Lo mismo sucede a mucha gente que va por la vida sin imaginar que podría poner sus talentos al servicio de Dios. Y sólo necesita que alguien los invite, le sugiera: ‘oye, ¿por qué no me acompañas a visitar a estos enfermos?’, ‘¿qué tal si me echas una mano en el albergue?’, ‘¿podrías ayudar a reparar eso que se averió en el asilo?’, ‘te gustaría dar catecismo?’, para descubrir una vocación que no sabía que tenía.

Y la segunda posible razón por la que nadie los había contratado es que quizá tenían mala fama. Y aquí cabe dividir lo de la mala fama en dos aspectos:

Por una parte, mala fama en el sentido de que ya se sabía que eran rete chambones y por eso nadie les ofrecía empleo. Excepto el dueño de la viña. Esto significa que Dios a nadie considera inepto para trabajar para Él, no importa cuántas veces haya fallado o qué piensen los demás, para Dios es alguien al que vale la pena invitar a trabajar para Él.

Y por otra parte, lo de la mala fama también puede tomarse en sentido de que tal vez habían hecho algo malo y eso los había marcado, y ahora todos les tenían desconfianza o miedo, les sacaban la vuelta, no creían que algo bueno pudiera venir de ellos y desde luego ni de broma pensaban contratarlos. En ambos casos la invitación del dueño de la viña lo cambió todo, pues no sólo aceptaron sino que por lo visto hicieron muy bien su trabajo, pues la parábola no cuenta que al final los hubieran regañado (y hay parábolas en las que más de uno sale reprendido por no hacer lo que se le encomendó). Ello prueba que no hay que tener prejuicios a la hora de invitar a alguien a trabajar para la viña del Señor ni hay que dar a nadie por perdido.

Y por último cabe destacar dos cosas:

Una, que en todo momento Jesús los llama ‘trabajadores’, aun cuando estaban ociosos. Eso significa que para Él todos somos trabajadores, llamados a laborar en Su viña. Nadie debe sentirse excluido.

Y dos, que el dueño de la viña les pregunta por qué no fueron contratados, lo cual significa que no sólo él salió a contratar, sino autorizó a otros, que tal vez se dejaron llevar por prejuicios y no invitaron a cuanto hubieran debido invitar. Se les olvidó algo que afirma la Primera Lectura dominical (ver Is 55, 6-9), que Dios no piensa como los hombres, que Sus caminos son muy distintos a nuestros caminos.

Este domingo la Palabra nos recuerda no sólo que Dios nos invita a laborar en Su viña, seamos como seamos o estemos donde estemos, sino que quiere que invitemos a otros. Y es que el Señor no quiere que nadie se quede sin recibir la paga generosa que tiene preparada para cuantos aceptan Su invitación: en esta vida, los torrentes de Su gracia, y, en la otra, la salvación.

## No, pero...

**N**o quiero levantarme de mi cama, las cobijas están calientitas y todavía tengo sueño. No quiero ir a la escuela, hay examen. No quiero ir a trabajar tengo demasiada chamba acumulada. No quiero hacer el quehacer, qué flojera. No quiero ir a esa reunión familiar. No quiero ir al doctor. No quiero hacer ejercicio. No quiero ensalada. No quiero dejar de fumar...

Probablemente todos hemos dicho alguna vez alguna de estas frases, y también probablemente acabando de pronunciarla hicimos justo aquello que dijimos que no queríamos hacer: nos levantamos de la cama, fuimos a la escuela o al trabajo, realizamos el quehacer, acudimos a la reunión, al médico, hicimos el esfuerzo de cambiar ciertos hábitos perjudiciales para nuestra salud. ¿Por qué? Porque no nos quedó de otra, porque por encima del ‘sentir’ estaba el ‘deber’. Es innegable que los seres humanos somos volubles, no siempre estamos en la mejor disposición para hacer aún lo que más nos gusta, mucho menos lo que no nos gusta, pero hay cosas que tenemos que hacer aunque no queramos, porque si no las hacemos, reinaría el caos, tanto en nuestra vida, como en la de quienes nos rodean.

Recuerdo que leí en un libro que me gustaba mucho de chica: ‘Mujercitas’, que contaba la vida de una familia con cuatro hijas, que una vez en que éstas se estaban quejando de que tenían que hacer diversas labores en la casa y lo

consideraban una molesta obligación, su mamá decidió darles una lección. Les propuso que al día siguiente nadie hiciera nada. De entrada les encantó la idea, pero al otro día comprobaron que tenía, como se dice popularmente, sus ‘asegunes’. Desperdiciaron toda la mañana durmiendo, pues como su mamá no las despertó, se levantaron tardísimo. Amanecieron tiritando porque nadie cortó leña ni prendió la chimenea. En la mesa no las esperaba su desayuno calentito porque nadie lo preparó. Y la alacena estaba vacía porque nadie fue a comprar algo para comer. No tardó cada una en comprender que aunque no quisiera hacer lo que le correspondía, debía disciplinarse y hacerlo, o saldría perjudicada y perjudicaría a otros.

Esto, que aplica a la vida cotidiana, aplica también a la vida espiritual. Si alguien dice: ‘qué pereza, no quiero ir a Misa’, y no va; ‘no quiero hacer oración, y no ora; ‘no quiero leer la Biblia, y no la lee; ‘no quiero ayudar en la parroquia’, y no ayuda; si se deja guiar solamente por lo que de momento le ‘nace’, corre el riesgo de quedarse dormido, dejar enfriar su amistad con el Señor y quedar con el corazón vacío, sin la gracia divina, sin el alimento que su alma requiere para enfrentar cada jornada.

En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 21, 28-32), Jesús pone el ejemplo de dos hermanos cuyo papá los llamó a laborar en su viña. El mayor respondió, obediente y respetuosamente: ‘*ya voy, señor*’, pero como pasa con esos ‘ahorita’, que decimos en México (y que nunca se cumplen), no fue. El otro hijo en cambio de plano contestó: ‘*no quiero ir*’, pero se arrepintió. Tal vez lo conmovió ver a su papá alejarse decepcionado, tal vez creyó que si no trabajaba no recibiría su ‘domingo’; en todo caso, lo pensó mejor. Y Jesús pregunta: “*¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?*” y la respuesta es: “*el segundo*”. No el ‘cumplidor sólo de dientes para afuera’, sino el que al principio no quería ir, pero al final fue.

Jesús aplicó ese ejemplo a quienes, como el primer hijo, aparentemente le decían ‘sí’ a Dios pero en realidad no hacían lo que Él les pedía, en contraste con quienes en un

principio le habían dicho claramente ‘no’, pero se convirtieron y obraron en consecuencia. Pero quizá también podemos tomarlo como ejemplo de lo que debemos hacer cada vez que no queremos hacer algo que el Señor nos pide, cada vez que le hemos dicho o nos hemos sentido tentados a decirle ‘no’. Reflexionar y hacerlo. Sobreponernos. Que nuestro inconstante humor nunca nos impida disfrutar los constantes regalos del Señor.

## El reclamo de los frutos

‘Cállate! Ya sé que está mal, pero no quiero que me lo digas, no quiero oírlo!’

Así solemos reaccionar cuando planeamos hacer o estamos haciendo algo que no está bien y no soportamos que venga alguien a cuestionarnos. Cuando era adolescente y fumaba, me chocaba que mi mamá me dijera que fumar me hacía daño; a una amiga que se enojó con sus suegros, le molestaba que su cuñado la sermoneara instándola a perdonarlos, y a su vez a él, que no era rencoroso pero sí infiel, lo encolerizaba ser amonestado por su relación extramarital. No nos gusta ser forzados a examinar las decisiones que tomamos llevados por el egoísmo, el rencor, la búsqueda de placer, el miedo, la presión social... No queremos que nadie nos haga ver que nos dejamos influir por las razones equivocadas. Ejemplo de esto es el encendido debate que provoca el tema del aborto. Las mujeres que están a favor porque alguna vez han abortado y/o quieren tener la posibilidad de poder recurrir a éste, no quieren ni oír hablar de que lo que llaman ‘interrupción del embarazo’ es, en realidad, interrupción de una vida, privar de la existencia al ser humano que se está desarrollando en el vientre materno. No se permiten aceptarlo porque entonces, en conciencia, tendrían que reconocer que cometieron un homicidio, o, si están pensando cometerlo, tendrían que cerrar la puerta a lo que parece ser la salida más fácil a un embarazo no deseado, y obligarse a considerar otras opciones que no quieren

considerar, asumir consecuencias que no desean asumir. Se entiende que las voces de quienes se atreven a cuestionarlas las inquieten e incomoden profundamente y quieran acallarlas. A nadie le gusta tener que dar cuentas de sus actos. Es algo de lo que en cierta medida nos habla también el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 21, 33-43).

En él narra Jesús una parábola sobre un propietario que plantó un viñedo, lo acondicionó con todo cuidado, lo alquiló a unos viñadores, se fue de viaje, y cuando llegó el tiempo de la cosecha mandó a recoger su parte de los frutos; los viñadores golpearon, apedrearon y mataron a sus primeros enviados; mandó a otros y los trataron igual; mandó por último a su hijo pensando que lo respetarían y también fue asesinado. Jesús se estaba refiriendo a lo que sucedió a los profetas del Antiguo Testamento, a lo que le sucedería a Él, y probablemente también a lo que ocurriría a quienes irían a predicar de Su parte (recordemos que Esteban murió apedreado, y Pablo, Pedro y los demás discípulos padecieron golpes y azotes, y fueron matados), pero cabe también aplicar Sus palabras hoy en día para recordar que todos somos trabajadores de una viña que no es nuestra, que hay un Propietario, que fue quien hizo todo lo posible para que esa viña brotara; se preocupó por dotarla de todo lo habido y por haber para que pudiera ser cultivada y desarrollarse a plenitud y estamos llamados a entregarle buenos frutos. En otras palabras, que no podemos sentirnos dueños únicos de nuestra existencia ni de la de otros, porque nosotros solamente la recibimos para administrarla no para apoderarnos de ella.

Y por más que golpeemos con ira, apedreemos con críticas o queramos borrar del mapa de nuestro aprecio o atención a quienes, enviados por el Dueño, vengan a reclamarnos frutos que de momento no queramos dar, no podemos ignorar sus reclamos porque sabemos que son los de Aquel que tarde o temprano regresará a pedir cuentas de todo lo que un día puso en nuestras manos.

## La fiesta de Dios

**E**l contraste era notable. En un video casero en el que aparecía una familia celebrando el cumpleaños de su chamaquito, que salía soplando las velas de su pastel y estaba muerto de risa porque éstas no se apagaban por nada, niños y adultos sonreían y traían puestos chistosos gorritos; algunos salían inflando sus ‘espantasuegras’ o arrojando serpentinas, y se veía que se estaban divirtiendo mucho, había una excepción. Contrastaba el ceño fruncido de un señor que no traía gorrito. A la amiga que me estaba mostrando el video le pregunté quién era ese invitado que se veía tan enojado. Respondió que era un tío de su mamá. Pregunté: ‘¿estaba molesto porque no alcanzó gorrito?’ a lo que respondió: ‘¡no, qué va! si no se lo quiso poner. Está muy amargado y creo que no le gustan las fiestas, pero no importa porque no pensamos volverlo a invitar...’

Recordé esto al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 22, 1-14). En él narra Jesús una parábola acerca de un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo, pero los invitados no quisieron ir, y cuando mandó que les insistieran e incluso les dijeran en qué consistiría el rico menú, como para ver si con eso lograba antojarlos para que asistieran, no sólo no se dejaron convencer sino que respondieron de la peor y más inesperada manera: ¡insultando y matando a los empleados que fueron a invitarlos!

Parece imposible que alguien reaccione así ante una invitación tan gentil y generosa, pero desgraciadamente sucede. Por increíble que parezca, con demasiada frecuencia y en las más diversas circunstancias, el ser humano no solamente no agradece sino rechaza encolerizado participar del gozo al que Dios lo invita. Ahí tenemos, por ejemplo, el caso extremo de una mujer que entre millones de mujeres que desean con toda el alma tener un hijo pero no logran concebirlo, recibe la invitación a ser madre y se niega a aceptarla y provoca la muerte del hijo en sus entrañas. Y hay otros ejemplos que muestran con qué facilidad algunas personas rechazan los llamados de Dios a participar de Su alegría. Por ejemplo, hay quien no acude a la Confesión, que es una fiesta en la que somos invitados a recibir el abrazo del Padre y celebrar con Él que logró recobrarnos cuando estábamos perdidos; hay quien se pierde la Eucaristía, que es una fiesta en la que se nos ofrece el mejor banquete que puede haber. Pero despreciar las invitaciones a estas fiestas es despreciar a Aquel que nos invita a ellas.

En la parábola sigue contando Jesús que cuando aquel rey se vio rechazado por sus primeros invitados, mandó a sus empleados a ir a los cruces de caminos a invitar a todos los que se encontraran, y entonces el salón se llenó de comensales, buenos y malos, y cuando el rey entró a saludarlos, descubrió a uno que no iba adecuadamente vestido y le preguntó: “*Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?*”, pero éste se quedó callado. Se suele interpretar que ese traje de fiesta representa el alma que debe estar limpia de pecado para poder entrar al cielo, por lo que este sujeto que no lo traía puesto representa al pecador que no ha querido arrepentirse. En ese sentido quizá cabría considerar que el pecado de ese hombre es uno del que tal vez no mucha gente se confiese pero debería, pues consiste en negarse voluntariamente a participar de la fiesta de Dios: no querer ser abrazado por Él, perdonado por Él, alimentado por Él; negarse a experimentar la alegría de cumplir Su voluntad: negarse a amar, a perdonar, a dar sin esperar recompensa, a poner los propios dones al servicio de otros; en resumen, rechazar la alegría de Dios. Cuenta la

parábola que ese invitado que ni se vistió de fiesta ni dijo por qué, fue arrojado fuera. No es que lo castigaran, él mismo se castigó. Prefirió las tinieblas. Como aquel tío del video, eligió quedarse al margen de la celebración, y al margen se quedó. Pero para siempre...

Qué pena, en el amplio sentido de la palabra, si nos mantenemos aferrados a la propia amargura, pudiendo entrar a disfrutar la fiesta, la dulzura de la alegría de Dios.

## A Dios, no adiós

**L**a estrategia era enviarle unas gentes que primero lo adularan (pues creían que sería susceptible a los elogios, como ciertos personajes vanidosos a los que basta elogiarlos para echárselos a la bolsa), y luego le plantearan una pregunta a la que si contestaba que sí, quedaría muy mal con la gente y si contestaba que no, lo acusarían con las autoridades. ¿A quién me refiero?, ¿acaso a un candidato político del que sus enemigos quisieran que su popularidad en las encuestas cayera vertiginosamente o sacar de la contienda con alguna triquiñuela? Nada de eso. Me refiero a Jesús, al que según narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 22, 15-21), los fariseos, querían “*hacer caer*” con “*preguntas insidiosas*”, por lo que le enviaron unas gentes que luego de llamarlo ‘Maestro’ y alabarlo por su sinceridad, veracidad e imparcialidad, le lanzaron la estocada (o eso creyeron), preguntándole si era lícito o no pagar el tributo al César (que no era como decir ‘al Pepe’ o ‘a la Juanita’, sino que se refería al título empleado por el emperador romano, que exigía impuestos al pueblo de Israel, que estaba bajo su dominio).

La pregunta estaba pensada (es un decir) para perjudicarlo de todas, todas, pues si respondía que sí, dirían que estaba a favor de que los romanos oprimieran al pueblo, y si decía que no, lo harían quedar como un alborotador que azuzaba a la gente a no cumplir sus deberes cívicos. Creían

haberle dado un golpe maestro al Maestro. Menuda sorpresa se llevaron cuando Jesús les hizo saber que se daba perfecta cuenta de que eran hipócritas y no se dejó atrapar en su trampa, pero no se conformó con eso, sino que fiel a Su costumbre de responder bien aún a los que lo cuestionaban con mala intención, aprovechó la ocasión para dar una valiosa enseñanza que iba mucho más allá de lo que ellos deseaban preguntar o incluso saber.

Les pidió que le mostraran una moneda (con lo cual quedó claro que no llevaba dinero romano y en cambio ellos sí); cuando se la mostraron les preguntó de quién era la imagen grabada en ésta, y cuando le dijeron: “*del César*”, les dijo algo que los dejó turulatos: “*Den, pues al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*”. ¿Qué quiso decir? Vale la pena reflexionar en ello, pues esta frase ha sido muy manoseada y malinterpretada, sobre todo por quienes parece que entienden lo de ‘a Dios lo que es de Dios’ de corrido y con minúscula: ‘adiós lo que es de Dios’, y pretenden enarbolarla para defender el ‘estado laico’ que según ellos consiste en desaparecer toda mención de Dios en la educación, en la cultura, en la vida social o política, y que aquel que ocupe un cargo público practique de manera vergonzante su religión, en lo oscurito, en la privacidad de su casa, sin que nadie lo sepa, y que los ministros de culto se queden encerrados en sus iglesias con los ojos levantados al cielo y la boca cerrada, sin darse por enterados de lo que sucede alrededor.

¿Qué quiso decir Jesús? Cabe interpretar que está indicando que las personas deben cumplir sus deberes hacia el estado y hacia Dios y dar a cada cual lo que le corresponda. Entonces hay que preguntar, ¿qué es lo que le corresponde al estado?, ¿el pago de impuestos?, pues se le pagan y listo. Pero hay que preguntar también, ¿qué es lo que le corresponde a Dios?, ¿qué es “lo que es de Dios”?, y la única respuesta es: ¡todo! Viene a la mente lo que preguntaba San Pablo: “*¿qué tienes que no lo hayas recibido?*” (1Cor 4,7). Tu vida, tu salud, tus talentos y capacidades, todo lo que eres y posees te fue dado por Dios, lo recibiste de Él. Todo lo tuyo es Suyo. Tú eres de Dios. Así que darle “*a Dios lo que es de Dios*” no

puede pues entenderse como invitación a encerrarlo en el cielo y convertirlo en huésped ultra secreto que se visita de incógnito de vez en cuando, sino en tributarle la gratitud, la alabanza, el culto, el reconocimiento que merece, no sólo en nuestro interior más profundo, sino en nuestro comportamiento exterior; no sólo en la vida privada sino en la pública; no sólo cuando nada más Él nos ve, sino cuando nos mira todo el mundo.

## Misión

**S**iempre empezaba igual. Un señor de ojos azules y pelo platino llegaba a algún sitio público y se dirigía a sacar, discretamente y del lugar más insospechado, un sobre del que extraía fotos y una grabadorcita que de inmediato ponía en ‘play’. Entonces se oía una voz que le explicaba quiénes aparecían en las fotos (casi siempre personajes importantes y extranjeros), le proponía una peligrosa misión para ayudarlos a hacer un bien o para impedirles hacer un mal, y le advertía que si a él o a su personal lo herían, mataban o descubrían, la ‘organización’ negaría conocerlos (como quien dice: si sabes contar...). Por último avisaba que la grabadora se autodestruiría en cinco segundos y efectivamente, al tiempo señalado ésta empezaba a echar humito (ha de haber sido ‘made in China’). Entonces el de los ojos azules se guardaba el sobre, ponía cara de ‘aquí no pasó nada’ y salía decidido a emprender la riesgosa misión encomendada, ayudado por sus asistentes: un experto en electrónica, un fortachón, uno que podía copiar los rasgos de cualquier persona, confeccionarse una máscara para lucir como ella y asumir su identidad, y una glamorosa espía.

Recordé esto, que sucedía en un programa de televisión que fue muy popular a finales de los sesentas (¡ay, en el siglo pasado!), porque este domingo se celebra el DOMUND o Domingo Mundial de las Misiones, y pensaba que la gente suele relacionar la palabra ‘misión’ con ir a evangelizar a los

habitantes de algún país lejano o con realizar una tarea como la de aquella serie televisiva, pero eso es limitar su significado. Misión viene de un término en latín que significa envío, enviar. Y según vemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 16, 15-20), el Señor envió a Sus discípulos a ir por todo el mundo predicando el Evangelio. Y es lógico suponer que no esperaba que dicho envío terminara cuando muriera el último apóstol, sino que continuara hasta el fin de los tiempos, lo cual significa que ahora el Señor nos envía a nosotros a realizar una misión, y cabe comentar que felizmente ésta es muy distinta a la de aquel programa de tele, no sólo porque no se nos comunica en secreto ni tenemos que realizarla a escondidas, ni ser expertos en circuitos, tener una fuerza descomunal, cambiar de identidad o espiar a otros, sino porque Aquel que nos envía no nos dice que si algo malo nos pasa se desentenderá de nosotros, todo lo contrario, nos promete estar pendiente y ayudarnos en lo que necesitemos, pues Él no graba Sus indicaciones desde alguna anónima oficina sino que nos las va diciendo al oído porque ¡viene a todas partes con nosotros!

A estas alturas tal vez alguno diga: ‘bueno, me queda claro que tengo una misión, pero no sé cuál es ni qué necesito para cumplirla’, a lo que hay que responder: mira a tu alrededor y pídele al Señor que te haga sentir, que te haga saber de qué quiere que te encargues. Tal vez tu misión sea animar la fe de tu cónyuge, o ser quien aclare las dudas de fe de un compañero de trabajo, o ayudar a preparar a alguien para recibir un Sacramento.

Descubrir a qué misión te llama Dios es el primer paso, lo siguiente es procurar cumplir seis requisitos básicos de todo misionero. Para facilitar recordarlos la primera letra de cada uno forma el acróstico de la palabra ‘misión’:

1. **M**antente informado de las necesidades de la Iglesia, qué temas quiere que se difundan, qué personas necesitan atención...
2. **I**nstrúyete. Familiarízate con la Biblia, conoce el Catecismo, lee lo que dice el Papa; prepárate para poder dar, como pedía san Pablo, testimonio de tu fe.

3. Sal de ti mismo, de tu comodidad, de tu pena, de tu miedo o inseguridad y atrevete a ir al encuentro de quien te necesite.
4. Inculturiza. Con respeto hacia las creencias de otros, reorientalas hacia Dios.
5. Ora por ti, por los destinatarios de tu misión y por todos los misioneros.
6. Necesita de los otros; admite tu necesidad, no te creas autosuficiente; no sólo des, sino aprende a recibir de los demás.

Cada año la Iglesia celebra el DOMUND no sólo para pedir que apoyemos las misiones con nuestra ayuda económica y oración, sino para recordarnos que todos y cada uno estamos llamados a cumplir una misión. ¿Sabes cuál es la tuya?

## El Padre y el padre

“*A ningún hombre sobre la tierra lo llamen ‘padre’, porque el Padre de ustedes es el Padre celestial.*” (Mt 23,9).

Si pensáramos que debemos tomar al pie de la letra estas palabras de Jesús que se proclaman en el Evangelio este domingo en Misa (ver Mt 23, 1-12), tendríamos que preguntarnos dos cosas: ¿se refieren única y específicamente al término ‘padre’?, porque de ser así podríamos vernos muy listos, salirnos por la tangente y en lugar de ‘padre’ optar por ‘papá’, ‘papito’, ‘papi’, ‘pa’ y cuantas variantes pudieran ocurrírse nos. ¿Se refieren más bien a que no debemos considerar a nadie como ‘padre’?, porque si así fuera tendríamos que suprimir no sólo del lenguaje cotidiano, sino del corazón al hombre que nos engendró, no reconocer su paternidad.

¿Suena lógico? No. Es obvio que no se pueden interpretar literalmente las palabras de Jesús, y la prueba de ello es que en la Biblia se emplea con frecuencia el término ‘padre’ para referirse a hombres. En el Antiguo Testamento, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob son continuamente mencionados como ‘padres’ del pueblo judío (ver Is 51,2; Dt 29,12;), y también se llama padres a los profetas (ver 2Re2,12), y a otros hombres (ver Is 22,21). Y en el Nuevo Testamento, además de que se sigue reconociendo la paternidad espiritual de los patriarcas judíos (ver Hch 3,13;

7,2; Rom 9,10; Lc 1,73), los propios apóstoles Pedro y Pablo se refieren a sí mismos como padres espirituales (ver 1Tim 1,2; 1Cor 4,14-15; 1Pe 5,13) y en otros pasajes también se hace referencia a padres (ver 1Jn 2, 13-14;). ¿Qué significa esto? ¿Que todos desobedecieron lo que les mandó el Señor? No. Significa que las palabras de Jesús no estaban pensadas para ser entendidas en forma literal. Para comprobarlo es indispensable situarlas en contexto, como quien dice averiguar qué dijo antes y después, a quiénes y por qué, entonces descubriremos lo siguiente:

Él comienza dirigiéndose a Sus discípulos para advertirles que los escribas y fariseos no practican lo que enseñan, y pedirles: *“Hagan, pues, todo lo que les digan, pero no imiten sus obras, porque dicen una cosa y hacen otra.”* (Mt 23,3). Luego les explica la razón de la incongruencia de dichos escribas y fariseos: *“todo lo hacen para que los vea la gente”* (Mt 23, 5), y cita varios ejemplos que muestran que lo que a éstos les importa no es cumplir y enseñar a cumplir la voluntad de Dios, sino ser admirados y respetados, para recibir trato preferencial a dondequiera que van. Es entonces cuando Jesús pide a Sus discípulos que a ningún hombre llamen ‘padre’ y que ellos mismos no se dejen llamar ‘maestros’ o ‘guías’. Se entiende que no pretende suprimir esas palabras o esos conceptos (si no tuviéramos noción de lo que significa un ‘padre’ humano, ¿cómo podríamos entender lo que significa que Dios sea nuestro ‘Padre’); lo que Jesús desea es que Sus seguidores no caigan en la tentación de los escribas y fariseos, de buscar títulos y sentirse superiores a otros, ni vayan detrás de supuestos maestros o guías (como sucede ahora, que muchos ingenuos se van ‘con la finta’ y se vuelven alumnos de gurús exóticos a los que siguen ciegamente), cuando sólo Él es el verdadero y único Maestro.

Jesús no pretende que se borren del diccionario y de la vida familiar, cultural, laboral o educativa las palabras padre, maestro o guía, sino que tengamos claro Quién es Él y quiénes somos nosotros, y que no por seguirlo a Él nos sintamos por encima de nadie, porque, como lo expresa la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa, todos somos

hermanos, a todos nos ha creado un mismo Dios, tenemos todos un mismo Padre.

## Por si acaso

Cuántas cosas hacemos ‘por si acaso’, la mayoría de las cuales resultan completamente inútiles. Guardamos un ‘chunche’ descompuesto ‘por si acaso’ un día aparece mágicamente la pieza que le falta o alguien puede repararlo; conservamos una prenda de vestir ‘por si acaso’ algún día nos vuelve a quedar; y en estos tiempos preelectorales, muchos se dedican a ‘haberle la barba’ a algún candidato ‘por si acaso’ sale electo y les da un buen ‘hueso’.

El tiempo demuestra que mucho de eso que hacemos ‘por si acaso’ resulta inútil.

Posiblemente los ‘por si acaso’ más sensatos sean los inspirados en eso de ‘más vale prevenir que lamentar’, relacionado a conservar la salud o salvar la vida. Por ejemplo, una persona me decía que consideraba su seguro de gastos médicos, ‘el dinero mejor tirado a la basura’, porque aunque pagaba mucho, pensaba que si acaso un día tenía que someterse a una costosa cirugía, contaría con un respaldo. Otro ejemplo es el del personal que se entrena por si acaso tiene que intervenir en casos de desastre; ello les permite reaccionar veloz y automáticamente si se presenta la emergencia.

Queda claro que es conveniente prever lo que pueda suceder, pero no se puede negar que en esta vida hay siempre un elemento de duda, no se tiene la seguridad de que aquello para lo que nos preparamos sucederá, así que tal vez eso que se

guardó jamás vuelva a usarse, ese seguro médico no llegue a requerirse o en ese desastre no haya víctimas que auxiliar.

Podría decirse que de todos los ‘por si acaso’ que motivan a la gente a realizar algo en anticipación de un hecho que pudiera presentarse en el futuro, sólo hay realmente uno del que se puede tener la absoluta seguridad de que llegará y por eso vale la pena esperarlo debidamente preparados. ¿De qué se trata? Del encuentro que tendremos con Dios cuando termine nuestra vida terrena.

Decía Benjamín Franklin que ‘en este mundo nada es seguro más que la muerte y los impuestos’, lo cual podrá ser cómico pero es inexacto porque no todos pagan impuestos; lo único sobre lo que no hay duda es que todos vamos a morir; lo que no sabemos es cuándo, por lo que nos conviene hacer caso de la recomendación que nos hace Jesús en la última frase del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 25, 1-13): “*Estén preparados, porque no saben ni el día ni la hora*”.

¿A qué se refiere?, ¿en qué consiste ‘estar preparados’?, ¿cómo podemos prepararnos para ese momento?

Lo descubrimos en la parábola que Jesús dijo a Sus discípulos acerca de diez jóvenes que en espera del esposo llevaban sus lámparas encendidas. Como éste tardó en llegar, a todas se les gastó el aceite, pero cinco de ellas que habían llevado un frasco extra (‘por si acaso’), pudieron rellenar sus lámparas y cuando llegó el esposo entraron con él al banquete; las otras en cambio tuvieron que ir a comprar aceite, al regresar la puerta estaba cerrada, suplicaron entrar pero el esposo les dijo que no las conocía y no les abrió.

A primera vista parecería que las cinco que llevaron el aceite extra eran unas egoístas que pudiendo compartirlo con las otras no lo hicieron, pero la realidad es que el aceite representa algo que es imposible compartir porque es absolutamente personal: tu fe, tu esperanza, tu caridad, tu vida de oración, tu participación en los Sacramentos, tu vida como creyente, tu relación íntima con Dios, en fin, todo aquello que mantiene tu lámpara espiritual encendida. Se comprende así que a las que dejaron que su aceite se agotara y su lámpara se

extinguiera el esposo les dijera: “*no las conozco*”. Es que dejaron perder lo que hubiera mantenido su relación con él.

Lo que tú experimentas al confesarte, al comulgar, al orar, es algo de lo que tal vez puedas hablar, pero que no puedes dar a alguien más; nadie puede decir: ‘toma, te traspaso mi reconciliación con Dios’, o ‘te obsequio la paz que sentí cuando me pusieron la Unción de Enfermos’, o ‘te regalo esta gracia que recibí al orar ante el Santísimo’. Aquí aplica esa leyenda que viene en algunos documentos: ‘personal e intransferible’.

Tu vida espiritual te pertenece sólo a ti; puede ser que su luz ilumine a otros (por ejemplo, a través de tu testimonio o tu oración por ellos), pero a nadie puedes convidar del aceite con el que tú rellenas tu lámpara interior, ésa que ilumina la particular senda por la que te encaminas a tu encuentro definitivo con el Señor. Y como no sabes cuándo sucederá, debes vivir cada día como si fuera el último (por si acaso es hoy, me voy a reconciliar; por si acaso es hoy, voy a ir a Misa; por si acaso es hoy, voy a ejercer la caridad).

Es responsabilidad tuya asegurar que tu aceite no se vaya a agotar, porque hay un ‘por si acaso’ que de seguro, tarde o temprano, va a llegar...

## Bienes duplicados

**H**az una lista, mental o escrita, como prefieras, de cinco cosas buenas que sepas hacer bien, cinco aptitudes tuyas. Y no vayas a salir con que no tienes ninguna, porque Dios a todos nos las ha dado, a nadie ha dejado sin nada. No te quiebres la cabeza, pueden ser cosas tan sencillas como tener habilidad para reparar algo que se descompone en la casa, o para cortar el pelo o para coser o para jugar un juego de mesa.

Luego que tengas la lista, dale una leída, o releída, al Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 25, 14-30), porque trae una indicaciones muy claras acerca de lo que debes hacer con tus aptitudes. En él Jesús narra una parábola acerca de un hombre que antes de salir de viaje, *“llamó a sus servidores de confianza y les encargó sus bienes”*, dándole a cada uno un cierto número de talentos según la capacidad de cada cual (el talento era una moneda, pero para este caso conviene considerar que la palabra también significa ‘aptitud’). A uno le dio cinco, a otro dos y a otro uno. Tardó mucho tiempo en regresar, pero cuando lo hizo, los llamó a cuentas. Los dos primeros le reportaron que habían trabajado lo que les dio y le devolvieron el doble. El tercero le regresó lo mismo que le había dado, pues se limitó a esconderlo en un hoyo en la tierra (y tal vez se lo devolvió sucio y oxidado). A los dos primeros los felicitó cálidamente, les prometió confiarles cosas “de mucho valor” y a cada uno le

dijo: “*entra a tomar parte en la alegría de tu señor*”. En cambio al tercero lo reprendió duramente, lo llamó inútil, y mandó que lo arrojaran a las tinieblas y que dieran su talento al que había hecho rendir más los que le había encomendado.

De esta parábola se puede deducir, en primer lugar, que un día el Señor te pedirá cuentas de lo que hiciste con lo que te confió. Y en ese sentido, estás a tiempo para revisar tu lista y preguntarte si estás ejerciendo o desperdiciando esas aptitudes, y si acaso has dejado alguna (ojalá no todas) en el olvido, considera que Dios no te las dio para arrumbarlas sino para aprovecharlas y proponte hacer algo al respecto; no querrás que te pase lo mismo que al que enterró su talento en un agujero.

En segundo lugar, queda claro que no te regaló tus dones, sólo te los encomendó. Fíjate como ninguno de los tres le dijo: ‘pues yo me apropié de lo que me entregaste y como es mío hice con ello lo que se me pegó la gana y ni te lo regreso ni te doy explicaciones’, no. Los tres le devolvieron todo, en tácito reconocimiento de que sabían muy bien que no eran los dueños sino los administradores.

Y en tercer lugar, que Él espera que dupliques lo que te dio. ¿Cómo? Invirtiéndolo en un banco que se llama caridad. ¿A qué me refiero? A que por lo general se tiene la idea de que el primer objetivo de usar los propios dones es el propio beneficio, por ejemplo, conseguir el sustento propio y de la familia. Y aunque no se puede negar que es lógico y positivo que la gente gane dinero haciendo lo que se le da mejor, y así, por ejemplo, quien tiene muy buena sazón sea cocinera, el que maneja muy bien sea taxista y el que tiene muy buena voz sea cantante, no debes olvidar que Dios te dio tus dones para que edifiques Su Reino con ellos, para que los ejerzas no sólo para tu propio bien y el de tu familia, sino para hacer bien a otros, especialmente a los necesitados. Y así, por ejemplo, de vez en cuando la cocinera puede cocinar en un centro de asistencia, para que quien lo atiende, descansa; el taxista puede llevar gratuitamente a algún vecino sin empleo; el que sabe reparar cosas quizá puede echarle la mano a alguna vecina viejita que no tiene quién cambie un foco o tape una gotera; quien sabe

cantar o jugar puede ir a un hospicio a entretener y alegrar a alguien al que nadie visita.

Poner los propios dones al servicio de los demás no sólo es un deber, sino es satisfactorio, algo que todos, chicos y grandes, podemos hacer, y, sobre todo, es la única manera de devolverle a Dios el doble de lo nos confía y empezar a participar, ya desde ahora, de Su alegría.

## Misericordia y justicia

Muchas personas consideran que Dios es tan Bueno que no juzga ni condena a nadie, y por eso el infierno está vacío y el cielo sobrepoblado. Otras, en cambio, se van al extremo opuesto y le tienen miedo a Dios porque piensan que es como un ojo inmenso al que no se le va una, que está todo el tiempo juzgándolas con absoluta severidad, registrando hasta sus más mínimas faltas y anotándolas con tinta indeleble en un misterioso libro que un día les mostrará para que comprendan por qué las mandará, merecidamente, al infierno. Pero estas visiones tan extremistas no tienen sustento real en la Sagrada Escritura, que suele plantear una visión equilibrada, que muestra que Dios es a la vez Misericordioso y Justo Juez. Tenemos ejemplo de ello en textos bíblicos que se proclaman este domingo en Misa.

En la Primera Lectura (Ez 34, 11-12.15-17) Dios se presenta como un pastor amoroso que vela por su rebaño y va en busca de sus ovejas para encontrar a las que se han dispersado *“un día de niebla y oscuridad”*. Afirma *“Buscaré a la oveja perdida y haré volver a la descarriada; curaré a la herida; robusteceré a la débil, y a la que está gorda y fuerte, la cuidaré.”* (Ez 34, 16). Es una imagen bellísima que nos hace sentir amados y protegidos por el Señor. No en balde el Salmo que responde a esta Lectura proclama gozoso: *“El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y*

*hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas*” (Sal 23, 1-2).

Hasta aquí todo es muy bonito y tranquilizador y nos mueve a sentirnos felices de estar bajo el cuidado de semejante pastor, pero todavía no cantemos victoria. Si buscamos ese texto de Ezequiel directamente en la Biblia nos damos cuenta de que en realidad dice: “*a la que está gorda y robusta la exterminaré*”. ¿Que quééé?, ¿la exterminará?, pues ¿qué tiene contra las ovejas gorditas si son muy simpáticas? De entrada se oye fatal (literalmente) eso de que exterminará a la oveja gorda y robusta (tal vez por eso en la liturgia cambiaron lo de ‘exterminar’ por ‘cuidar’), pero quien conoce la vida pastoril sabe que cuando una oveja engorda mucho más que las otras, es que se está comiendo la comida que les toca a las demás, dejándolas sin lo que les corresponde. Lo justo es retirarla del rebaño. Se entiende entonces que cuando Dios afirma que exterminará a la oveja gorda, añada, como a modo de explicación: “*las pastorearé con justicia*” (Ez 34,16).

Queda, pues, claro, por una parte, que Dios es un Pastor que ama tanto a sus ovejas que es capaz de ir a donde sea con tal de recobrar a la oveja perdida, hacer volver a la descarriada, curar y fortalecer a la herida y debilitada. Pero queda claro también que, como Él mismo lo anuncia: va a “*a juzgar entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos*” (Ez 34, 17). Es que el amor de Dios no le impide juzgar. Amar no significa pasar por alto lo que está mal o permitir que se realice una injusticia. La misericordia consiste en poner el corazón en las miserias del otro (es decir, en su pecado), no en hacerse ‘de la vista gorda’.

No pensemos que porque ahora disfrutamos a manos llenas de la misericordia divina, no nos llegará el día en que tengamos que someternos a la justicia divina. Ese día llegará. Lo anuncia el Evangelio dominical (ver Mt 25, 31-46). En él Jesús promete que vendrá a juzgarnos. Y retomando la imagen planteada en la Primera Lectura dice que así “*como aparta el pastor a las ovejas de los cabritos*”, así nos separará a unos de otros. Cabe preguntarnos (para estar preparados), ¿cuál será el criterio para dicha selección? Desde luego la misericordia y la

justicia, pero ojo, no solamente la divina sino la nuestra. Que hayamos sido misericordiosos y justos con los demás. Que, a diferencia de esa oveja robusta que se olvidó de las otras y se dedicó a engordar, nosotros hayamos aprendido de nuestro Pastor a darlo todo por los demás; hayamos sabido imitarlo en Su manera de amar.

## **OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA**

### **Libros publicados por EDICIONES 72:**

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para empezar a orar y disfrutar la oración

### **Otras publicaciones**

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica 'Rosarium Virginis Mariae', de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica 'Ecclesia de Eucharistía' resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

### **Obras de AMSE disponibles gratuitamente en [www.ediciones72.com](http://www.ediciones72.com)**

COLECCIÓN 'Vida desde la fe', Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COLECCIÓN 'La Palabra ilumina tu vida' ciclos A, B, y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO